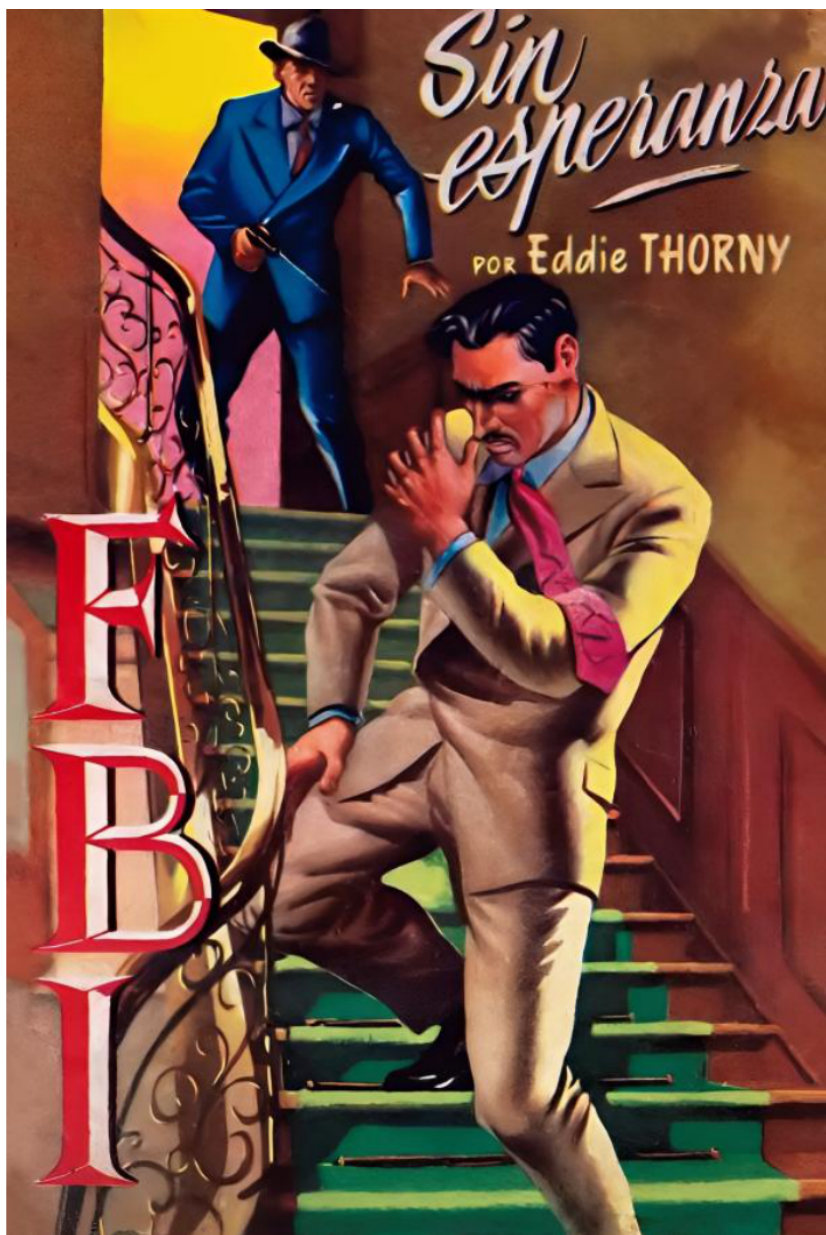




EDDIE THORNY

SIN ESPERANZA



EDDIE THORNY

SIN ESPERANZA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redaja (2.ª ed.) (5).
11. Shunghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Mafía (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (5).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (6).
55. El genio del mal (6).

56. Hombres armados (10).
 57. Pavorosa elección (5).
 58. La bestia escarlata (3).
 59. Huellas de ultratumba (11).
 60. S O S (8).
 61. Billetes malditos (3).
 62. Camino de perdición (12).
 63. Camaradas enemigos (3).
 64. A la deriva (8).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada (3).
 67. «Killer» a sueldo (5).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou (3).
 70. Punto final (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura (13).
 74. El confidente (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (11).
 78. ¡Código! (8).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el Invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (1).
 98. Caza mayor (4).
 99. La muerte falsificada del asesino (15).
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición).
 101. De Harvard a Quantico (16).
 102. El asfalto es rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. Noches de Nueva York (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección (20).
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitechapel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino munda (23).

EN PREPARACION:

La tela de araña

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Sette. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nchol. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Frl Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Drap. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Alu Cortroa. | |
| (9) J. L. Martin. | | |

I

HUNDIMIENTO



INCO horas bastaron para cambiar el destino de Milton Wonder. A las once de la noche era un hombre joven, fuerte, con toda la vida por delante, lleno de fe en sí mismo y pletórico de esperanzas; a las cuatro de la madrugada, una ruina viviente, un pingajo humano, atormentado por todas las dudas, envuelto en el desprecio y repulsa de cuántos la víspera misma se consideraban sus mejores amigos.

«¿Qué he hecho en este tiempo? ¿Qué he podido hacer?».

No lo sabía. En su memoria había una laguna que no consiguió llenar con el recuerdo de hechos concretos, aunque pasó días enteros esforzándose por lograrlo. Todo fue inútil. Sus recuerdos se interrumpían bruscamente a las once en punto, cuando a la entrada del puente de Oakland se inclinó sobre una muchacha joven que acababa le caer desvanecida en la acera. Lo que hiciera, lo que

pensara o donde fuera después, permanecía envuelto en tinieblas impenetrables.

Volvió en sí en una clínica de Stockton Street; había sido conducido hasta allí por unos agentes uniformados que le encontraron tirado en mitad de la calle, frente por frente a uno de los tugurios peor afamados de la cercana Chinatown. Los médicos dictaminaron sin vacilaciones que sufría un ataque agudo de alcoholismo. Uno de ellos le aconsejó en tono paternal:

—Mucho cuidado, amigo. Si continúa bebiendo de esa forma acabará víctima del «*delirium tremens*».

Allí habría terminado el asunto si Milton Wonder hubiera sido un ciudadano particular. Pero no lo era. Desde tres años antes pertenecía al Federal Bureau of Investigation con la categoría de agente especial. Y aquella noche, precisamente aquella noche, tenía a su cargo un cometido importante, delicado y peligroso.

Cubriendo las espaldas a otros compañeros, había de impedir la huida de un grupo de forajidos. Para eso estaba a las once a la entrada del puente de Oakland. Su defección tuvo las más trágicas consecuencias. No sólo pudieron escapar los malhechores, sino que dos de los agentes a quienes debía amparar y proteger Wonder quedaron tendidos para no levantarse más.

—¡Hum! —dijo, incrédulo, el inspector Buttler cuando, tras buscar a Milton por todas partes, le encontró en la clínica de Stockton Street, todavía bajo los efectos del alcohol ingerido—. No me convencen sus explicaciones. Es un caso de cobardía que...

Se detuvo bruscamente. En gesto maquinal había recogido la cartera de Wonder, que se le había caído del bolsillo al ponerse la chaqueta. Una simple ojeada le bastó para comprobar que contenía bastante dinero. Mucho más del que era lógico esperar que tuviese un agente que no disponía de otros ingresos que su paga. Receloso, preguntó:

—¿Cuánto dinero lleva en la cartera?

—No sé. Treinta dólares, tal vez cuarenta...

—Cuarenta, ¿eh? ¿Qué significan entonces todos estos billetes?

Había cinco mil dólares en billetes de cien. Milton Wonder no pudo dar la menor explicación satisfactoria. Estaba seguro, absolutamente seguro, de que jamás había tenido en su poder una cantidad tan importante. Quien hubiera puesto en su bolsillo aquel

dinero, por qué y para qué, constituía un verdadero misterio que no logró aclarar jamás.

Que la numeración de los billetes coincidiese con parte de los que fueron robados tres meses antes a un cobrador del Chase National Bank en las proximidades de Sacramento, no contribuyó precisamente a mejorar la situación de Milton. Hubo quien lanzó una grave acusación y muchos que la creyeron. Como consecuencia. Wonder se vió en el compromiso más grave, angustioso y deprimente de toda su vida.

La acusación consistía en que el agente especial se había dejado comprar por los facinerosos para abandonar el puesto que le fuera asignado, permitiéndoles huir libremente. Los cinco mil dólares constituían el precio de la traición. La borrachera subsiguiente se interpretaba de dos maneras distintas: intento, un tanto pueril, de justificar una ligera amnesia, en la que nadie creía, o consecuencia lógica de la pretensión de ahogar en alcohol los remordimientos de su conciencia.

Frente a las acusaciones, Milton no supo ni pudo hacer otra cosa que oponer una negativa rotunda. Pero los hechos tienen siempre mayor fuerza que las palabras, y los hechos eran rotundamente condenatorios en aquel caso concreto. Wonder había desertado del puesto que debía ocupar; apareció borracho varias horas después sin querer decir dónde había estado, y en su poder se halló un dinero cuya procedencia no podía explicar.

—Soy mayorcito para creer en cuentos de hadas —dijo, despectivo, uno de sus jefes, rechazando sin vacilación las manifestaciones del inculpado—. Ni admito que nadie se embriague sin beber ni que haya en la Chinatown almas bondadosas que vayan llenando de billetes las carteras de los borrachos que encuentran a su paso.

Con todo aquello había más que suficiente para que, sometido al correspondiente proceso, Milton hubiera pasado en Alcatraz o San Quentin buena parte del resto de sus días, si es que no los veía concluir de una manera rápida en la siniestra cámara de gas. Pero en este punto concreto tuvo suerte. Tras una semana de constantes interrogatorios y deliberaciones, durante la cual se celebraron diversas conferencias con Washington, el Estado Mayor del F. B. I.

resolvió no poner el caso en manos de las autoridades judiciales.

Wonder hubo de comparecer ante una especie de Consejo de guerra, donde se juzgó su conducta y se vió calificado con los peores epítetos. Luego declarado culpable de negligencia y cobardía, fue expulsado de un Cuerpo al que deshonraba con su presencia.

Si el castigo se limitó a esto, posiblemente se debió a la creencia de quienes lo decretaban de que un hombre de honor —y tenía que serlo quien durante la guerra supo conquistar a golpes de heroísmo las más altas condecoraciones— no podría sobrevivir a la vergüenza y acabaría levantándose la tapa de los sesos. Con suficiente claridad se lo dijo el inspector Buttler a modo de despedida:

—Merecería que le pusiéramos de cara a la pared. Pero si le queda un ápice de dignidad, espero que sepa hacerse justicia.

Durante varios días, hundido en una negra desesperación, Milton pensó seriamente borrarse del mundo de los vivos. Llegó incluso a preparar la pistola y a escribir una carta exponiendo las razones que le impulsaban a tomar tan desesperada resolución. En el último instante, sin embargo, tuvo el valor moral preciso para rechazar el deseo de poner un final sangriento y rápido a sus angustias y desesperanzas.

—Sólo se suicidan los cobardes. Además, si me matase daría la razón a quienes me condenaron sin quererme escuchar ni creer.

En su determinación de seguir viviendo influyeron por partes iguales sus sólidas creencias religiosas y el pleno convencimiento en la propia inocencia. Ciertó que todos los indicios le acusaban: que no pudo romper la tela de araña en que se vió repentinamente envuelto; que no lograba explicarse nada de lo ocurrido. Pero en el fondo de su conciencia estaba seguro, absolutamente seguro, de no haberse vendido para traicionar a sus compañeros.

—No sé cómo lograré demostrarlo, pero tengo que probar fuera de toda duda que no tuve culpa alguna en lo sucedido.

Tomada una resolución se esforzó en llevarla a la práctica. A los quince días nuevamente volvió a dominarle la desesperación. Durante dos semanas dio vueltas y más vueltas por las intrincadas callejuelas de la Chinatown, conversando con todo el mundo, penetrando en los más infames tugurios con los ojos y los oídos alerta, esperando que alguien hiciera una alusión a su tragedia. Si

se emborrachó o lo emborracharon la noche de los sucesos, por fuerza debió estar en alguna de aquellas tabernas y ser visto por los dueños, los camareros o los clientes.

No consiguió absolutamente nada. Si alguien le había visto, o no le recordaba o tenía el máximo interés en no hacer la menor demostración que pudiera relacionarle con un suceso que la Policía tenía gran empeño en conseguir aclarar. Milton hizo cuando se le ocurrió, pero al final hubo de reconocerse vencido.

Rodó entonces un poco por la pendiente. Cada vez que se encontraba con algún antiguo compañero que le volvía desdeñoso la espalda, experimentaba tan profunda amargura que más de una vez recurrió, ahora de una manera consciente y deliberada, a la bebida como medio de evasión a una realidad desagradable.

Pero el alcohol, lejos de ayudarle a olvidar, le hacía comprender con mayor fuerza toda la angustia de su presente situación. Hacía, además, que quienes conocían su historia y le veían hundido en sus meditaciones ante una botella de «*whisky*», dieran por seguro que no tenía redención posible. Aquella vida, por último, iba consumiendo con tal rapidez sus recursos económicos, que pronto llegaron a la total desaparición.

Nunca hasta entonces se había preocupado Milton Wonder por el dinero. Jamás tuvo en sus manos una fortuna, pero tampoco le inquieto el porvenir. Mecánico de primera fila antes de la guerra, piloto de bombardeo durante ésta, en circunstancias normales le hubieran sobrado lugares donde trabajar y poderse ganar la vida sin excesivas dificultades. Pero las suyas no eran circunstancias normales; atravesaba una grave crisis, una profunda depresión y ni se decidía a buscar trabajo ni, caso de encontrarlo, hubiera sido capaz, acaso, de desempeñarlo con un mínimo de eficacia.

«Pronto no tendré un solo centavo —se dijo una mañana hablando consigo mismo—. Y entonces...»

No sabía lo que haría entonces; no tenía ganas ni deseos de trazar planes para un porvenir que se le antojaba desprovisto de toda esperanza. Se dejaba llevar por la vida, indiferente a cuanto pudiera suceder. Una noche, cuando estaba medio borracho, se le acercó un individuo pequeño, delgado, de mirada astuta y edad indefinible. Vestía bien y demostraba disponer de dinero en abundancia. Tras invitarle varias veces insinuó:

—Podría proporcionarle un trabajo fácil con el que ganaría bastante.

—¿A mí? —inquirió, sorprendido, Wonder—. ¡Pero si ni siquiera sabe quién soy!

—Precisamente porque lo sé le ofrezco ese trabajito. ¿Qué le parecerían quinientos por semana?

Milton miró a su interlocutor dudando del estado de sus facultades mentales. El hombrecillo pareció adivinar sus pensamientos, porque se apresuró a añadir:

—No estoy loco, amigo. He dicho quinientos a la semana y repito el ofrecimiento. Y no se lo hago al primero que me encuentro en la calle, sino a una persona determinada: a Milton R. Wonder.

—¡Conoce mi nombre! —exclamó, sorprendido, el exagente.

—Ya se lo dije antes. Conozco su nombre y muchas cosas más. Entre ellas por qué tuvieron que expulsarle del
F. B. I.

¿Quiere convencerse? Pues le diré que alguien le dio cinco billetes de los grandes para que...

—¡Mentira! —saltó iracundo Milton, zarandeando al hombrecillo—. Si se atreve a repetir esa infamia...

—¡Suélteme o chillo pidiendo ayuda y se habrá esfumado mi ofrecimiento! Quiero proponerle un negocio y no pelearme con usted.

Con un esfuerzo, Wonder dominó el deseo de estrangular a su interlocutor. Con la rapidez del relámpago comprendió que en cualquiera de los casos le convenía hacerle hablar. Soltándole replicó en tono medianamente amistoso:

—Está bien, amigo. Hable. ¿Es usted quien me dará esos quinientos?

—Primero necesito saber si acepta mi proposición.

—Y yo en qué consiste el trabajo. Empiece por explicarse.

El hombrecillo asintió con un leve movimiento de cabeza y comenzó a hablar. Por el momento, sin embargo, no fue demasiado explícito. En términos un tanto vagos habló de ciertos individuos que realizaban frecuentes viajes a través de la frontera.

—¿De Méjico?

—No; del Canadá. Van unas veces por mar y otras por tierra. En ocasiones transportan fardos voluminosos, aunque generalmente

solo llevan paquetitos pequeños.

Wonder creyó comprender. Se trataba, sin duda, de contrabandistas. Pero contrabandistas, ¿de qué? En fin de cuentas era lo mismo. Negociasen con joyas, estupefacientes o armas daba igual.

—Y quieren que yo me encargue de atravesar una y otra vez la línea fronteriza, ¿verdad?

—No. Es posible que alguna vez tenga que hacerlo, cuando se trate de algún negocio de importancia excepcional, en cuyo caso ganaría de golpe unos miles de dólares. En general, no tendrá que moverse de Seattle.

—¿De Seattle? ¿Y me pagarán por estar aquí cruzado de brazos?

—Sí. Tendrá que hacer algo, pero será muy sencillo. Hasta hace un mes pertenecía a la Policía federal: conoce su engranaje y sus procedimientos. Su tarea consistirá en aleccionar a los muchachos para que no caigan en sus redes.

Milton respondió que necesitaba pensarlo y que hasta el día siguiente no podría dar una contestación. El hombrecillo —que tuvo buen cuidado en ocultar su verdadero nombre, diciendo que bastaría con que le llamase Peter a secas— le advirtió, sonriente, al despedirse:

—Supongo que no tendrá intención de ir con el soplo a la Policía. Si le ha pasado por la imaginación desistirá en cuanto lo piense medio minuto:

—¿Por qué?

—Porque no le creerían, dados sus antecedentes. Aparte de que yo negaría en redondo, naturalmente. Y tendría, de ser precisos, cinco o seis amigos que atestiguarían donde fuera menester que usted pretendió hacerme víctima de un vergonzoso chantaje.

Milton Wonder no consiguió dormir en toda la noche. Dando vueltas en la cama no hizo otra cosa que pensar en la sorprendente proposición del llamado Peter. Pronto llegó a una conclusión: los que ahora pretendían utilizarle debían ser los mismos que urdieron su expulsión del Federal Bureau of Investigation. Varias razones le inducían a pensar así. La primera, que unos y otros, caso de no ser los mismos, desarrollaban idénticas actividades; la segunda, y fundamental, que el hombrecillo, o quien estuviera detrás de él, estaba perfectamente enterado de cuanto le había sucedido la noche

en que debió vigilar la entrada del puente de Oakland.

Era lógico que cuando necesitaban un traidor al organismo federal, recurriesen al individuo a quien habían hecho degradar acusado de traición. Incluso cabía en lo posible —siempre que se tratara de un tipo de maquiavélica habilidad— que al emborracharle por el procedimiento que fuese poniendo en sus bolsillos unos miles de dólares —sin ningún valor efectivo, por cuánto la Policía tenía la numeración de los billetes, lo que les convertía en un grave riesgo para quien los llevase encima—, buscasen exclusivamente la posibilidad de encontrar un valioso auxiliar en un agente expulsado.

Fue esto, precisamente, lo que le indujo a aceptar. Si había quien pensaba en utilizarle, él a su vez procuraría utilizar a los contrabandistas. Sería una lucha arriesgada, un juego peligroso en el que tenía muchas probabilidades de dejarse la piel, pero en el que existía una posibilidad, por remota que fuese, de demostrar su absoluta inocencia. Y esto bien merecía jugarse no una vida, sino veinte.

—Usted gana, amigo. ¿Qué tengo que hacer y dónde he de ir?

El llamado Peter se apresuró a poner en sus manos quinientos dólares en billetes pequeños y un pasaje para el tren que tres horas más tarde salía de San Francisco con rumbo a Seattle. Sus instrucciones fueron breves y precisas.

—Desde la estación vaya al Rainier Hotel, donde tiene habitaciones reservadas a nombre de Frederick Price. Por razones fácilmente comprensibles conviene que no utilice su verdadero nombre. Espere que le llame por teléfono un caballero llamado Glen; será quien le indique lo que tiene que hacer. ¿Entendido?

Catorce horas después, acodado a la barandilla de la terraza del Rainier Hotel, Milton contemplaba pensativo el soberbio espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Partiendo de la orilla del Puerto de Sound, surcado a todas horas por un enjambre de barcos, la ciudad se extendía pintoresca y accidentada sobre una serie de colinas; sobre el conjunto de los edificios destacaba aquí y allá la masa ingente de cualquiera de sus grandes rascacielos.

A la derecha, fuera ya de los límites de la población, las aguas azules y serenas del Washington Lake, rodeadas de bosques milenarios. Y al fondo, cerrando el horizonte con un muro de

piedra, las Olimpos Mountains, con dos altivos picachos que hundían en los cielos sus cuchillos de roca, envueltas sus cetrerías en sudario de nieves perpetuas y coronas de nubes. Deslumbrado. Wonder pronunció unas palabras:

—¡La ciudad reina del Noroeste!

—Sí; Seattle merecía y justificaba su título de «Queen City of Northwest», como se la designaba en todos los folletos de las agencias de viajes. Surgida de la noche a la mañana como puerto de embarque de los aventureros que buscaban Saciar su fiebre de oro entre los hielos de Alaska, engrandecida con la exportación de maderas, rival de Frisco en el comercio con el Extremo Oriente, estación terminal del Northern Railway, base naval de primer orden durante la segunda guerra mundial, había pasado en sesenta años de ser una modesta aldea de pescadores a convertirse en una ciudad tentacular que pronto alcanzaría el millón de habitantes.

Milton había estado allí varias veces, pero no por eso le maravillaba menos el rápido y constante crecimiento de Seattle. Advertía ahora, desde su espléndido observatorio, que había aumentado considerablemente el bosque de chimeneas de las grandes factorías y que nuevos muelles cubrían varias millas más en las márgenes del Sound. El desarrollo vertiginoso de la ciudad superaba todos los optimismos. Y se asentaba sobre poderosas razones económicas y geográficas.

Era el centro de una extensa región en pleno desenvolvimiento y puerta de salida natural de todos sus productos; el mejor puerto, quizá, de toda la costa del Pacífico, de importancia estratégica excepcional, como se había demostrado durante la lucha con el Japón. En sus cercanías oculta entre las montañas, acababa de montarse una de las más grandes fábricas atómicas del país. Y, como remate y contera, era el punto de embarque de hombres, pertrechos y víveres para las fuerzas que combatían en Corea.

«¿No será éste el motivo fundamental de que me hayan hecho venir?», se preguntó, asaltado por una repentina sospecha.

Pero antes de que tuviera tiempo de contestarse sonó con insistencia el timbre del teléfono. Abandonando la terraza penetró en la habitación, descolgó el auricular y habló. Le contestó una voz ronca, de acento gutural:

—¿Míster Price? Encantado de su llegada, amigo. Soy Glen,

naturalmente. ¿Qué le parecería vernos esta noche? ¡Magnífico! Le espero a las siete en el

Cyro's,

de Atlantic Street. Pregunte al «*maître*». Cenaremos juntos.

No eran más que las cuatro de la tarde. Tras pensarlo un rato, Milton se decidió a dar una vuelta por la ciudad antes de dirigirse al Cyro's.

Se puso el mejor de los trajes que había llevado, cogió la trinchera y se dispuso a partir.

Llegaba junto a la puerta, cuando resonaron en ésta varios golpes de llamada. Un poco sorprendido por la violencia de los golpes —en franca oposición a la suavidad con que suelen llamar todos los camareros de los grandes hoteles—. Wonder abrió.

En el umbral se recortó entonces la figura de un hombre alto, fornido, de cara cuadrada y poderosa mandíbula. Midió de pies a cabeza a Milton con una mirada escrutadora y luego inquirió en tono que nada tenía de amistoso:

—¿Frederick Price?

Wonder asintió con un leve gesto. El recién llegado penetró en la habitación, con ademán resuelto, sin molestarse en quitarse el sombrero que llevaba encasquetado.

—Entonces, hablaremos un rato.

Milton miró a su interlocutor. Estaba seguro de no haberle visto nunca, pero también de no equivocarse acerca de su identidad. Era un policía típico: un policía que parecía escapado de cualquier «film» de Hollywood.

—Llegó hace unas horas procedente de Frisco, ¿no? Pues yo quisiera darle un consejo antes de que sea demasiado tarde: coja esta misma noche el tren y lárguese por donde ha venido.

—¿Podría preguntarle quién es usted y por qué se atreve a meterse en mis asuntos?

—Soy el inspector McMullen. Con esto, supongo que tendrá suficiente.

—Opino de distinta manera. Estamos en un país libre y por muy inspector de Policía que sea no tiene el menor derecho a molestar a las personas decentes.

—¿Y quién es la persona decente? ¿Usted o Glen Lehman?

—Los dos —repuso, secamente, Milton—. ¿Tiene algo que

objetar?

—Mucho. Ya sé que no hay ninguna reclamación contra Frederick Price. Pero ¿es realmente su nombre? Usted y yo tenemos razones para dudarlo. ¿Que no es ningún delito haberse inscrito en un hotel con nombre distinto del propio? Pase. Sin embargo, si analizamos su pasado...

—¡Basta! —le interrumpió un tanto irritado Wonder—. Si hay algo contra mí, dígalo. Si no, lo mejor es que me deje en paz.

—Bien. Al venir lo hice en plan amistoso. Quería darle un buen consejo, porque, pese a todo lo que le ocurrió allá en California, creo que aún le queda un poco de dignidad y hombría. ¿Me equivoco?

—En absoluto.

—Entonces márchese. Quiero suponer que ha venido engañado. Alguien está jugando con fuego y acabará quemándose. ¿Por qué ha de ser usted la primera víctima?

—Todo eso es chino para mí —afirmó Milton, encogiéndose, despectivo, de hombros.

—Es posible que sea chino el dinero con que se pagan ciertas actividades —contestó sin descomponerse McMullen.

—¿Qué pretende insinuar? Hable claro de una vez.

—«Okay», amigo. No voy a descubrirle el Mediterráneo al decirle que Seattle es el principal puerto de embarque de los abastecimientos destinados a Corea; tampoco al señalar que la frontera canadiense está a un paso y que cerca, en algún punto que quizá conozca tan bien como yo, se ha montado una de las mayores fábricas atómicas de la nación.

—¿Por qué había de conocerlo yo? Supongo que su emplazamiento se mantendrá secreto y...

—¿Cree que puede guardarse secreto un sitio donde trabajan dos mil hombres? —replicó con una sonrisa el inspector.

—¿Y qué tiene todo eso que ver conmigo?

—A eso iba. Parte del material enviado últimamente a los muchachos que pelean en Corea ha llegado en malas condiciones. Sabotaje, desde luego. Sospechamos que los sabotadores están aquí. Y yo pondría la mano en el fuego a que son los mismos que realizan frecuentes viajes de uno a otro lado de la frontera. ¿Me entiende ahora?

—Menos que nunca —mintió Milton, que iba viendo con claridad.

—¿De veras? Lo siento por usted. Al venir esperaba que me comprendiese. Estuvo un tiempo a nuestro lado y confiaba en que siguiera estándolo. Por lo visto le interesa más Glen Lehman. En ese caso...

Cambió su expresión y se hizo más duro y áspero el tono en que hablaba. Wonder pensó con rapidez, mientras el inspector aludía a las actividades de Glen y sus amigos. Por lo que pudo deducir, la Policía no tenía contra él más que indicios y sospechas, pero ninguna prueba en que basar una acusación seria. ¿Qué pasaría si hacía caso de McMullen y se volvía a Frisco? Que Lehman —indudablemente el mismo tipo que le había llamado por teléfono y que le esperaba a cenar en el
Cyro's

—, seguiría burlando la ley con la misma impunidad que hasta entonces.

Y aunque le detuvieran con las pruebas precisas para condenarle, ¿qué? El inspector o la Policía de Seattle se apuntaría un buen éxito al desenmascarar y destruir una banda de espías, saboteadores y contrabandistas, pero nada más. Milton Wonder seguiría sin posibilidad alguna de reivindicar su nombre, convertido en un ser despreciable y despreciado.

No; necesitaba continuar allí. Sobre todo ahora que tenía una casi seguridad que los secuaces de Lehman eran los mismos que prepararon su expulsión del

F. B. I.

Debía ser él quien los desenmascarase, arrancándoles como fuera y a costa de lo que fuese una declaración expresa y categórica de lo ocurrido la noche en que le convirtieron en un traidor a los juramentos prestados. Y para ello solo existía un camino: ganarse la confianza de los forajidos, enfrentándose desde el primer instante con McMullen.

—Perdió el tiempo, inspector. Ni he pedido su consejo ni lo necesito. En cuanto a Glen es amigo mío y haría bien en no insultarle. Todavía hay en nuestro país una ley que pena la difamación y la calumnia.

—¿Calumnia, eh? Me parece que a él y a usted cualquier

calificativo por duro que sea, queda muy por bajo de sus merecimientos.

—¡Se acabó! —chilló colérico Milton, abriendo de par en par la puerta de la habitación—. ¿Quiere marcharse por las buenas o tendré que avisar a la dirección del hotel para que le hagan salir de mi cuarto?

—Está bien, muchacho. Me voy. Veo que estaba equivocado con usted. Suponía que lo de Frisco había sido un error; ahora comprendo que fue una traición.

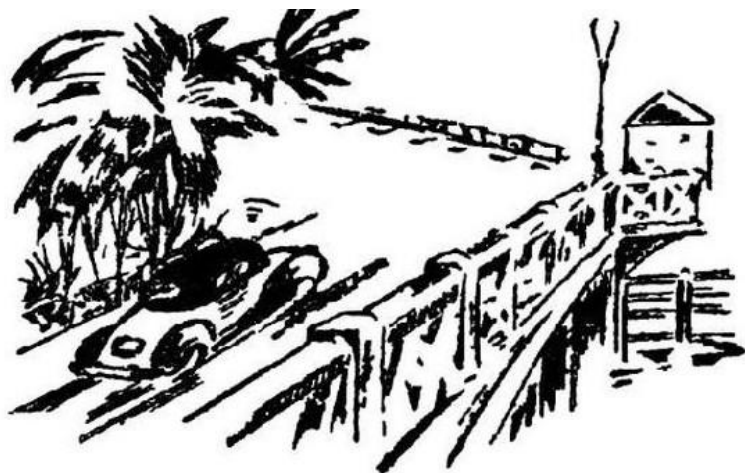
Las últimas palabras hicieron el efecto de un trallazo en Wonder. Palideció intensamente y sintió deseos vehementes de lanzarse sobre su interlocutor. Se dominó con un violento esfuerzo; pero sin poder ocultar por entero la rabia que experimentaba, gritó:

—¡Váyase de una vez! Váyase antes de que se me agote la paciencia.

Lentamente salió McMullen. En el pasillo, atraídos por los gritos, estaban tres camareros que contemplaban con cierta curiosidad a los que discutían. Posiblemente alguno de ellos había escuchado buena parte de la charla que, especialmente en su última parte, fue mantenida en un tono fuerte, casi a voces.

El inspector dio lentamente unos pasos. Al llegar junto a los camareros se volvió un instante a mirar a Wonder, diciéndole en tono de clara amenaza:

—¡Adelante, muchacho! Haga lo que le parezca. Pero no se queje si un mal día tenemos que sentarle en la silla eléctrica en compañía de alguno de sus amiguitos...



A costa de sacrificios económicos se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas inéditas escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de **CINCO PESETAS**

II

UN MUERTO EN LA HABITACIÓN



L

Cyro's

era una mezcla de restaurante y club nocturno. Estaba montado con lujo no exento de buen gusto. Una entrada señorial daba acceso a un pequeño «*hall*» de paredes revestidas de mármoles, donde unas cuantas chicas, tan agraciadas como ligeras de ropa, se apresuraban a recoger los abrigos y sombreros de los clientes. Al fondo, cuatro escalones conducían al salón amplio, espléndido, con una pequeña pista de baile en el centro, iluminado por una luz discretamente tamizada para darle cierto aire de intimidad.

Al coronar los escalones, el «*maître*» se inclinó ceremonioso ante Milton, preguntándole en voz apagada si venía solo y si tenía reservada mesa.

—Me espera un amigo —replicó Wonder—. Míster Glen Lehman.

—Perfectamente, señor. ¿Tiene la bondad de seguirme?

Cruzando el salón fueron hasta una de las mesas colocadas junto a la pared del fondo, cerca de la escalera que conducía al piso superior. Una simple ojeada permitió a Milton comprobar que la mesa estaba perfectamente elegida. No tenía ninguna otra detrás; las más cercanas se hallaban a una distancia suficiente para que quienes las ocupaban no pudiesen oír lo que en torno a ella se hablaba.

Un individuo se puso en pie sonriente al verle llegar. Era de mediana estatura, pero fuerte; la frente, grande y abombada, ocupaba casi la mitad de su rostro; los ojos inquisitivos y penetrantes reflejaban inteligencia y astucia; los labios finos, delgados, un temperamento frío, cruel acaso. Vestía un «*smoking*» bien cortado y daba una clara sensación de dominio y seguridad en sí mismo. ¿Edad? Sería difícil calcularla a primera vista; lo mismo podían ser cuarenta que cincuenta años.

—Encantado de verle, Price. ¿Qué tal, un «martini» especial para ir haciendo boca?

Milton asintió con un movimiento de cabeza y estrechó la mano que Glen, le tendía. Su contacto le produjo una extraña sensación. Era una mano cuidada y pulida, suave y fuerte a un tiempo. Le pareció una garra envuelta en un guante de seda.

—Siéntese, amigo. Y no le extrañe que le haya conocido nada más verle. La fotografía que me mandaron era bastante buena.

Silencioso y diligente uno de los camareros puso sobre la mesa unos «martinis» especiales, alejándose seguidamente.

—Parece que tuvo una visita desagradable, ¿eh? ¿Qué le quería ese imbécil de Drew McMullen?

—Pero ¿está usted enterado? —pregunté, sorprendido, Milton.

—Seguro. Yo me entero de todo lo que me interesa. Alguien sigue de cerca los pasos del inspector. Así no logrará sorprenderme nunca.

—¡Hum! —Gruñó, incrédulo, Wonder—. A mí no me pareció

imbécil; además parece perfectamente enterado de todo. Nada me extrañaría que cualquier día le dé un buen disgusto.

—Se engaña, amiguito. Seré yo quien le dé el disgusto a él. ¿Quiere decirme por qué le supone tan bien enterado?

Milton procuró repetir con toda fidelidad las palabras de McMullen. No ocultó ni sus invitaciones a que se marchara, ni la réplica violenta, ni la amenaza final de su visitante. Glen le escuchó con atención. Al concluir, sonrió satisfecho:

—¡Bah! Todo eso y nada es la misma cosa. Sospechas, presunciones, cálculos... Para poder hacer algo necesitaría pruebas y no las tendrá nunca.

A los «martinis» sucedieron unas combinaciones bastante fuertes encargadas por Glen. Tras una ligera pausa, Wonder inquirió:

—¿En qué consistirá mi trabajo?

—Ya lo irá viendo en días sucesivos. Por el momento me basta con conocerle y charlar un rato y saber que respondió en la debida forma al entremetido de McMullen.

—Pero —insistió Milton—, ¿había algo de cierto en lo que dijo?

—¡Qué importa! Mientras no pueda probarlo... Beba y no se preocupe de lo demás.

Wonder apuró la combinación que tenía ante sí y esperó que le sirvieran otra. Con gesto distraído contempló a una muchacha que acababa de aparecer en la pista. No cantaba con mucha voz; necesitaba del micrófono para hacerse oír. Pero compensaba su falta de condiciones artísticas con una belleza detonante, explosiva casi.

—¿Qué le parece Frida, amigo? ¿Vió muchas más bonitas?

Milton denegó con un leve movimiento de cabeza. Indudablemente la cantante merecía y justificaba todos los elogios como mujer. Glen continuó satisfecho:

—No me negará que sé hacer bien las cosas. Cuando contrato a alguien en cualquiera de mis locales...

—Ignoraba que fuera suyo el
Cyro's,
míster Lehman.

—¡Oh, hay muchas cosas que usted ignora... todavía! Oficialmente no es mío, claro está; en realidad soy el dueño de todo.

Se abrió otra breve pausa, mientras Frida, terminado su número,

se inclinaba para recibir los aplausos. Milton volvió entonces al punto que le interesaba, aunque abordando de distinta manera a su interlocutor:

—¿Podría saber cómo se le ocurrió pensar en mí?

—No creo que sea difícil imaginárselo. Sabía que hace un mes le expulsaron del

F. B. I.,

conocía su historia y...

—¿Estaba enterado de las causas de mi expulsión?

—Naturalmente —repuso con aires de suficiencia Glen—. Ya le he dicho que estoy enterado de todo.

—Entonces sabrá que las acusaciones lanzadas contra mi eran falsas.

—Quizá. Pero sus jefes pensaron de distinta manera, ¿no? Falsas o verdaderas el resultado fue el mismo; que dejó de pertenecer a la Policía federal. Por eso me interesa de una manera fundamental.

—¿Por no pertenecer al

F. B. I.?

—inquirió, sorprendido, Milton.

—Más exacto sería decir que por haber pertenecido. Aunque ya no figure en sus filas, conoce muchas cosas que necesito saber y que me hubiera sido difícil averiguar por otros medios.

Wonder comprendió. Si una poderosa organización criminal podía encontrar a veces confidentes o cómplices en las distintas Policías locales, no ocurría lo mismo con el

F. B. I.

Hombres seleccionados escrupulosamente, no resultaba fácil intimidarles por la amenaza o comprarles a fuerza de dinero. Contra su integridad y bravura se estrellaban indefectiblemente las tortuosas maquinaciones de los enemigos de la sociedad y del país.

—¿Y espera que yo le revele sus secretos?

—Confío en que nos entendamos —repuso un tanto evasivo Glen—. La tarea será sencilla para usted y yo le pagaré bien. Ya sé que Peter le habló de quinientos por semana; pero a esa cifra podría añadirsele con toda facilidad uno e incluso dos ceros.

—¿A cambio de qué?

—De informes confidenciales y reservados. Sé que usted estuvo destacado en varias ocasiones en Seattle y sus inmediaciones; que

conoce la forma en que la Policía federal vigila la frontera; que está enterado de los nombres de quienes guardan la nueva fábrica atómica. Todo esto tiene un alto interés para mí. Para usted, en cambio...

—Sería una traición no sólo al

F. B. I.,

sino a la nación —replicó impremeditadamente, sin poderse contener, Milton.

Glen le contempló ligeramente desconcertado. Por espacio de medio minuto guardó silencio, en tanto sus ojos penetrantes observaban la cara de Wonder como si quisiera adivinar sus pensamientos. Cuando habló de nuevo lo hizo en voz baja y en un tono acerado:

—¿No le expulsaron precisamente por eso?

—Ya le dije que las acusaciones eran falsas; si tan bien enterado está de todo debe saber...

—Sé todo lo que necesito —le interrumpió brusco Glen—. Entre otras cosas que tendrá que hacer lo que yo le pida.

—¿Y si me negase?

—Lo sentiría por usted. Ya comprenderá que no le he traído aquí y le he hablado como lo he hecho, para consentir que nos traicione.

Había una clara amenaza en sus palabras. Milton retrocedió apresuradamente. Dejándose llevar estúpidamente por los nervios había dicho lo que no debía, haciendo peligrar desde el principio sus planes. Rectificó:

—¿Traicionarle? ¡Ni pensarlo! ¿Qué podría ganar traicionándole?

—Lo que menos podía agradarle —repuso torvo Lehman—. No lo olvide en ningún momento. Y recuerde siempre que me molesta la excesiva curiosidad.

—¿No encuentra lógico que quisiera saber en qué ha de consistir mi trabajo?

—Desde su punto de vista, sí; pero no desde el mío, y soy yo quien paga y manda. ¿Entendido?

Wonder se apresuró a dar un pleno asentimiento. Con aire de reconvención Glen hizo constar de una manera explícita que a nadie le consentía que quisiera saber más de la cuenta. Allí no había más que cumplir sus órdenes.

—Quien no esté conforme, peor para él. Pago bien, pero exijo obediencia ciega. Cuando alguno quiere jugarme sucio, por regla general no tiene tiempo de arrepentirse.

Tratando de disipar los recelos que su actitud había hecho nacer en el ánimo de su interlocutor, Milton le dio plenamente la razón. Estaba resuelto, afirmó, a secundarle en todo y por todo. No sólo por interés personal y por no tener otra solución viable, sino también porque...

—No quisieron creerme cuando dije que era inocente, me tildaron de traidor y no me dejaron otro camino que serlo. Algún día se darán cuenta del error cometido conmigo, pero ya será tarde para repararlo.

Estaban charlando en plan enteramente amistoso —si bien Wonder no se hallaba muy seguro de haber conseguido borrar la mala impresión que en un principio causara a Lehman—, cuando se acercó un tipo alto, fornido, de cabeza cuadrada y hombros de una anchura desmesurada.

—¿Qué ocurre, Kenneth? —Inquirió en voz alta Glen.

—Tiene una visita, señor. Le espera en el despacho. Creo que es urgente.

Levantándose de la mesa, Lehman y el recién llegado cambiaron unas breves palabras. Lo hicieron en tono que era apenas un susurro. Tan bajo que, aunque Milton tenía un oído espléndido, sólo consiguió captar un nombre: McMullen.

—Tendré que abandonarle unos minutos, Price —dijo Glen—. Kenneth Murphy se quedará haciéndole compañía. Es un buen amigo mío y confío en que desde ahora lo será suyo.

Al mirarle de cerca, Milton tuvo la impresión de que no era la primera vez que le veía. No podía recordar dónde, pero le parecía haberle visto con anterioridad. Como juzgaba inútil preguntárselo directamente, prefirió dar algunos rodeos.

Bebiendo con Kenneth —que al igual de su jefe hacía constantes gestos al camarero para que le trajese un nuevo «cocktail», apenas agotado el anterior—, hablaron con aire indiferente de diversos temas sin importancia. Al cabo. Wonder hizo recaer la charla sobre San Francisco. Su interlocutor demostraba conocer perfectamente la ciudad. ¿Hacía mucho que no iba por allí?

—Cinco o seis semanas. Sólo estuve unos días, pero me sirvieron

para recordar viejos tiempos en los que...

Milton recordó entonces a su vez. Había visto a Kenneth Murphy —aunque entonces no supiera que se llamaba así—, por espacio de tres minutos en el interior de un cafetín del puerto. El propio Buttler se lo señaló con un leve codazo. Wonder le miró con atención, aunque con disimulo. Sabía, sin necesidad de preguntas, lo que el inspector quería indicarle: sencillamente que aquel tipo estaba en relación con el grupo de forajidos sobre cuyos pasos marchaban.

Tan grande fue la emoción experimentada al reconocerle, que tuvo miedo de que su interlocutor se diese cuenta: incluso le asustó que pudiese leer sus pensamientos y se esforzó por desviarlos por otro cauce. Inconscientemente, Kenneth le ayudó preguntándole por Owen McMullen.

—Quiso asustarle esta tarde, ¿eh? Me parece que ese tipo quiere que rabie el perro sin darse cuenta de que será la primera víctima.

—Puedo asegurarle que no lo lamentaría en absoluto —afirmó Milton.

—¡Lamentarlo! —exclamó con una risa burlona Kenneth—. Yo daría con gusto un billete de los grandes con tal de verlo desaparecer.

Seguían charlando animadamente, cuando regresó Glen Lehman. Su rostro no reflejaba precisamente una gran satisfacción. Milton tuvo la impresión de que la entrevista celebrada —posiblemente con McMullen—, no había tenido nada de agradable. Tuvo, sin embargo, la prudencia suficiente para no hacer ninguna pregunta. Kenneth, en cambio, la hizo, demostrando una mayor confianza:

—¿Se torció el asunto, jefe?

—Ni hablar —sonrió Glen—. Creo, por el contrario que es ahora cuando anda camino de una solución definitiva.

Pero a los cinco minutos de sentarse de nuevo a la mesa y apenas apurado el primer «cocktail» mostró cierta prisa en marcharse. Según dijo a Milton, aun lamentándolo mucho, no podría cenar en su compañía. Tenía que resolver algunos asuntos urgentes.

Kenneth tendría que Irse con él, pero esto no implicaba que Milton hubiese de abandonar el local. Podría cenar allí e incluso bailar un poco. No debería preocuparse por la cuenta. Era el dueño

y estaba todo pagado. Wonder no tuvo más remedio que aceptar.

Dos minutos más tarde, Kenneth, que se había alejado unos pasos, regresó acompañado de una chica que le presentó. Milton no pudo evitar un gesto de admiración y sorpresa al contemplarla. Tendría veinticinco años y era de mediana estatura, pero maravillosa de líneas y proporciones; en el rostro, de una perfección increíble, los ojos parecían más grandes que la boca; la nariz era recta, de puro trazo helénico; los labios, rojos sin necesidad de carmín, mostraban al sonreír dos hileras de dientes exactamente iguales, de blancura deslumbradora.

Hablaron en tono alegre y cordial. Además de bonita, la muchacha que según Kenneth —que parecía conocerla bastante— se llamaba Peggy, era simpática, de inteligencia rápida y réplicas agudas e intencionadas. La perspectiva de cenar en compañía del individuo que acababa de serle presentado, no le desagradó en lo más mínimo.

—Encantada, Fred. ¿Quieres cenar ya, o prefieres bailar antes un ratito?

Al dirigirse a él, la muchacha le tuteaba con absoluto desembarazo. Milton tuvo la impresión, sin embargo, de que su desgarró era un poco forzado, como quien está representando una comedia. No obstante, fingió no darse por enterado y continuó el juego:

—Como quieras, dulzura. Tus caprichos son órdenes para mí...

Glen Lehman sonrió satisfecho al escucharle.

Tendiendo la mano a Milton se despidió, diciendo:

—Procure pasar un rato divertido, amigo. Lo necesita para ir entonándose. Andaré por aquí y le veré antes de marcharse. De todas formas, puede irse cuando y donde le parezca. Y no se preocupe por nada. Venga a verme mañana a la misma hora.

Quedaron solos Milton y Peggy. Hubo una pausa embarazosa, que la muchacha rompió con algunas frases triviales y desgarradas, que desdecían un poco en sus labios. Eligieron un menú succulento, pidieron vinos de marca y mientras se lo servían invitó a su acompañante:

—¿Por qué no movemos un poquito los pies?

Wonder presumía de bailar bien, pero Peggy le superaba indudablemente. Se movía con gracia y ligereza, llevando el ritmo

de la música con pies que no parecían rozar el suelo. Cuando volvieron a la mesa, Milton preguntó asombrado:

—¿Eres bailarina?

—¿Yo? —rió entre asombrada y divertida la muchacha—. Ni pensarlo. Soy mecanógrafa, una sencilla mecanógrafa, nada más.

—Pues serás la Pawlowa de las mecanógrafas —comentó, incrédulo, su acompañante.

Alternaron la cena con el baile. Al terminar cada uno de los platos, la muchacha le invitaba a dar unas vueltas por la pista. También procuraba hacerle beber, aunque Milton, receloso y desconfiado, resistía todo lo posible, injiriendo tan sólo pequeñas dosis de alcohol. No obstante, y por estimar Que así pudiera convenir a sus planes, fingía estar un poco mareado.

—¿No crees que se mueve el suelo?

—Es tu cabeza que empieza a dar vueltas —comentó la muchacha—. Pero sigue bebiendo Mientras olvidemos la realidad que nos circunda, podremos sentirnos felices.

De pronto, mientras la abrazaba durante uno de los bailes, por el cerebro de Milton cruzó un extraño recuerdo: el de la mujer que se desmayase a la entrada del puente de Oakland. Al inclinarse sobre ella para recogerla fue cuando perdió el conocimiento, que no recobró hasta hallarse en la clínica de Stockton Street.

Si Kenneth Murphy había estado en Frisco y mezclado en aquel asunto, ¿por qué no podría ocurrir lo mismo con Peggy? Rechazó la idea. No era mucho lo que recordaba de la mujer desmayada, a la que apenas si vió medio minuto y entre las sombras, porque estaban a quince metros del farol más cercano. Había algo, sin embargo, que recordaba con claridad: tenía el pelo castaño.

—¿Siempre tuviste el pelo rubio, Peggy?

—¡Claro que sí! ¿Por qué me lo preguntas?

—Tuve hace años en Frisco una amiguita que se te parecía; sólo que aquélla era pelirroja.

—Pues no era yo. Ni he puesto los pies en San Francisco ni fui pelirroja nunca.

Habían terminado de cenar y Milton simulaba que su borrachera iba en aumento. Una de las veces, al levantar la cabeza, vió a Kenneth mirando de lejos a la muchacha con aire amenazador. Peggy le vió también.

—Es un bestia y está celoso. Como no le hago ningún caso, quiere meterse con todos los que se me acercan.

—Pues voy a tener que darle un buen escarmiento —gruñó Wonder, tartamudeando como si estuviera muy bebido y haciendo ademán de levantarse.

—¡Tú estate quieto! —le ordenó la muchacha, obligándole a sentarse de nuevo—. Iré un momento a hablar con él para que me deje tranquila.

—¿Y si no vuelves? —inquirió Milton.

—Volveré, no te preocupes. Dejaré aquí el bolso. A Kenneth le convenceré en dos minutos. Si se pone pesado, hablaré con míster Lehman.

No sin cierta resistencia la dejó marchar Wonder. Peggy se alejó unos pasos con Kenneth hablando animadamente. Aunque no podía oír lo que decían, parecían estar discutiendo.

Milton no hizo mucho caso de la discusión. Con aparente descuido cogió el bolso de la muchacha y lo abrió. No paró demasiada atención en unos cuantos billetes que halló en su interior. Pero una fotografía unida a un carnet de conducir hizo latir con apresuramiento su corazón.

Una sola ojeada le bastó para comprobar que la fotografía era de Peggy; pero allí los cabellos de la muchacha no eran rubios, sino castaños. ¡Castaños como los de la mujer desvanecida a la entrada del puente de Oakland!

Con el rabillo del ojo vio que Peggy se despedía de Murphy para volver a la mesa. Dejó el bolso cerrado donde la muchacha lo había colocado; luego, simulando atarse un zapato ocultó el carnet de conducir en el Interior del calcetín.

—¡Ya estoy de vuelta, amiguito! Como ves, soy mujer de palabra. Otra vez estoy a tu lado.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta que te canses de mí.

—Entonces espera con calma, porque habrán de pasar muchos años.

Siguieron bailando y bebiendo por espacio de media hora más. Milton, simulando a la perfección la pesadez del borracho, hizo algunas tonterías y repitió veinte veces las mismas preguntas. Una de las que más veces formuló fue la dirección de la muchacha.

Peggy le dio tres o cuatro diferentes, todas las cuales procuró grabarlas en su memoria Wonder. Algunas debían ser falsas; pero entre ellas podría estar la verdadera.

—Llevas poco tiempo en Seattle, ¿verdad?

—Tres meses —se le escapó a la joven; luego rectificó apresuradamente—. Tres meses desde mi último viaje; en realidad son quince años los que llevo aquí.

—¿Adónde fue ese viaje? ¿A Frisco?

—Al Canadá. ¡Déjame en paz con tu bendito Frisco! Ya te dije que nunca puse los pies en él.

Cuando terminaron aquel baile y volvieron a la mesa, Milton lo hizo dando traspiés y apoyándose en el brazo de Peggy. Todos los que le veían tenían la plena seguridad de que ya había bebido más de la cuenta; pero Wonder estaba totalmente despejado y se daba cuenta de todo lo que ocurría a su alrededor.

—¡Las diez y media ya! ¿Qué tal si te vinieras conmigo al Rainier? Allí podríamos continuar.

—«Okay», Fred —accedió sonriente la muchacha—. Pero antes bebamos una copa de champaña. Quiero que brindes conmigo.

Sin el menor recelo, Milton cogió la copa que le entregaba la joven. Aunque había bebido bastante, se encontraba fresco, conocía su resistencia y estaba seguro de que un poco de champaña no le haría el menor daño.

—Como quieras, dulzura. ¡Por tu felicidad... y la mía!

Tuvo la impresión de que la muchacha sonreía de una manera extraña viéndole beber. Después se sucedieron con rapidez vertiginosa las más extrañas sensaciones.

Al dejar la copa, que sólo había bebido a medias, sobre la mesa, sintió que un repentino sopor iba adueñándose con rapidez de todos sus sentidos. Un poco alarmado, intentó levantarse y no lo pudo conseguir. Trató de apoyar las manos en la silla para hacer fuerza; las manos se negaron a obedecerle. Empezó a darle vueltas la cabeza y aunque tenía los ojos muy abiertos cuanto le rodeaba aparecía envuelto repentinamente entre nubes espesas.

—¡Qué raro! —exclamó, desconcertado—. Juraría que estoy... borracho...

—¡Claro que lo estás, querido! ¡Has bebido tanto...!

La voz de Peggy le llamaba distante, como si le hablase desde

cincuenta o sesenta metros de distancia. Con un esfuerzo levantó la cabeza para mirarla. Estaba de pie, a su lado, sujetándole de un brazo. Allí se hallaba, también, Kenneth Murphy y tres o cuatro personas más. Todas parecían mirarle con el gesto burlón y conmisericordioso con que se contempla a quien se ha excedido en la bebida.

—¡No, no! —murmuró trabajosamente—. No ha sido la bebida lo que...

Pero antes de concluir la frase se hizo un vacío absoluto en su cerebro. Dejó de ver, de oír y de pensar. Las fueras le abandonaron por completo y cayó de bruces sobre la mesa.

Le asaltaron luego extrañas y confusas pesadillas. En un rincón cualquiera de su cerebro se encendía de pronto una tenue lucecilla, que se apagaba a los pocos segundos, para tornarse a encender más tarde. Eran fugaces retornos a una semiconsciencia. Durante ellos, aunque no lograba abrir los ojos ni pronunciar una sola palabra, le parecía oír hablar y moverse sombras extrañas a su alrededor.

Confusamente, muy confusamente, tuvo un instante la impresión de que se hallaba en el interior de un coche en marcha y de que el aire frío de la noche azotaba su rostro; después de que estaba tendido en una cama y gentes de rostro monstruoso se inclinaban sobre él con muecas de burla y amenaza; más tarde, que estaba encerrado en una cabaña que empezaba a arder; quería huir, pero la puerta estaba cerrada.

Golpeaba con furia la puerta esperando en que alguien le oyese, pero no respondía nadie. Su pánico aumentaba, porque la habitación estaba llena de humo y las llamas empezaban a prender en sus ropas. Desesperado, seguía golpeando la puerta cuando sentía en sus carnes el mordisco doloroso del fuego.

—Estoy soñando —murmuró, despertando con un esfuerzo, tratando de alejar de su cerebro la terrible pesadilla—. Todo es un sueño estúpido...

Al abrir los ojos respiró aliviado. Aquélla era su habitación del Rainier Hotel. La luz estaba encendida. Se hallaba tendido sobre la cama, totalmente vestido. Quienes le trajeran desde el
Cyró's

no se habían tomado siquiera la molestia de quitarle los zapatos. Pero ni ardían sus ropas ni en el cuarto había llamas o humo.

—¡Valiente pesadilla...!

Pero había algo que no era imaginación tan sólo: estaban llamando a la puerta. Lo hacían sin demasiada violencia, quizá para no despertar a los que ocupaban las habitaciones inmediatas, pero con cierta insistencia.

—¡Que esperen!

Se tiró de la cama dispuesto a marchar al cuarto de baño. Aún sentía los efectos del alcohol ingerido, y su cabeza no estaba muy firme sobre los hombros. Metería la cabeza en el agua y se despejaría un poco. Entonces vería quién era el idiota que le molestaba a aquellas horas.

¿Qué hora sería? No tenía la menor idea. Sin hacer caso de los golpes que seguían sonando en la puerta, miró el reloj de pulsera: la una de la madrugada. Había estado durmiendo dos horas y media.

—No estuvo mal el sueñecito. ¿Qué habrá sido de Peggy?

Iba hacia el cuarto de batió cuando sus pies tropezaron con algo. Al mirar al suelo, la sangre se le heló en las venas. Allí, tendido en el centro de la habitación, aparecía el cuerno de un hombre. La sangre que le brotaba del pecho, aparte de empapar su camisa, formaba un charquito en el pavimento.

—¡Dios mío! —murmuró, aterrado, al reconocerle—. ¡McMullen!

De un golpe se disiparon las tinieblas que envolvían su cerebro. Se inclinó un instante sobre el inspector. Bastaba mirarle a la cara para ver que estaba muerto. Tirada a unos pasos estaba el arma que posiblemente había servido para cometer el crimen: una «Walker» del nueve corto.

—¡Si es la mía!

Con movimiento rápido sacó el cargador: faltaban dos balas. Seguramente, las mismas que McMullen tenía en el cuerpo. Quienes llamaban debían haberle oído moverse, porque arreciaron los golpes y una voz enérgica exigió:

—¡Abra de una vez o tiremos la puerta!

La mirada de Milton fue hacia la puerta: era fuerte y estaba echada la llave por dentro. En derribarla tardarían unos minutos. Los suficientes, dándose prisa, para poder escapar. ¿Por dónde? Por donde había escapado quien cerró la puerta por dentro: a través de la terraza.

Apresuradamente se puso el sombrero y la trinchera; luego recogió el maletín, que constituía su único equipaje. Mientras lo hacía su cerebro funcionaba con vertiginosa rapidez.

Creía ver con claridad lo sucedido. Peggy era un instrumento de Lehman y Murphy. La última copa de champán contenía algún narcótico. Era, en fin de cuentas, lo mismo que habían hecho con él en la entrada del puente de Oakland, aunque entonces no le diesen nada a beber antes de perder el conocimiento.

La jugada era maestra. La primera vez su treta sirvió para que le expulsasen del

F. B. I.;

la segunda, para cargarle la muerte de McMullen y, quizá, llevarle a la silla eléctrica.

—Pero ahora te equivocaste en la dosis, Glen —murmuró mientras salía a la terraza—. Desperté un poco antes de lo esperado. Y serás tú quien tenga que dormir, acaso para no despertar jamás...

III

CINISMO



ESCENDER hasta el jardín, primero; deslizarse por entre los macizos después, y saltar una pequeña verja por último, fue un juego de niños para Milton Wonder. Desde la terracita de su habitación se descolgó sobre la del piso inferior, que estaba un poco más saliente, para, desde ésta, ganar la planta baja. El maletín —donde únicamente llevaba varios papeles, un traje y algo de ropa interior— constituía muy pequeño estorbo. Logró salir a la calle sin que nadie le viese; antes, posiblemente, de que quienes forcejaban en el pasillo hubieran logrado derribar la puerta.

El Rainier Hotel se alzaba en un extremo de la ciudad, no lejos del maravilloso Ravenna Park. Con paso rápido marchó hasta Lake Avenue. Aunque era un poco tarde, la vida nocturna de Seattle es bastante intensa, y esperaba encontrar algún «taxi». No se vió defraudado. Cinco minutos después marchaba hacia el centro de la ciudad.

Despidió el «taxi» en Steward Street; recorrió a pie un par de manzanas y tomó otro distinto que le condujo a Railroad Avenue. Railroad Avenue se extiende paralela al puerto entre la estación terminal del Northern Railway y la de los ferrocarriles que conducen a la cercana frontera canadiense. En ella se abren bares, cafés, hoteles y pensiones de todas clases; rebosa de animación y gentío a todas horas y está casi tan animada a las doce de la noche como a las cuatro de la tarde. En ningún sitio podría pasar más inadvertido un individuo de aire cansado con un maletín en la mano.

—¿Habitación para dormir? —inquirió el tipo que aparecía tras el pequeño mostrador del modesto hotel portuario—. Seguro que tenemos. Pero es un dólar por noche, amiguito. Y hay que pagar por adelantado.

—«Okay», muchacho. Aquí está el dólar. Y este otro si puedo darme un buen baño. Llevo veinte horas en un maldito tren y tengo polvo hasta en el cerebro.

Antes de hablar sabía que un tren procedente de Montana llegaba a Seattle alrededor de la medianoche. El individuo con quién hablaba dio por seguro que había venido en él, que era lo que Milton deseaba.

Diez minutos después, luego de dejar el maletín en una habitación del piso bajo, pasaba al cuarto de aseo. No había baño, pero sí una ducha. Desnudándose con rapidez, Wonder se metió debajo de ella. Durante quince minutos dejó que el agua —caliente primero, templada después, fría por último— le cayese sobre la nuca, corriéndole a lo largo del cuerpo.

Cuando se vistió de nuevo habían desaparecido por entero los efectos de la borrachera o el narcótico. Su cabeza funcionaba ahora con perfecta claridad y estaba dispuesto para hacer frente a cualquier peligro que pudiera presentarse.

—La ducha me ha dejado un poco destemplado. Voy aquí al lado

a tomar algo caliente.

El individuo del mostrador no hizo la menor objeción. Ni siquiera se molestó en preguntarle su nombre. Tenía obligación de dar cuenta diaria a la Policía de las personas que dormían en su casa. Pero ¿qué más daba un nombre que otro? Lo importante era que pagasen, y aquél había pagado ya.

—Quiero un café bien cargado y caliente. Tampoco me vendría mal una copa de «*whisky*». ¿Entendido?

El camarero se apresuró a traerle lo que había pedido. Sentado en un rincón del cafetín, con el ala del sombrero muy echada sobre los ojos, Milton examinó con entera frialdad su situación.

Preciso le era reconocer que no tenía nada de agradable. El hallazgo del cadáver de McMullen en su habitación lanzaría a la Policía sobre su rastro. Dentro de una hora empezaría una búsqueda afanosa por todas partes, si es que no había, comenzado ya. Estarían vigiladas las carreteras, los ferrocarriles y el puerto. Intentar huir de Seattle sería ponerse en manos de quienes tenían el mayor interés en encerrarle.

Estaba seguro de no haber matado al inspector. Perdió el conocimiento en el

Cyro's

y no lo recobró hasta despertar en la cama de su habitación del Rainier. Entonces ya McMullen llevaba muerto un buen rato. ¿Hubiera sido mejor quedarse? ¿La huida por la ventana no equivalía a un reconocimiento de la propia culpabilidad?

Movió la cabeza en sentido negativo. Nada peor podría haberle sucedido que quedarse. Al inspector le habían matado dentro de su habitación, con la puerta cerrada por dentro y utilizando su pistola. ¿Admitiría nadie que no tenía nada que ver en el crimen? De ninguna manera. Y menos cuando dos o tres camareros atestiguarían que horas antes discutió violentamente con la víctima. Con aquello y con sus antecedentes habría más que suficiente para una condena a la última pena, seguida de una rápida ejecución.

Cierto que podría intentar defenderse acusando a Glen Lehman y a sus secuaces. Pero ¿qué podría decir contra ellos? Cosas demasiado extrañas para ser creídas por nadie, cuando carecía de pruebas materiales en que apoyar sus afirmaciones. La inconsciencia en que había permanecido durante un par de horas no

le serviría de mucho. Si allá en Frisco, cuando todavía era una persona decente y respetable, no quisieron creerle, ¿qué caso iban a hacerle ahora que era un indeseable, que se inscribía en un hotel con nombre supuesto y que asesinaba a un inspector de Policía luego de ser expulsado por negligente y cobarde del Federal Bureau of Investigation?

No creía que fuera posible la menor duda respecto a lo sucedido. Glen había supuesto que Milton le obedecería ciegamente, secundando sus planes a cambio de unos puñados de dólares. Que indignado por la injusticia de la expulsión, no vacilaría en vengarse traicionando a sus antiguos compañeros. Le tanteó habilidosamente durante la charla del

Cyro's

y él, que se creía inteligente, fue tan imbécil como para descubrirse en un momento de arrebato.

Desde aquel momento, aunque hizo lo posible por enmendar su yerro, estaba decidido su destino. Lehman era demasiado astuto para dejarse engañar. Simuló darse por satisfecho, pero empezó a pensar en un medio de librarse de su nuevo y peligroso auxiliar. Después se presentó McMullen. Probablemente, sabía más, mucho más de lo que suponía el «boss» y constituía un grave peligro.

—Entonces resolvió eliminarle. Cargándome el muerto, naturalmente. Y esa perra de Peggy...

Recordó, entonces, el carnet con una fotografía que cogió del bolso de la muchacha. Hasta entonces lo había olvidado, aunque al desnudarse para la ducha lo sacó del calcetín para metérselo en la cartera. Lo examinó ahora con todo detenimiento y lanzó un silbido de sorpresa.

No se trataba, como pensó al verlo, de una licencia de conducir. Era un pase de libre entrada en el War Department de Washington, extendido a nombre de Elizabeth Peterson, secretaria del senador Moses Austin Benton. Wonder conocía al senador de nombre. Se trataba del presidente de la Comisión de Defensa.

Todo aquello resultaba sorprendente. Pero más sorprendente aún que la fotografía unida al pase fuera la de Peggy. No era posible la menor duda respecto a este punto. La muchacha de la «foto» iba sin pintar, tenía una mirada clara, una sonrisa franca y los cabellos de color castaño. Pero indudablemente era la misma que había

conocido unas horas antes en el
Cyró's.

—¡Cada vez me parece más raro todo esto!

El pase llevaba fecha de agosto de 1950; probablemente habría caducado su validez, pero parecía auténtico. ¿Sería posible que la joven que le había narcotizado, que estaba al servicio de una banda de contrabandistas, espías y sabotadores tuviera o hubiese tenido libre acceso al Departamento de Guerra de Washington? ¿Y por qué no? ¿Acaso no había pertenecido él al

F. B. I.?

—Me dijo que era mecanógrafa, aunque supuse que era una broma. Seguramente se le escapó.

Pensó de pronto que aquella chica —Peggy, Elizabeth o como quiera que se llamase— podría ser la clave del enigma. Más aún, su tabla de salvación. Si conseguía dar con ella, la haría hablar con claridad, aunque tuviera que destrozarla a puñetazos para convencerla. Le diría quién mató a McMullen, por qué le narcotizó, quién era Glen y a qué se dedicaba.

—Con su declaración en el bolsillo podré presentarme a la Policía y demostrar mi inocencia.

Recordaba perfectamente las diferentes direcciones dadas por la muchacha. Resueltamente fue a la cabina telefónica del cafetín, cogió la guía y empezó a llamar una tras otra a las diversas direcciones. Preguntaba por Elizabeth Peterson, pero en ningún lado parecían conocerla.

Sin desanimarse tornó a llamar, Inquiriendo por una muchacha llamada Peggy y dando sus señas. En tres sitios respondieron negativamente. En el cuarto...

—Miss Peggy salió a cenar con unos amigos y no ha regresado aún.

Tomó nota de la dirección. Se trataba de una pensión de Virginia Street. Su primera intención fue marchar allí y esperarla paseando por delante de la casa. Se contuvo, pensando que acaso no fuese a dormir. A diferencia de Railroad Avenue, Virginia Street era una calle tranquila, desierta casi durante la noche. Un individuo paseando horas y horas por la acera podía hacerse sospechoso a cualquier vigilante nocturno. Y esto era muy peligroso cuando toda la Policía local debía estarle buscando ya.

¿Y si fuera al
Cyró's?

Seguramente la encontraría; pero más seguro aún se encontraría con Lehman, Murphy y algunos de sus secuaces. Era probable que ya estuvieran enterados de su huida del Rainier Hotel; quizá supieran que le andaban buscando. Sin embargo...

—Si creen que sospecho algo, y tienen que creerlo por poco inteligentes que sean, será el sitio por donde menos esperan verme aparecer.

Eran las dos de la madrugada, pero el
Cyró's

no cerraba sus puertas hasta el amanecer. Precisamente, según le había dicho Kenneth, las horas en que estaba más concurrido eran las que precedían al alba. Había muchos que iban por allí al cerrar otros clubs nocturnos.

—Arriba funciona una ruleta y siempre tiene clientes.

Resolvió ir en busca de Lehman. Sabía perfectamente lo que se jugaba. Podían entregarle a la Policía que le andaba buscando o meterle un balazo por la espalda. Pero no tenía mucho donde elegir. Al mirar su cartera advirtió que tan sólo le habían dejado en ella tres billetes de diez dólares. Solo, sin dinero, sin amigos en una ciudad casi desconocida, acosado como fiera dañina, no tardaría en caer. La frontera estaba cerca. Sin embargo, treinta dólares eran poco dinero para conseguir que cualquier lancha rápida le llevase a Vancouver o Victoria y utilizar el tren o los autobuses resultaba demasiado peligroso.

—¡Quién sabe! Si logro coger desprevenido a Glen...

Una nueva llamada telefónica —simulando ahora hacerlo desde la Jefatura de Policía—, le permitió saber que Lehman continuaba en el
Cyró's.

El hecho de que quién se puso al aparato no mostrase sorpresa ni alarma al saber que un representante de la autoridad se interesaba por Glen, indicaba varias cosas en opinión de Milton. Desde luego que, contra lo que fuera lógico, no eran tirantes las relaciones del «boss» con quienes debían ser sus más implacables enemigos. Y acaso, también, que algún agente se había presentado ya tratando de averiguar cuánto supieran de Frederick Price, al que

considerarían como asesino de Owen McMullen.

Fue a pie y a buen paso hasta Atlantic Street. Un instante pensó en penetrar por la puerta principal. Casi en el acto rechazó la tentación. A través del salón sería muy difícil llegar hasta Lehman. Lo probable era que alguien le cerrase antes el paso, obligándole a una pelea que por fuerza tendría las más desastrosas consecuencias.

De su charla con Kenneth recordaba una alusión a una entrada posterior, con una escalera que conducía directamente al despacho del jefe. No sabía dónde se encontraba exactamente, pero confiaba en que alguien le mostrase el camino. Andando despacio dio la vuelta a la manzana. Pronto encontró una callejuela estrecha que corría a media distancia entre Atlantic y Connecticut Street. Por fuerza allí tenía que dar la salida trasera del
Cyro's.

No le costó el menor trabajo encontrarla. Dos autos espléndidos parados junto a la acera indicaban que sus ocupantes estaban dentro. A diferencia de todas las demás de la calle, la puerta que le interesaba estaba solo entornada, aunque en el umbral vigilaba un individuo que le cerró el paso.

—Si quiere entrar en el

Cyro's

de la vuelta, amigo. Por aquí sólo entra el personal de la casa.

—Por eso voy a entrar yo —repuso con aplomo Milton.

—¿Y quién es usted? Llevo un año aquí y no le he visto nunca.

—Eso no importa. Necesito ver a míster Lehman. ¡Lléveme a su despacho!

El vigilante le miró sorprendido. Era un hombre corpulento, un antiguo boxeador fracasado que se ganaba la vida como guardaespaldas. Tenía orden de no dejar pasar a nadie excepción hecha de un número limitado de personas, entre las que evidentemente no se encontraba el individuo que le interpelaba, y no estaba dispuesto a franquearle la entrada.

—Más despacio, amiguito. Por aquí no hay paso. Y si se pone tonto y me levanta el gallo...

—He dicho que quiero ver a Glen y vas a llevarme a su presencia. ¿Entendido? ¡Pues andando!

El vigilante sintió que un objeto muy duro se apretaba contra su costado. No necesitó mirar para saber que se trataba del cañón de

una pistola. El gesto de quien la empuñaba no permitía hacerse ilusiones. Apretaría el gatillo sin la menor vacilación. Amedrentado levantó los brazos y trató de disculparse:

—Es que tengo orden del jefe...

—La orden no rige para mí. Echa a andar sin volver la cabeza; baja los brazos si quieres, pero no acerques las manos al cuerpo ni hagas tonterías. Al menor movimiento sospechoso...

El vigilante estaba demasiado asustado para intentar nada. Penetró en el portal, subió dos tramos de escalones y siguió por un largo pasillo. Al cabo se detuvo ante una puerta cerrada.

—Aquí es.

—¿Tiene otra entrada el despacho?

—Sí. Pero el jefe sale por ésta. De haberse marchado, lo sabría yo.

—«Okay», amigo. Llama y, cuando pregunte, di que eres tú.

Pretendió resistir. Atropelladamente, aunque en voz muy baja, explicó que Glen le tenía prohibido molestarle. Si lo hacía...

—Peor será que no lo hagas; le daré gusto al dedo y...

Un poco pálido, el vigilante llamó con los nudillos. Hubo de repetir la llamada antes de que una voz, malhumorada, preguntase:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Joe, míster Lehman. Tengo que darle un recado urgente.

—Entra —accedió, con un gruñido, Glen—. Está abierto.

Joe hizo girar el picaporte y entró, seguido de Milton. En un principio, la corpulencia del guardaespaldas hizo que Lehman no viese a Wonder.

—Deprisa, muchacho. No tengo tiempo que perder. Di de una vez lo que te ocurre.

—Soy yo, Glen, quien tengo algo que decirte —afirmó Milton, apareciendo a su vista.

—¡Tú! —exclamó Lehman, palideciendo ligeramente—. Pero si creía que...

—Me había liquidado la «bofia» al escapar, ¿eh? Te equivocaste, amigo. Y esa equivocación... ¡Cuidado! Si no pones las manos sobre la mesa, tiraré a matar.

Mientras el recién llegado hablaba, Glen había intentado abrir uno de los cajones donde tenía un revólver preparado. Desistió al

ver que Milton empuñaba una pistola, cuyo cañón apuntaba a su pecho. Obedeció, poniendo ambas manos sobre la mesa; pero no por ello perdió la serenidad ni la sangre fría. En tono duro, preguntó:

—¿Por qué lo hiciste, Wonder?

—¿Por qué hice qué? ¿Escapar?

—No. Matarle.

—¿Al inspector McMullen?

—¡Naturalmente! No sé que hayas matado a ningún otro.

El asombro impidió articular palabra a Milton por espacio de varios segundos. Glen hablaba en serio, con cara impasible de jugador de «póker». Sintió deseos de apretar el gatillo y sólo se contuvo a costa de un gran esfuerzo, si bien replicó, iracundo:

—¡Qué cinismo! ¡Culparme a mí de la muerte del inspector!

—¿Y a quién voy a culparle? ¿A Joe?

—Eso tú lo sabrás; como sabes que no fui yo quien le metió los balazos en el cuerpo.

—Yo sólo sé lo que me han dicho —repuso, con entero desparpajo, Lehman—. Que a McMullen le encontraron muerto en tu habitación y que tú escapaste por el balcón.

—¿Y no te han dicho que me narcotizaron antes de sacarme del Cyro's

y que cuando recobré el conocimiento ya estaba muerto el inspector?

Glen movió la cabeza con gesto de escepticismo. Afirmó que, según todos, las cosas habían sucedido de muy distinta manera. Milton se emborrachó desde luego. Estaba bebido cuando salió del local, pero pudo hacerlo por su pie y sin ayuda de nadie. En la puerta tomó un «taxi».

—No sé dónde diablos te encontrarías con Owen. Lo efectivo es que, según las declaraciones del portero y de uno de los camareros, iba contigo cuando llegaste al Rainier. Juntos y discutiendo subisteis a tu habitación.

—¡Mentira! —chilló, colérico, Wonder—. ¡Todo eso es falso!

—Quizá —admitió Lehman—; pero para ti como si fuera verdad. Todo eso consta en las declaraciones tomadas por la Policía. Como consta que os habíais peleado otra vez por la tarde. ¿O es invención mía también?

—No —reconoció Milton—. Yo mismo te lo conté a primera hora de la noche.

—Bien. A poco de entrar en la habitación, sonaron dos disparos. Un camarero llamó a la puerta, sin obtener respuesta; otro avisó a la Policía, temiendo una desgracia. Cuando acudió el sargento Bentley, tuvieron que echar la puerta abajo. Encontraron a McMullen en un charco de sangre; tú te habías largado ya. ¿No fue así cómo ocurrió?

Milton calló, desconcertado por el cinismo inaudito de Glen. Lehman le contempló, sonriente, un momento, como midiendo el efecto de sus palabras; luego añadió:

—Te pasaste un poco de la raya, muchacho. No he de negar que McMullen empezaba a ser un estorbo, pero no te dije que le matases.

—¡Y no le maté! —saltó, indignado, Wonder—. Fuiste tú quien preparaste el asesinato en forma que todas las culpas cayeran sobre mí.

Con cierto asombro por su parte, vió que su interlocutor no ponía demasiado empeño en negar. Sin perder la calma, Glen replicó:

—Estoy seguro de que fuiste tú; pero aunque hubiera sido yo quien le mandó matar, ¿qué? Todo seguiría igual, por lo menos en lo que a ti respecta. ¿Crees, acaso, que lograrías deshacer las declaraciones del portero y los camareros del Rainier? ¿Supones, por un solo instante, que te creería nadie la historia ésa de que te narcotizaron?

—¡Pero si es cierta!

—Como si no lo fuese. ¿Te creyeron tus jefes cuando te desmayaste, sin saber cómo, a la entrada del puente de Oakland? Y si entonces no dieron crédito a tus palabras, ¿puedes esperar mejor fortuna ahora?

La respuesta tenía que ser negativa por fuerza. De tal manera había preparado las cosas Glen, que no tenía escape posible. Sonriente y triunfal, Lehman insistió:

—Convéncete, Milton. Sé hacer bien las cosas; por eso triunfo siempre.

—Me parece que en este caso olvidas algo fundamental —repuso, agresivo, Wonder.

—¿Qué?

—Que tengo una pistola en la mano y que estoy dispuesto a matarte.

Una leve sonrisa frunció los labios de Glen. Sus ojos, clavados en Milton, no reflejaban el menor temor. Con absoluta serenidad, afirmó:

—Eres demasiado inteligente para hacerlo ahora.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy tu única posibilidad de salvación. Podrías matarme, quizá; pero al hacerlo habrías firmado tu sentencia de muerte. Una sentencia que tendría cumplimiento inmediato.

—Te equivocas. Puedo hacer fuego y escapar por donde vine.

Se acentuó la sonrisa de su interlocutor. Suavemente preguntó:

—¿Estás seguro? Si mirases hacia atrás verías que el camino de huida está cerrado.

Milton miró de refilón a la puerta, procurando no perder de vista a Lehman y a Joe, aunque este último había permanecido inmóvil y silencioso, vuelto de espaldas, con los brazos en alto y sin articular una sola palabra.

Lo que vio le hizo lanzar un grito de asombro. La puerta se cerraba sola. Sin dejar de apuntar a Glen, trató de abrirla con la mano izquierda.

—No te molestes —le aconsejó Lehman—. Se cierra con un resorte que acabo de manejar, y sólo oprimiendo ese resorte se abrirá.

—Encontraré ese resorte y...

—No tienes tiempo de buscarlo. Hace medio minuto que se encendió una lucecita roja abajo. Kenneth y otros amigos subirán hacia aquí. No tardarán mucho en presentarse.

—Pero llegarán tarde para salvar tu vida.

—Sería una estupidez y no te creo tan tonto —replicó Glen, aunque había palidecido ante la actitud resuelta de su interlocutor, y las gotas de sudor que perlaban su frente indicaban que no se consideraba nada seguro—. Comprendería que me matases, si de eso dependiera tu salvación; pero no cuando únicamente yo puedo salvarte.

—¿Salvarte tú, después de meterme en todo este lío?

—Sí. Precisamente por haberte metido, soy ti único que puede

sacarte. Voy a hablarte con entera claridad. Eres demasiado listo para engañarte. Es preferible poner boca arriba las cartas para que veas mi juego...

Sonaron unos golpes de llamada en la puerta que se abría a la derecha de la mesa de Lehman. Acompañando a los golpes, oyeron la voz de Kenneth, preguntando si ocurría algo. En voz baja, Milton amenazó:

—Si entran, disparo. Soy un buen tirador y a dos metros no es posible fallar el blanco.

—No entrarán hasta que estés convencido —prometió Glen, en el mismo tono. Luego, levantando la voz, indicó a Kenneth—: Espera cinco minutos, Murphy. Quédate ahí, pero no entres hasta que te lo mande.

Kenneth dio su conformidad en el acto. Milton contempló fijamente al «boss». Temía que sus palabras encerrasen alguna añagaza. Exigió:

—Habla deprisa y con claridad. Si no me convences, todos tus amigos no podrán devolverte la vida. ¿Aún insistes en que fui yo quien mató a McMullen?

—No —replicó Glen—. Tuve que ordenar que le liquidasen porque sabía demasiado. No sólo estaba enterado de quién eras tú, sino de otras cosas cien veces más peligrosas para mí.

—¿Por qué lo preparaste todo en forma que yo apareciera como culpable?

—Porque así convenía a mis planes. Necesitaba tenerte en mis manos. Cuando hablé contigo te vi vacilar, dispuesto a dar marcha atrás, a venderme quizá. Podías hacerlo, mientras tuvieses las manos limpias de sangre. Ahora...

—Las sigo teniendo.

—Pero lo sabes tú solo. La Policía piensa de distinta manera, y con eso basta. Si te cogieran, irías de cabeza a la silla eléctrica. Como depende de mí que no te atrapen, harás sin vacilaciones, o que yo te mande. ¿Comprendido?

La explicación, aunque cínica y desvergonzada, parecía bastante convincente. Sólo tenía un fallo: sí pensaba utilizarle después, ¿por qué le narcotizó para entregarle inerte en manos de la Policía?

—Y ¿quién te ha dicho que fuera ésa mi intención?

—Yo, que lo he visto. Si tardo cinco minutos más en recobrar el

conocimiento...

—No lo hubieras recobrado tan pronto de no ser ése mi propósito. De igual modo que la Policía hubiera entrado mucho antes de que despertases. Pero los camareros no la avisaron hasta que tuvieron la seguridad de que habías huido, porque así se lo mandé yo...

—¡No mientas! Lo que tú pretendías...

—Es lo que ha sucedido, exactamente. McMullen, muerto; tú, acusado por todas las pruebas de su muerte...

—Debía morir también, ¿no?

—En absoluto. Me serás mucho más útil vivo. ¿Crees que me habría tomado tantos trabajos en Frisco y aquí de no ser así?

Habló con meridiana claridad. No negaba ya haber preparado la jugarreta que determinó la expulsión de Wonder del F. B. I.

Necesitaba de alguien que pudiera proporcionarle muchos datos sobre la organización interna de la Policía federal, y nadie mejor que uno que hubiera estado dentro y que se considerase víctima de una flagrante injusticia.

Sin embargo, no podía acabar de fiarse de Milton. Aunque degradado oficialmente, tachado de negligente y cobarde, seguía fiel a los principios que habían informado su vida entera. Era fácil que cayera en la tentación de hacer méritos para conseguir el reingreso. Y lo primero que se le ocurriría, naturalmente, sería descubrir las maquinaciones de Lehman.

—No quise correr ese riesgo, claro está. Hallé la solución al problema en la desaparición del inspector. Me libraba de un enemigo peligroso y me aseguraba tu fidelidad. ¿No te parece una jugada maestra?

—Quizá —repuso, aún indignado, Milton—. Sólo tiene un posible fallo: que yo no me preste a secundar tus planes y apriete el gatillo.

—Un tipo menos inteligente, acaso lo haría: tú, no. Sabes positivamente que tendría las más desastrosas consecuencias. Tu cabeza responde de la mía.

—Pero los procedimientos que has utilizado...

—¡Bah! ¿Qué importan los medios si nos sirven para alcanzar un fin? Yo he conseguido el mío; tú, con un poco de habilidad, puedes

lograr los tuyos.

—¿Yo?

—Sí, tú. Descubrir mi juego, como lo acabo de hacer, es un arma de doble filo. Creo haberte convencido de que estás en mis manos y no puedes matarme ni soñar en una traición. Pero al mismo tiempo, me he puesto yo en las tuyas. Si la Policía te cogiese ahora, sabiendo lo que ya sabes, resultaría muy comprometido para mí.

Había una lógica irrefutable en su razonamiento. Era cierto cuánto decía. El destino de ambos estaba estrechamente enlazado. Wonder no podría venderle sin correr personalmente los mayores riesgos; pero tampoco Lehman estaría nada seguro si forzaba a su nuevo auxiliar a decir cuánto sabía.

—A los dos nos interesa un acuerdo leal. Tú harás lo que te pida, sin reservas ni vacilaciones; yo, aparte de llenarte los bolsillos de billetes, te colocaré fuera del alcance de la Policía. ¿Aceptas?

Milton pensó con rapidez. Rechazar de plano la sugerencia, apretar el gatillo, sólo serviría para matar a Glen y ser muerto unos segundos o unos minutos después. Satisfaría una venganza personal, devolviendo en plomo a aquel miserable todo el daño que le había hecho. Pero al venir a Seattle, al ponerse en contacto con los forajidos, buscaba y perseguía algo de cien veces mayor importancia: reivindicar su nombre y aplastar a quienes significaban un grave peligro para la nación.

Para poner al descubierto los manejos de Glen, para demostrar su inocencia en la muerte de McMullen, para aclarar todos los extremos de una vergonzosa y siniestra maquinación, sólo tenía un medio y un camino: fingir someterse a las exigencias de Lehman, enterarse de sus proyectos y complicidades, reunir todas las pruebas necesarias y actuar entonces con energía, valor y audacia.

—Está bien, amigo —accedió Milton, guardándose la pistola en el bolsillo de la trinchera, aunque sin apartar la mano de la culata, como medida de precaución—. Tú ganas. Acepto el arreglo, puesto que no me queda otra salida.

Lehman sonrió, satisfecho y tranquilizado, al oírle. Haciendo funcionar el resorte, abrió la puerta del despacho que conducía a la escalera, indicando a Joe que podía volver a su sitio. Luego de hacer pasar a Kenneth y comunicarle, con aire satisfecho, el acuerdo a que acababa de llegar con Wonder, se acercó al exagente

especial. Dándole una palmada amistosa en la espalda, comentó:

—Me has hecho pasar un mal rato, muchacho. Esperaba que vinieras por aquí, pero no creí que Joe fuese tan estúpido como para dejarse dominar sin intentar la menor resistencia.

—Joe no tuvo la culpa —le disculpó Milton—. Antes de que sospechara siquiera quién era yo, no estaba en condiciones de intentar nada.

—Debió hacer más de todas las maneras. Ahora me alegra tu resolución, porque veo que eres un hombre de temple y recursos; hace diez minutos llegué a temer que me matases. Por suerte, no me equivoqué al juzgarte inteligente, y has hecho lo que más te convenía.

—Lo que más nos convenía a los dos —rectificó Wonder—. Que si malo hubiera sido para mi disparar, peor hubiera sido para ti.

Glen asintió con una mueca que pretendía ser una sonrisa. Luego, con rapidez y premura, discutieron lo que más prisa corría por el momento: la manera de sustraer al perseguido de las primeras redactes policíacas.

Por fortuna, tenía un sitio donde Milton podría considerarse a cubierto de todo peligro. Frida, aparte de amiga suya y «estrella» de Cyro's,

mantenía las mejores relaciones con el capitán Shannon, jefe superior de la Policía local. Todos sus subordinados sabían que Herbert Shannon —un hombre de cincuenta años, politiquillo ambicioso, al que no molestaban demasiado los escrúpulos, cuya graduación de capitán había sido conseguida sin pasar por West Point ni, mucho menos, por ningún campo de batalla— estaba locamente enamorado de la cantante.

—Eso basta y sobra para que no se les ocurra, bajo ningún pretexto, entrar en su casa. Shannon no se lo perdonaría, aunque allí encontrasen al mismísimo Benedict Arnold[1].

—¿Tienes confianza en Frida? —inquirió, receloso, Wonder.

Glen sonrió con aire de suficiencia. Hacía meses que la cantante era su brazo derecho. Tenía en ella tanta seguridad, que pondría sin vacilaciones la mano en el fuego. ¿Pruebas? Merced a cuánto la mujer lograba hacer decir a Shannon y a otros estúpidos como él, estaba enterado de todos los movimientos de la Policía.

—Saldrás de aquí dentro de un rato en el coche de Frida. A su

lado estarás completamente seguro. Con la ventaja de que Kenneth y yo podremos visitarte y hablar contigo el tiempo que sea preciso sin despertar la menor sospecha.

—«Okay», Lehman. Haré lo que quieras. Pero no te extrañe que en adelante procure vivir prevenido y alerta. Dos veces has jugado conmigo como un gato podría hacerlo con un ratón. Un refrán afirma que no hay dos sin tres; si así fuese...

—No lo será. ¿Por qué iba a engañarte ahora cuando estamos de acuerdo y tan útil puedes serme? Tranquilízate, Milton; esta vez fallará el refrán.

—Lo celebraré por ti —repuso, torvo y amenazador, Wonder—. Porque si otra vez tratases de jugar conmigo, no pararía hasta meterte un cargador entero entre pecho y espalda. Es posible que yo muriese a continuación, pero tú irías por delante. ¡No lo olvides!

IV

TRAICIÓN CON TRAICIÓN SE PAGA



RIDA ocupaba un amplio apartamento, amueblado con extraordinario lujo, en el piso segundo de un espléndido edificio de Marión Street. Bastaba ver el tren de vida de la mujer para comprender Que no podría sostenerlo exclusivamente con sus ingresos como cantante, por fantástico que fuera el sueldo que recibiera por sus actuaciones en el Cyro's.

—El jefe corre con los gastos, naturalmente —explicó Kenneth ante la mirada de asombro de Milton al transponer la puerta del apartamento—. Pero aun sin su ayuda, creo que a Frida le sobraría habilidad para vivir siempre a lo grande.

—Y ¿quién es Frida? —preguntó Wonder. Kenneth le miró, un tanto sorprendido. ¿No la había visto cantando unas horas antes? ¿No se la presentó Glen en su propio despacho? ¿No le había dicho que era su brazo derecho y que gozaba de su absoluta confianza? Pues lo demás debía tenerle sin cuidado.

—Pero ¿de dónde viene? ¿Qué era antes de aparecer por Seattle? ¿Qué hay entre ella y Lehman?

—Ni lo sé, ni me importa —gruñó, receloso, su interlocutor—. Y si tienes verdaderos deseos de llegar a viejo, harías bien en no preguntar esas cosas.

Milton no preguntó nada, por el momento; pero observo bastante. La habitación que le habían destinado estaba cerca del comedor, al fondo del apartamento. Con verdadera satisfacción, advirtió que la puerta era fuerte, tenía un pestillo por dentro y que, junto a la ventana —que daba al patio del edificio—, corría una escalera de incendios, por la que sería fácil la huida en caso necesario.

La criada que les franqueó la entrada —una mujer de pelo blanco, rostro anguloso, mirada recelosa, cara de pocos amigos y tan callada que se limitó a inclinar la cabeza en gesto de mudo asentimiento a cuanto le dijo Kenneth respecto al huésped que había de dormir en la casa— se retiró apenas le enseñó su cuarto.

—Aunque es un poco tarde, hemos de aguardar a que venga Frida. Ya te indicó Glen que ella nos diría si existe el menor peligro.

Frida no se hizo esperar demasiado. Al entrar se quitó el abrigo de pieles, quedando envuelta en un traje de noche que, más que cubrir, hacía resaltar las líneas rotundas e incitantes de su cuerpo. Así, vista de cerca, parecía cien veces más hermosa aún que en la pista de
Cyro's.

—Tenemos que hablar un poco. ¿Qué tal un «cocktail»?

Kenneth dio su asentimiento; Milton se excusó, pretextando que ya había bebido con exceso aquella noche y le convenía tener despejada la cabeza. Frida sonrió, burlona, adivinando sus pensamientos.

—No temas, muchacho. Yo no soy Peggy. Conmigo puedes beber con absoluta tranquilidad.

—Creo —replicó, intencionado y galante, Wonder— que a tu

lado es difícil conservar la tranquilidad, porque la belleza se sube a la cabeza antes que el «*whisky*».

La mujer rió complacida. Mientras preparaba dos «cocktails» — uno para ella y otro para Kenneth— empezó a hablar. Milton la escuchaba sin dejar de contemplarla con cierta admiración. Frida debería tener más de treinta años, aunque no aparentaba ni veinticinco. Era alta, esbelta, de curvas marcadas y provocativas, con grandes ojos verdes y boca de labios intensamente rojos. Hablaba el inglés con un ligero acento extranjero. Debía ser, a juzgar por su aspecto, sueca o noruega; quizá polaca. Desde luego, no era americana de nacimiento.

—Duerme seguro, amiguito. Ni vendrá nadie a buscarte aquí ni corres el menor peligro. La Policía busca a Frederick Price; pero no sospecha siquiera que ese individuo y Milton Wonder sean una y la misma persona.

—Lo dudo —contestó su interlocutor—. McMullen lo sabía y...

—No se lo dilo a nadie. Hace tiempo que el inspector trabajaba un poco por su cuenta, sin querer fiarse de los demás. Shannon estaba furioso con él. Por eso, no ha sentido demasiado su muerte, aunque otra cosa tenga que aparentar en público.

—¡Hum! Por muy enfrentados que estuvieran, si me cogen no tengo salvación posible.

—No te cogerán. Shannon cree que el llamado Price es un «gángster» que McMullen descubrió a poco de su llegada a Seattle. Supone que se largó de la ciudad apenas liquidó al inspector. Ha dado orden de vigilar carreteras, ferrocarriles y puertos, pero no se les ocurrirá buscarlo aquí.

Frida estaba totalmente segura. Precisamente. Shannon se hallaba en su compañía cuando le anunciaron el asesinato del inspector. Tuvo que dejarla, quedando en volver unas horas después.

—Ha venido conmigo hasta la puerta. Como de costumbre, me ha dicho todo lo que piensa hacer. Por eso te digo que aquí estarás seguro. No conviene que salgas a la calle en un par de días; por si acaso. Después...

Antes de dirigirse a casa de Frida, Milton tuvo la precaución de pasarse por el hotelito portuario, para recoger el maletín que había dejado. La explicación que dio fue tan lógica como satisfactoria: se

habría encontrado con un viejo amigo que insistió en que fuese a pasar la noche en su casa. Como no reclamó los dos dólares pagados por anticipado, dinero que podía guardarse con plena impunidad el empleado, al no ser ocupada la habitación, el encargado le vio alejarse complacido.

Una vez en el cuarto que Frida le había destinado. Milton corrió el cerrojo y amontonó cuántos muebles encontró a mano contra la puerta. Si alguien pretendía entrar, tendría que armar ruido sobrado para despertarle y darle tiempo a huir. Examinó la pistola, puso una bala en la recámara y dejó el arma al alcance de la mano. Medio vestido se tumbó encima de la cama. Hablando consigo mismo, murmuró, satisfecho:

«Si alguien pretende darme un susto, es probable que no lo cuente».

No le molestó nadie durante el resto de la noche y las primeras horas de la mañana. Durmió profundamente y se despertó cerca ya del mediodía. Pudo darse un buen baño y se encontró más fuerte y despejado que nunca.

Terminaba de vestirse, cuando la misma criada que le abriese la noche anterior vino a decirle que *miss* Frida le esperaba para almorzar en su compañía. Instintivamente, Wonder se puso en guardia. Sin saber exactamente por qué, presintió que volvían las horas de peligro.

—He querido que almorzásemos juntos, Milton, porque necesitaba hablarte.

Frida sonreía insinuante al hablar. Apenas si se cubría con una bata de seda y encajes, que permitía ver, más que adivinar, toda la perfección de sus formas. Al sentarse frente a ella. Wonder procuró no mirarla, temeroso de que el deslumbramiento que había de producirle su belleza le colocase en situación de franca inferioridad.

—Comprendo tu desconfianza —afirmó Frida, al ver que su acompañante miraba con recelo platos y copas—. A mí me ocurriría lo mismo de estar en tu caso. Luego de narcotizarte dos veces, es difícil que te fíes de nadie, ¿verdad?

Milton asintió con un leve movimiento de cabeza. Sin dejar de sonreír, Frida continuó:

—Y más natural aún que desconfíes de mí. Sí, amigo mío; deja las frases galantes a un lado. Adivino lo que piensas de mí; aunque

no resulte muy halagüeño, he de reconocer que no te falta razón. Si a Glen le interesase jugarte otra mala pasada, yo sería la persona más indicada para secundar sus planes.

—Yo no he dicho nada de eso —protestó, sin demasiado calor, Milton.

—Pero lo estás pensando. Tranquilízate. Para que no tengas temor alguno, comeremos del mismo plato y beberemos en la misma copa. Así no habrá el menor cuidado. Aunque quizá sea peligroso para mí —añadió, sonriendo—, porque puedas enterarte de mis secretos... y aprovecharte.

Wonder comió con verdadero apetito, aunque procurando no perder de vista un solo instante las manos de su acompañante y no tocando siquiera ningún plato o bebida que antes no hubiese probado la mujer. Durante el almuerzo, Frida habló bastante y en tono convincente:

—Debes olvidar lo que Lehman te hizo. No jugó limpio contigo, pero era la única forma de asegurar tu lealtad. Estamos embarcados en una empresa arriesgada y no podemos fiarnos del primero que se presenta. Sólo consideramos seguro a quien no puede traicionarnos, porque la traición le costaría la cabeza. Y el mejor medio es lograr que se manche las manos de sangre.

—Yo no las tengo manchadas —replicó Milton.

—Pero lo sabes tú solo. La Policía piensa lo contrario, y si Glen denunciase tu paradero, no tendrías salvación posible. ¡Oh, no te alarmes! No piensa hacerlo, claro está. Siempre que resultes útil y aprovechable.

—¿Cómo?

—Secundándole en todo, respondiendo a sus preguntas con sinceridad y facilitando sus planes. Si lo haces así, no tendrás motivos para quejarte; en caso contrario...

Hizo una breve pausa, sin concluir la frase, acaso por juzgarlo totalmente innecesario. Luego, mirándole en actitud provocativa, insinuó que, de servirles con lealtad, podía esperar la mejor recompensa.

—Y no sólo en dinero.

Milton comprendió perfectamente el alcance de la insinuación. Aun reconociendo la extraordinaria belleza de Frida, no era mujer que pudiera interesarle; había conocido algunas de su contextura

moral, para hacerse ilusiones de ninguna clase. Sin embargo, siguió el juego iniciado por la mujer, preguntando, con aparente entusiasmo:

—¿Acaso podría esperar que tú y yo...?

—¿Por qué no? —replicó Frida—. Procura portarte bien, ser un buen chico y cualquier día...

Era cuanto tenía que decirle, aparte del anuncio de que Lehman y Kenneth vendrían a verle a primera hora de la tarde. Cuando la mujer se levantaba de la mesa, para ir a vestirse a su cuarto, Milton preguntó por Peggy. En los ojos de Frida brilló un relámpago de odio.

—¡Cuidado, muchacho! Es más peligrosa que una víbora con su carita de ángel. Glen se deja embaucar por ella como un imbécil. Yo veo con mayor claridad y no me fío. Me parece que está jugando con dos barajas y sería capaz de mandarnos a todos a la silla caliente.

Bien. Wonder tenía sobrados motivos para pensar de Peggy en forma muy semejante a como se expresaba Frida. No sabía si estaba jugando con dos barajas; pero sí que le había engañado y que era tan culpable de su tragedia como el propio Lehman. No salió en su defensa, claro está. Si alguna vez llegaba a tenerla a su lado...

Al poco rato —Frida estaba ya vestida aguardándoles— se presentaron Glen y Kenneth. Ambos venían sonrientes y satisfechos. Pidieron que la dueña de la casa les sirviera café, descorcharon una botella de coñac francés, sacando sendos habanos, e iniciaron la conferencia.

—Ya habrás visto, Milton, que sé hacer las cosas y soy hombre de palabra. Han pasado cerca de veinticuatro horas y la Policía no te ha molestado para nada. Si juegas limpio conmigo, no tendrás nada que temer. ¿Qué respondes?

—¿Qué puedo responder? Tú lo has arreglado todo de tal forma, que no me queda otra solución que hacer lo que me mandes.

—Celebro que veas la situación con tanta claridad. Así no habrá posibilidad de equivocaciones. Pondremos los dos las cartas boca arriba. Tú me darás todos los informes que necesito. Pero antes, yo, como prueba de confianza en ti, empezaré por decirte cuáles son mis planes inmediatos.

Habló con cierta claridad. La noche anterior había cruzado la

frontera canadiense un grupo de «amigos», que a estas horas se hallarían en Seattle. Venían a realizar un trabajo de la mayor importancia, aunque, por el momento, ignoraba de una manera exacta en qué consistía.

—Son hombres especializados, insustituibles, de un valor excepcional. Pero necesitarán alguien que les ayude y oriente en determinados puntos. Una de las personas designadas por mí para entrar en contacto con ellos es Kenneth; la otra puedes y debes serlo tú.

—¿Yo?

—Sí. Tanto si les interesa la nueva fábrica atómica montada en las Olympic Mountains, como si lo que les importan son los envíos de material a Corea, nadie más indicado que tú. En uno y otro caso, habrían de luchar contra el

F. B. I.;

tú, que conoces a fondo sus métodos, puedes encontrar siempre la mejor manera de burlarlos.

Hizo a continuación algunas preguntas concretas sobre el número de agentes destacados en el Estado de Washington y su distribución aproximada, tanto en los grandes puertos como en las inmediaciones de la frontera. Tras pensarlo un instante, Milton dijo la verdad. Era muy posible que Glen estuviera perfectamente enterado de lo que le preguntaba, y si mentía se metiera de cabeza en la trampa que habilidosamente le tendía. Lehman sonrió al escucharle.

—Veo que juegas limpio, amiguito. Tus manifestaciones coinciden exactamente con mis informes. De no ser así, hubieras tenido un disgusto. Y ahora, vamos con otro asunto: ¿qué señas tiene el inspector Stuart H. White?

—¿Por qué os interesa White? —inquirió, sorprendido Milton—. Hace tiempo que está destacado en Europa y no creo que tenga nada que ver con lo que suceda en Seattle.

Glen se apresuró a dar una explicación. White estaba oficialmente en Londres; la realidad, sin embargo, era que llevaba unos meses en el Canadá. Más aún: tenían la plena seguridad de que había llegado a Seattle persiguiendo a los «amigos» que habían cruzado la frontera la noche anterior. Al parecer, estaba enterado de sus finalidades y propósitos. Para no fracasar en su arriesgado

empeño, necesitaban eliminarle cuanto antes. Desgraciadamente, si habían averiguado su nombre desconocían sus señas personales.

—Es lo que necesito de ti con mayor urgencia. Y no pretendas engañarnos. Sé que le conoces y si las señas que nos dices no fueran exactas...

Milton le conocía, desde luego. Luchó a sus órdenes en la guerra, porque White mandaba su escuadrilla. Fue posteriormente quien le hizo ingresar en el

F. B. I.

Habían sido íntimos amigos; la expulsión de Wonder, de haberse enterado, le habría producido un efecto deplorable.

Por un instante pensó dar a Glen una descripción del tipo que en nada se pareciese al aspecto verdadero del inspector. Se contuvo, pensando que podía tratarse de una nueva trampa para poner a prueba la sinceridad de sus informes. No sin cierta repugnancia íntima, dijo la verdad:

—Tiene treinta y nueve años; un metro setenta y ocho de estatura; delgado en apariencia, pero extraordinariamente fuerte en realidad; rubio, con ojos azules; el pelo, ligeramente ondulado, canoso en las sienes y con entradas muy marcadas; la nariz, aplastada, como consecuencia de un combate de boxeo —fue campeón «*amateur*» americano del peso medio en mil novecientos cuarenta y uno—, y una pequeña cicatriz en la ceja izquierda.

Lehman le escuchó con profunda atención, mientras tomaba nota de las señas dadas por Milton. Desde el primer instante tuvo la plena seguridad de que aquellos datos se ajustaban exactamente a la realidad. Alegrementemente anunció que iban a lanzarse a su búsqueda por todas partes.

—Le encontraremos sin dificultad, y dejará de ser un peligro para todos nosotros.

Se proponía iniciar inmediatamente la cacería. Veinte o treinta de sus secuaces buscarían en todos los hoteles, pensiones y residencias de la ciudad, mientras otros harían averiguaciones entre los taxistas de servicio la noche anterior en las proximidades de la estación. Por medio de Frida, lograrían que Shannon colaborase en el empeño con los grandes resortes de que disponía. Sería fácil localizarle y hacerle desaparecer simulando un accidente.

—Sea como sea, tiene que morir hoy mismo.

Milton se estremeció al escucharle y hubo de morderse los labios para no traicionarse. Logró dominarse, sin embargo, y se limitó a pedir instrucciones. ¿Cuándo tendría que ver a los que Glen llamaba un tanto ambiguamente «amigos»? ¿Dónde los encontraría y cómo se daría a conocer?

—Kenneth vendrá a buscarte y te dirá dónde has de encontrarles. De todas formas, puedo indicarte la contraseña. Es muy sencilla. Basta con que en determinado bar pidas una botella de jerez, pero haciendo constar que no quieres «sherry», sino jerez español auténtico.

Se marchó, acompañado de Frida y Murphy, indicándole que no se moviera de la casa bajo ningún pretexto. En el último momento, señalándole a Joe, que se había quedado en el vestíbulo, dijo:

—No es que desconfíe de ti ahora, Wonder, pero conviene tomar ciertas precauciones. Joe se quedará sentado junto a la puerta y al lado del teléfono. Así te evitaré la tentación de llamar a cualquier amigo o de salir a la calle para velar por la suerte de Stuart H. White.

Era precisamente lo que Milton había pensado. Una vez más tenía que reconocer que Glen era un tipo habilidoso que procuraba no dejar ningún cabo suelto. Cuando su jefe se hubo ido, Joe cerró la puerta y se guardó la llave, diciendo:

—La criada volverá al anochecer; Kenneth estará de regreso a las seis en punto. Hasta las seis tengo orden de no abrir a nadie, aunque tiren la puerta. ¿Entendido?

Hubo, sin embargo, algo que Glen no había previsto. Joe apenas había dormido la noche anterior y tenía bastante sueño. ¿Por qué no podía aprovechar las tres horas de espera para descansar un rato?

Sólo había un inconveniente: que Wonder aprovechara su sueño para marcharse, cosa que al jefe le importaba impedir. Tras hablar un rato con Milton, Joe llegó a la conclusión de que no tenía el menor interés en largarse.

—Podríamos arreglar las cosas —le propuso—. Te metes en tu habitación, y yo cierro por fuera, quedándome con la llave. Acaso te aburras un poco dentro si no tienes sueño. Pero ¿no serías capaz de ese pequeño sacrificio por un amigo como yo, que ha olvidado el susto que me diste anoche?

Wonder dio su asentimiento, aunque no sin hacerse rogar bastante, para no despertar el menor recelo en su interlocutor. En realidad, Joe venía a proponerle algo que estaba deseando. Desde su habitación podía ganar con facilidad la calle, siempre, claro está, que no hubiese alguien vigilándole de cerca.

Se dejó, pues, encerrar y aguardó un buen rato, hasta que dedujo que Joe estaría ya medio dormido en el diván del vestíbulo. Entonces, procurando no hacer el menor ruido, colocó unas sillas contra la puerta, para tener a su regreso pruebas de si alguien había entrado en el cuarto durante su ausencia, abrió la ventana y ganó la escalera de incendios.

Un minuto después estaba en el patio; atravesar el portal con paso rápido y salir a la calle le llevó muy pocos más. Tras mirar a un lado y otro para comprobar que nadie le vigilaba, emprendió la marcha con dirección a la Octava Avenida.

Tenía un plan perfectamente trazado, que puso en práctica sin vacilaciones. La noche anterior había visto un «cine» en la Octava Avenida, no lejos de la esquina de Marión Street. En su inmenso vestíbulo había, como en el de todos los «cines» americanos, unas cuantas cabinas públicas de teléfono. Era el sitio ideal para hacer la llamada que le interesaba sin que nadie se fijara demasiado en él.

—¿Hablo con el

F. B. I.?

Perfectamente. ¿Podría ponerme con el inspector Stuart H. White? ¿Cómo? ¿Que no le conocen? Mire, amigo. No tengo tiempo para discutir, pero sé que no es cierto. A White le conocen, aunque sólo sea de nombre, todos los que han pasado por Quantico. Usted también, naturalmente. Puede negarlo si quiere, aunque acaso sepa mejor que yo que hace sólo unas horas que llegó a Seattle.

Aguantó impertérrito un chaparrón de preguntas. Quien hablaba con él deseaba saber su nombre, desde dónde le llamaba y una serie de detalles. Milton sonrió, comprendiendo que estaba tratando de entretenerle mientras localizaban el teléfono desde el que llamaba para tratar de cogerle.

—Acabemos, amigo. No le diré mi nombre: tampoco desde dónde llamo, cosa que no le costará trabajo averiguar. De cualquier forma, necesito que dé un recado a White. Puede ser para él cuestión de vida o muerte. ¿Me entiende?

—Sí. Diga.

—Los tipos a quienes vino persiguiendo desde el Canadá saben que anda pisándoles los talones. Quieren liquidarle de cualquier manera hoy mismo. Conocen sus señas y saben dónde se hospeda. Le matarán si no extrema las precauciones.

—¿Y no podría indicarme quién le manda el aviso?

—Bastará que le diga que fue su amigo de

Iwo-Jima.

Insista en que tenga mucho cuidado, sobre todo con los coches. Es probable que uno le aplaste al cruzar cualquier calle. Y eso es todo.

Colgó antes de que su interlocutor formulase nuevas preguntas. Estaba seguro de que White no tardaría en recibir su aviso. ¿Le haría caso? Esperaba que sí. Incluso que supiera que era él quién se preocupaba por su suerte. El nombre de

Iwo-Jima

sería suficiente, quizá, porque en

Iwo-Jima,

Wonder tuvo que jugarse la vida por salvar la de Stuart, herido y en situación desesperada.

Salíó de la cabina y echó a andar por la Octava Avenida. Estaba muy concurrida a aquella hora y nadie parecía reparar en él. Como medida de precaución, sin embargo, dio unas cuantas vueltas para despistar a cualquier posible seguidor; incluso tomó un «taxi», que le llevó hasta las inmediaciones del puerto, regresando en otro, que dejó en Columbia Street.

Desde allí, completamente seguro de que nadie había vigilado sus pasos, se encaminó a Marión Street. Hizo con toda felicidad un recorrido inverso al de media hora antes. Atravesó el portal, subió por la escalera de incendios y a los pocos minutos se hallaba de nuevo en su habitación.

La puerta seguía cerrada, y las sillas, como las dejó. Era la mejor prueba de que Joe no había aparecido por el cuarto. Suspiró satisfecho, apartó las sillas, se quitó la chaqueta y se tumbó sobre la cama. Transcurrió una hora antes de que oyese los pasos de Joe, que venía en su busca.

—Faltan diez minutos para las seis —dijo—. Convendría que vinieras conmigo al vestíbulo para que Murphy nos encuentre juntos.

Kenneth llegó con cierto retraso. Eran cerca de las siete cuando hizo su aparición. En su compañía venía la criada de Frida, que pasó al interior de la casa sin hablar una sola palabra.

—¿Cómo ha ido todo, Joe?

—Perfectamente, Murphy. El amigo y yo hemos charlado bastante, tratando de matar el aburrimiento.

—Pues me parece que de ahora en adelante no nos aburriremos ninguno. Vete para abajo. Billy está en la calle con el «Lincoln». Esperadnos, porque no tardaremos en bajar.

Joe se apresuró a obedecer. A una indicación de Kenneth, Milton se puso la trinchera y el sombrero. Mientras lo hacía, preguntó con aire Indiferente:

—¿Qué fue de White? ¿Consiguió Glen localizarle?

—Seguro que sí. Con tus señas no había duda posible. Supongo que ya le habrán dado su merecido, aunque eso no sea cuenta nuestra, que tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Vamos a ver a los amigos de que habló el jefe? Me alegro. Ya tengo ganas de salir de este encierro y empezar a moverme. ¿Dónde les encontraremos?

Fue perceptible la vacilación de Murphy antes de responder. Al final lo hizo con toda sinceridad:

—No creo que haya por qué ocultártelo ya. Les veremos en el Pastime, un «poolroom» de Plummer Street. Ya oíste la contraseña de labios de Lehman. ¿Llevas pistola?

—¿Supones que la necesitaremos? —inquirió, sorprendido, Milton.

—¡Cualquiera sabe! De todas formas, no hay que descuidarse. ¿La tienes en el bolsillo de la trinchera?

—No —repuso con sinceridad Wonder—. En una sobaquera.

—Mejor; es más fácil y más rápido «sacar». Pero no perdamos más tiempo. ¡Vamos!

Echó a andar, y Milton le siguió. Bajaron a la calle. Estaba anocheciendo y las primeras sombras envolvían la ciudad. Ante la puerta había un magnífico «Lincoln».

—Sube.

Obedeció. Le sorprendió un poco ver que Joe estaba en el interior del coche. Hubo de tomar asiento a su lado, entre él y Murphy. En el «baqueta» iba solo el conductor.

—Cuando quieras, Billy. Ya sabes la dirección.

El «Lincoln» arrancó suavemente. Pronto adquirió considerable velocidad. Kenneth se creyó en el caso de dar algunas explicaciones:

—Sólo entraremos tú y yo. Joe y Billy se quedarán en la puerta para avisar si aparece por las cercanías algún tipo sospechoso. Es posible que te lleves una sorpresa cuando veas con quién hablamos. Yo no le conozco personalmente, pero creo que es un pez gordo. Desde luego, está por encima del mismo Lehman y de Frida. Hasta ahora no ha estado en Seattle, pero dos veces que fui a Vancouver...

Era sorprendente que Murphy se mostrase tan explícito; tan sorprendente, que instintivamente Milton receló algo. Un poco alarmado, miró a través de la ventanilla. Advirtió dos cosas igualmente sospechosas: que el «auto» iba a gran velocidad y que seguían una dirección opuesta a la que debían tomar para dirigirse a Plummer Street.

—Me parece que Billy se ha equivocado —murmuró.

—Billy sabe perfectamente lo que hace —repuso secamente Kenneth.

—Pues no me parece el mejor camino para ir a Plummer Street.

—¿Y quién te ha dicho, maldito Idiota, que vayamos a Plummer Street?

El tono de Kenneth era francamente agresivo. Volvió la cabeza para mirarle, y lo que vio aceleró los latidos de su corazón. Murphy tenía una pistola en la mano. Fue a decir algo, pero el otro se le adelantó, pegándole con el cañón del arma en el costado y ordenando:

—¡Quieto! Levanta los brazos sin escandalizar o disparo aquí mismo.

—Déjate de bromas, Kenneth —replicó, sorprendido, Milton—. No me parece el momento más adecuado.

—Bromas, ¿eh? Pues tarda dos segundos más en ponerte las manos en la nuca y aprieto el gatillo. ¡Obedece!

No le quedó más remedio que hacer lo que Murphy exigía, si bien protestó:

—¡Estás loco! Cuando le cuente a Glen...

—¡Despierta, muchacho! No podrás contar nada a nadie. Y en cuanto a locos, tú sí que lo estás al suponer que podías engañarnos. No perdamos más tiempo, Joe; quítale la pistola que lleva en la

sobaquera.

Como saliendo de un sueño, Joe cumplió la orden. Un segundo después tenía en sus manos la pistola de Wonder. Sin embargo, no parecía muy conforme con lo que sucedía.

—Creo que estás confundido, Kenneth. Te aseguro que este tipo no se movió de la casa. Se lo he dicho a Billy y te lo repito a tí. Le encerré en su cuarto y me guardé la llave. No pudo hablar con nadie...

—¡Claro que no hablé! —protestó Milton—. Desde anoche no he visto a ninguna persona, fuera de vosotros y de Frida.

—¿Tampoco hablaste por teléfono?

—Apuesta que no. Joe permaneció todo el tiempo junto al aparato. Si hubiese intentado hablar, me habría visto.

—Alguien te ha visto hablar por teléfono, aunque no fuese él; te vió en el vestíbulo del Splendid. ¿Cómo lograste salir de la casa y volver a ella? Supongo que por la ventana de tu cuarto y la escalera de incendios. Tu visita ha costado la vida a uno de los muchachos y que White sé nos fuera de entre las manos. Pero no volverás a traicionarnos.

—¿Estás seguro? —preguntó con una sonrisa irónica Milton, sin otro propósito que irritar y desconcertar al forajido.

—Completamente. Das tu último paseo, muchacho. Dentro de tres minutos te dejaremos en la orilla del lago con unos cuantos balazos en la sesera.

Wonder se estremeció al oírle. Saliendo de la ciudad, el «Lincoln» corría ahora por las orillas del Washington Lake. La tarde había sido fría y lluviosa; se cruzaban con pocos coches y los jardines que bordeaban el lago aparecían desiertos. En cualquier instante harían alto, le obligarían a bajar y por la espalda le meterían una buena ración de plomo en el cuerpo.

A la desesperada buscó una posibilidad de salvación. No parecía haberla. Murphy tenía la pistola en la mano y no apartaba el cañón de su costado. Aunque sin mucho entusiasmo, Joe le ayudaría en el último instante. Billy seguía sin mirarles y con las manos en el volante; pero también debía tener un arma, y la manejaría sin vacilaciones.

De pronto, una idea cruzó por su cerebro. ¿Y si lograra enfrentar a Kenneth y Joe? No parecía fácil cuando le quedaban tan pocos

minutos. Merecía la pena intentarlo, sin embargo, porque no tenía nada mejor. Lo más probable era que fracasase; de cualquier forma, ¿no lo tenía todo perdido por anticipado?

—Te creía más listo, Kenneth —dijo de pronto con una sonrisa—. Has sido capaz de averiguar que había salido de la casa, pero no llegaste a comprender que no pude hacerlo sin ayudas ajenas. ¿Sabes quién me ayudó?

—Ni lo sé, ni me importa —gruñó Murphy—. Por lo menos, ahora; cuando hayamos terminado contigo...

—La emprenderás con Joe, ¿no? Sospechas que está de acuerdo conmigo y quieres liquidarle también. Sería una estupidez, porque...

—¡Oye, Kenneth! —le interrumpió alterado Joe, dirigiéndose a su compañero—. ¿Hay algo de cierto en lo que dice este tipo?

—¡Claro que sí! —replicó Milton—. Cree que tú me dejaste salir. Por eso te llevan en este paseíto. Cuando me hayáis matado a mí, Billy y él se encargarán de ti.

—¡Cierra el pico, idiota! —chilló Murphy, golpeándole el pecho con el cañón de la pistola que empuñaba—. Si tratas de enfrentarnos...

—Respóndeme, Kenneth —exigió Joe—. ¿Es verdad que sospechas de mí?

—Habría motivos para sospechar si no supiera todo lo bruto que eres —repuso, despectivo, Murphy—. Pero tranquilízate. Glen y yo estamos convencidos de que ni anoche ni hoy... ¡Para aquí Billy!

Obedeciendo, Billy detuvo el «Lincoln» a un lado de la carretera, apagando los faros. Kenneth quiso obligar a Milton a que se apease. Joe, que estaba inquieto y desasosegado, preguntó:

—¿Qué hablasteis de mí tú y el «boss»?

—Luego te lo diré. Ahora vamos a terminar con este cerdo.

Pero Joe no se dejó convencer. Temía que las palabras de Milton tuvieran un fondo de verdad, que una vez muerto Wonder le hicieran correr la misma suerte a él. Terco, acalorado, chilló:

—No. Tiene que ser antes. Si es cierto que no te fías de mí...

—¡Imbécil! Estás haciendo el juego a este traidor. Sólo por eso merecías que te hiciera un agujero en la cabezota para que se te saliese todo el serrín que llevas en ella.

Como a todos los hombres de escasa inteligencia, nada

molestaba a Joe tanto como las alusiones a su torpeza mental. Furioso, masculló en voz baja algo bastante ofensivo para Kenneth, que le miró irritado.

—¡Repite eso y te hago tragarte los dientes!

—¿Tú a mí? Deja el «cacharro» y verás lo que pasa cuando te dé el primer guantazo...

Los dos forajidos se enfrentaron coléricos, separados únicamente por Milton. Wonder comprendió que debía aprovechar aquella oportunidad. Procedió entonces con rapidez y violencia. Separando con rapidez los brazos, asestó dos violentos codazos en los vientres de sus guardianes. Casi al mismo tiempo, con celeridad vertiginosa, se tiró al suelo del coche, arrastrando en su calda a Joe, al que había cogido del brazo derecho, teniendo buen cuidado de que el forajido le cayese encima.

Al verse arrastrado, Joe lanzó un grito de rabia y apretó el gatillo del arma que empuñaba. Se produjo un minuto de terrible confusión. Billy chilló también, asomándose por encima del respaldo del «baquet» para ver lo que ocurría. Kenneth, por su parte, empezó a disparar.

Tiraba con furia ciega sobre el grupo formado por Joe y Milton, sin importarle a cuál de los dos hería. Como era natural, fue su compañero, que estaba encima, quien recibió la mayor parte de los balazos...

Wonder sintió que el cuerpo que le tapaba se estremecía en agónicas convulsiones. También que soltaba su propia pistola. La cogió con rapidez y empezó a tirar a su vez, sin ver y sin mirar, porque el cuerpo, ya inerte, de Joe, se lo impedía.

Oyó claramente dos gritos de dolor y los disparos de sus enemigos cesaron. Luego, unas maldiciones de Billy, el ruido de la portezuela al abrirse y unos pasos precipitados. Apartando un poco el cadáver de Joe, miró en torno suyo. Murphy estaba tendido sobre el asiento, inmóvil y con la cara manchada de sangre. El chofer del coche corría por la carretera lanzando alaridos y sujetándose con la mano izquierda el brazo derecho, troncado por un balazo.

Apuntándole con cuidado, Milton hizo fuego. El fugitivo estaba a veinte metros de distancia, pero le acertó de lleno. Le vió extender los brazos en gesto dramático, dar unos cuantos traspiés y luego caer de bruces, golpeándose la frente contra el adoquinado de la

carretera.

—Bien —gruñó, satisfecho—. Me parece que escapé de ésta.

Con frialdad y rapidez examinó su situación.

Allí no podía ni debía seguir. Cualquiera que le viese rodeado de cadáveres podría darle un disgusto. Tenía que librarse de ellos y emprender la huida. En el mismo «Lincoln», naturalmente.

Puso manos a la obra con rapidez. Abriendo una de las portezuelas, sacó el cuerpo de Joe, dejándole en la cuneta. Al hacer lo mismo con el de Kenneth tuvo la impresión de que vivía aún, de que sólo estaba desmayado. Por un instante levantó la pistola, dispuesto a rematarle. Se arrepintió en el acto.

«Es un miserable que no merece vivir, pero yo no soy un asesino para disparar contra él a sangre fría cuando no puede defenderse».

Le dejó en la cuneta, se sentó al volante y pisó el acelerador. Un minuto después recorría a la inversa el mismo camino que a la venida. Volvía a Seattle, naturalmente. Sabía que allí le acechaban los mayores peligros, que serían pocas sus esperanzas de salvación, perseguido no sólo por la Policía local, sino por los secuaces de Frida y Lehman, pero...

«Acaso antes de caer encuentre las pruebas que reivindiquen mi nombre».

Antes de llegar a la ciudad se había trazado un plan. Aquellos tipos misteriosos a quienes Lehman había calificado de «amigos» estaban esperando en el Pastime de Plummer Street. Posiblemente no le aguardasen a él, sino a Kenneth Murphy. Pero si estaba enterado de la contraseña y los otros no conocían al forajido, ¿por qué no intentar hacerse pasar por él? Procuraría verles las caras, enterarse de sus proyectos y hablar luego con White. Todo podía solucionarse aún.

«Si es que antes del final no me descubren y me dejan el cuerpo convertido en una regadera...»



A costa de sacrificios económicos se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas inéditas escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

V

ASTUCIA



LUMMER Street era una de esas calles sórdidas de que ninguna ciudad puede sentirse demasiado orgullosa. A espaldas de la inmensa estación del Northern Railway y en las proximidades del puerto, abundaban en ella las tabernas, los bares, los hoteles baratos, donde pasar una noche costaba veinticinco centavos, y algunas casas de menos recomendable aspecto aún. Las aceras, e incluso la calzada, solían estar abarrotadas a todas horas de una multitud abigarrada y poco tranquilizadora, entre la que casi nunca estaban en minoría los

borrachos.

El Pastime tenía un aspecto idéntico al de otros veinte «poolrooms» de la misma calle. Un gran salón con varias mesas de billar y dados, aparte de diez o doce máquinas tragaperras adosadas a los muros; una pequeña taberna o bar, separada del salón por una mampara de madera, y casi totalmente ocupada por un largo mostrador, tras el que un individuo gordo, grasiento, con un bigote que le tapaba la boca, vigilaba a los camareros.

Cuando Milton, que había abandonado el «Lincoln» a unas cuantas manzanas de distancia, penetró en el Pastime, marchó directamente al mostrador. Dirigiéndose al tipo gordo, que debía ser el dueño, pidió con aparente indiferencia.

—Quiero un vaso de jerez, pero que sea bueno.

El «barman» le dirigió una mirada escrutadora. Luego, con el mismo aspecto de fingida indiferencia, preguntó:

—¿Ha dicho «sherry», amigo?

—No. He dicho jerez, jerez español, ¿me entiende?

—«Okay», muchacho. Supongo que sabrá que es más caro.

—No he preguntado el precio; quiero jerez y no «sherry».

El «barman» rebuscó en la anaquelaría, sacó una botella que tenía etiqueta española y llenó el vaso de Milton, sin hacer ningún otro comentario. Fingiendo no mirar a ninguna parte, Wonder simuló concentrarse en sus pensamientos en tanto saboreaba la bebida. Con el rabillo del ojo pudo ver que el tipo gordo hacía una seña disimulada a un individuo con aspecto de marinero que charlaba con otros dos cerca de la puerta que conducía al salón de billares.

Sonrió satisfecho y esperó con calma los acontecimientos. Un momento después el marinero estaba a su lado y le hablaba:

—Le felicito, amigo. Se ve que sabe lo que bebe. ¿Cómo se le ocurrió, si no es indiscreción, venir al Pastime en busca de jerez?

—Me lo recomendó un buen amigo. Quedamos en vernos aquí a esta hora.

—Comprendo. Me parece que su amigo llegó ya y está arriba. ¿Quiere que vayamos a su lado?

—Es precisamente lo que deseo.

El marinero le señaló el camino. Junto al mostrador se abría una puertecita que conducía a la cocina a través de un largo pasillo. A

mitad de éste comenzaba una escalera de caracol. Antes de iniciar la ascensión, el marinero se volvió a mirarle. En tono distinto al empleado antes, exigió:

—¿Quién eres y quién te envía?

—Mi nombre es Kenneth —mintió Milton—. Me manda Lehman.

—«Okay». El jefe lleva buen rato esperándote.

Frente al final de la escalera había una puerta cerrada. El marinero llamó dando unos golpecitos. Desde el interior, una voz con marcado acento extranjero preguntó quién llamaba.

—Soy yo, Ashley. Llegó el amigo que esperábamos.

Se oyó el ruido de un cerrojo al descorrerse, y la puerta se abrió. En el umbral apareció un hombre corpulento, de pómulos muy salientes y nariz aplastada. No pronunció una sola palabra. Quien habló fue otro individuo que estaba sentado tras una mesa, al fondo de la habitación. Lo hizo en tono seco y autoritario.

—Pasa. Y tú, Ashley, vuelve abajo. Habla con la chica y procura no descuidarte.

El marinero se apresuró a desaparecer. Milton dio unos pasos en dirección al hombre que había hablado; el que abriese la puerta volvió a cerrarla, quedando junto a la entrada.

—Te esperaba a las siete y son ya las ocho. ¿Qué te ha pasado?

—Hubo algún entorpecimiento —repuso Milton—. Wonder quiso jugarlos una trastada y tuvimos que liquidarle.

—Bien hecho —comentó su interlocutor—. ¿Cómo ha podido escapar White?

Con absoluta serenidad, Milton contó parte de la verdad. El exagente del

F. B. I.,

al que pensaban utilizar, les había traicionado, avisando por teléfono a su antiguo jefe, merced a la estupidez de Joe. Pero los dos habían pagado ya con la vida.

—¡Imbéciles! —chilló, irritado, el hombre sentado tras de la mesa—. ¿Pudo decirle algo de mí?

—En absoluto. Todavía no sabía una sola palabra.

—¡Hum! Glen tendrá que sentir por esto, de todas formas. Pero vamos a lo que importa. ¿Qué instrucciones te ha dado?

Milton contestó con sinceridad. Las órdenes de Lehman no habían sido muy explícitas. Se limitaban a que se pusiera a

disposición del «amigo» para hacer todo lo que le mandase.

—Ahora espero sus órdenes.

Tranquilizado en apariencia, el tipo comenzó a hablar, poniéndose en pie. Era un hombre pequeño, delgado, de aspecto insignificante. Tendría cincuenta años y el pelo que le quedaba en la cabeza había adquirido un tinte grisáceo. Sólo su frente y sus ojos no tenían nada de vulgares y corrientes. La frente, grande, ligeramente abombada, ocupaba más de la mitad de su rostro y revelaba una inteligencia poderosa; los ojos, pequeños, de mirada dura, parecían penetrar en el cerebro de quien tenía delante.

Hablaba el inglés con absoluta corrección, pero con ligero acento extranjero. No era, desde luego, americano ni canadiense. Podía ser escandinavo, aunque Milton se inclinaba más bien a suponerle eslavo. ¿Checo, polaco o ruso? Toda respuesta resultaba aventurada; podía ser de una de aquellas nacionalidades o de cualquier otra.

—Hay dos objetivos concretos —precisaba el individuo—. Uno es conocer exactamente la producción de la nueva planta atómica y destruirla, a ser posible. Pero esto requiere tiempo y un estudio cuidadoso. El otro, más urgente e inmediato, se relaciona con los proyectiles cohetes preparados para su envío a Corea.

Deseaba hacer volar el punto en que los proyectiles estaban almacenados. Disponía de técnicos capaces de realizar con limpieza aquel trabajo, que sembraría el desconcierto y la alarma en toda la costa del Pacífico, pero necesitaba ayuda.

—Según me han dicho, tú, Kenneth, tienes dos buenos amigos que trabajan en el arsenal. Tienes que traérmelos, pero no aquí, donde no estaré mucho rato, sino a...

Se interrumpió, porque llamaban con premura a la puerta. El silencioso individuo que guardaba ésta abrió. En el umbral apareció Ashley. Traía un revólver en la mano y su gesto revelaba desconcierto y alarma.

—¡Cuidado, jefe! Ese tipo no es el que esperábamos...

—¿No? Entonces, ¿cómo le trajiste aquí, imbécil?

—Conocía la contraseña. Pero acaban de llamar por teléfono y la chica asegura que Kenneth...

Hablaban los dos precipitados y nerviosos. Milton, que estaba aún más inquieto que ellos, se dio cuenta entonces de que tras

Ashley acababa de penetrar en el cuarto Peggy. El alma se le cayó a los pies, mientras le acometía una rabia fría y sorda.

El tipo pequeño de frente abombada miró a la muchacha, que habló sin necesidad de que le hicieran ninguna pregunta:

—No es Kenneth, sino Milton Wonder.

El exigente especial procedió entonces con rapidez y energía. Alargando la pierna derecha, golpeó la mano de Ashley, obligándole a soltar el revólver que empuñaba. Al mismo tiempo «sacó» con velocidad que desafiaba a la vista. Cubriendo a todos los presentes con su pistola, ordenó:

—¡Arriba las manos, sin un solo grito! Al que vacile...

Estaba dispuesto a matar, y sus oyentes lo comprendieron. Todos levantaron los brazos con apresuramiento. Incluso Peggy, en cuyos ojos podía leerse, no obstante, una expresión de burla.

—Merecáis todos que os cosiera a balazos —gruñó Milton—, y no sé si no empezaré inmediatamente.

—Hazlo, si tienes prisa en morir —repuso el tipo de frente abombada—. Hay veinte hombres armados abajo; al primer disparo subirían por ti y no tendrías escape posible.

—Siempre llegarían tarde para devolveros la vida. Pero no hay tiempo que perder. ¡De cara a la pared!

Nuevamente fue obedecido. Con rapidez, Milton se acercó a ellos por la espalda, despojándoles de sus armas. Tuvo entonces un momento de vacilación. Si conseguía llevarlos a la Policía, estaría salvado. Pero ¿cómo salir del Pastime en medio de enemigos armados y llevándose a cuatro detenidos?

No habría forma de conseguirlo. Era mucho mejor huir para avisar a White. Rápidamente se trazó un plan, que anunció en voz alta:

—Voy a irme, pero la chica se vendrá conmigo. Cerraré la puerta por fuera. Si dais un solo grito antes de diez minutos, si alguien trata de cerrarme el paso Peggy morirá en el acto. ¿Entendido?

—De acuerdo. Creo que es la mejor solución para ti. Aunque no vivirás de todas formas para poder celebrar tu victoria.

Cogiendo a la muchacha del brazo, la sacó hasta el arranque de la escalera. Puso la llave por fuera y cerró la puerta. Hizo que Peggy, que no había opuesto la menor resistencia, bajase delante. En voz baja la advirtió:

—Voy detrás con la pistola empalmada en el bolsillo de la trinchera. Cruza el bar y sal a la calle. Si haces o dices algo que no me guste, disparo.

—Descuida. No tengo deseos de morir.

Atravesaron el bar sin el menor contratiempo. El individuo gordo de detrás del mostrador no sospechó nada; incluso les sonrió amistosamente, diciéndoles, a modo de despedida:

—Vuelva cuando quiera, amiguito. Siempre tendré una botella de jerez para usted.

Franqueaban la puerta de salida, cuando oyeron unos golpes lejanos. Indudablemente, Ashley y sus compañeros de encierro habían empezado a alborotar. Cogiendo a la chica del brazo, Milton la apremió:

—¡Deprisa! Mueve con rapidez los pies sin volver la cabeza. ¡Hay que alejarse de aquí! Si nos cogen, serás la primera en caer.

La muchacha no respondió una palabra, pero aceleró el paso. Medio minuto después ganaban la esquina inmediata. Vieron un «taxi» libre y lo tomaron. Tras una rápida carrera, lo abandonaron delante del City Hall. Desde allí, otro «taxi» les condujo a la puerta de un bar de Western Avenue. Milton penetró sin vacilaciones, yendo a sentarse en un rincón apartado y obligando a la chica a acompañarle.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

Wonder la miró, un tanto sorprendido. La muchacha le hablaba ahora de usted. No había ofrecido la menor resistencia desde que salieron del «Pastime» y su gesto no revelaba el menor temor.

—No lo sé —confesó—. No lo he pensado aún. Acaso lo mejor fuera entregarte a la Policía.

—Yo no lo haría si estuviera en su lugar —replicó Peggy, con una sonrisa—. Le preguntarían por el inspector McMullen y se vería en un aprieto.

—Pero tú sabes que yo no lo maté —contestó con indignación difícilmente contenida, Milton—. Echaste algo en el champaña para que me convirtiera en víctima propiciatoria de los manejos de Glen. ¿O te atreverás a negarlo?

—Es posible que lo niegue, pero aunque lo reconociera no le serviría de mucho. Glen domina la policía local a través de Frida y Shannon. ¿O todavía no lo ha comprendido? ¿Por qué supone que

mataron a McMullen y por qué el inspector no decía a su jefe todo lo que sabía?

Peggy parecía hablar con absoluta sinceridad. Por su parte, Milton estaba enterado de algo de aquello. Un momento quedó pensativo. Luego pasó resueltamente al ataque.

—Tú no te llamas Peggy —afirmó—. Tu verdadero nombre es Elizabeth Peterson, y has trabajado como secretaria del senador Benton en el War Department.

—¿Fuiste tú, entonces, quien me quitó el pase? —preguntó la muchacha, tuteándole de nuevo y sin molestarse en negar.

—Sí. Eres americana, pero estás al servicio de una organización de espionaje extranjera. ¿Sabes cómo se llama esto? Traición. Y la traición se castiga ahora con la pena de muerte. ¿Qué te parece?

—Enteramente justo. Quien trabaja y labora por hundir a su propio país no merece seguir viviendo.

—De acuerdo. ¿Por qué lo haces? ¿Por dinero?

—No.

En labios de Milton apareció una sonrisa irónica. Burlonamente preguntó:

—No irás a decirme que lo haces por idealismo, ¿verdad? No había de creerte, aunque me lo jurases.

—No pienso jurártelo. He tenido que hacerlo por salvar a un hermano. Pero ahora estoy dispuesta a remediar todo el daño causado.

Habló sin necesidad de que Wonder hiciera nuevas preguntas. Abriendo el bolsillo, sacó un recorte de periódico, en el que se decía que el teniente Andy John Peterson había muerto al estrellarse el caza que tripulaba en la zona de ocupación soviética en Austria. La muchacha explicó:

—Todo el mundo creyó en su muerte, aunque los rusos no entregaron el cadáver. Hace dos meses, sin embargo, supe de una manera cierta que estaba vivo. Acaso fuese preferible que hubiera muerto, porque se encontraba en una prisión de Budapest, sometido a los dictados de la

M. V. D.

Alguien se presentó a Elizabeth en Washington con cartas escritas por su hermano en la prisión y fotografías que demostraban el estado en que se hallaba. La muchacha quedó horrorizada. Quien

le llevó las cartas lanzó un ultimátum: o *miss* Peterson hacía cuánto les interesaba o su hermano moriría entre horribles torturas. Nadie podría impedirlo ni reclamar, porque oficialmente llevaba unas cuantas semanas muerto. En cambio, si obedecía sus instrucciones, Andy sería devuelto a la zona de ocupación americana.

—Tuve que someterme a sus exigencias, aunque sintiendo en el alma lo que hacía. Pero Andy, cuatro años más joven que yo, es un niño; más que un hermano, es un hijo para mí, y no pude soportar la idea de que fuera yo quien le matase.

Salió de Washington, no sin dar toda clase de detalles acerca de su trabajo a una mujer, tan parecida a ella, que cualquiera las hubiera tomado por hermanas gemelas, encargada de sustituirla cerca del senador Benton. A las órdenes de Murphy, Lehman y Frida, tuvo que hacer diversos encargos, sin la menor importancia, en la costa del Pacífico. Entre ellos, fingir desmayarse a la entrada del puente de Oakland, para colocar un pañuelo empapado en cloroformo sobre la nariz y la boca de un agente especial cuando se inclinara sobre ella.

—No supe entonces todo el daño que te había hecho, porque me dijeron que se trataba simplemente de impedir que estorbases la huía de algunos muchachos.

—¿Y tampoco creíste meterme en un buen embrollo cuando me narcotizaste anoche? —preguntó, incrédulo, Milton.

La muchacha movió la cabeza en sentido negativo. No le había reconocido, ya que no pudo fijarse en la cara del agente del puente de Oakland. Por otra parte, Glen le había dicho que Price era un tipo sospechoso que pretendía entrar a formar parte del «gang». Querían emborracharle para registrar con toda tranquilidad su habitación y ver si les había engañado.

—Pero al enterarte de la muerte de McMullen tuviste que comprender la verdad, ¿no?

—Sí; pero eso fue esta mañana. Quedé horrorizada. Y más cuando el bestia de Murphy me dijo que Price y Wonder eran una sola persona; que el individuo a quien acusaban de la muerte del inspector era el mismo al que yo, sin saberlo, hice expulsar del F. B. I.

—Pero no hiciste más que horrorizarte, ¿verdad?

Elizabeth negó con energía. Había hecho mucho más de lo que Milton pensaba. No acudió a la Policía local, segura de que sería contraproducente, ya que Shannon actuaba siguiendo instrucciones de Frida.

—Preferí ir al

F. B. I.

Y allí tuve la suerte de encontrar a míster White, que acababa de llegar a Seattle.

Wonder pegó un salto en su asiento. Resistiéndose a dar crédito a sus oídos, inquirió, excitado:

—¿Con Stuart H. White? Pero ¿le conocías?

—Seguro. Hace un par de años, tuvo que hacer algunas delicadas investigaciones en el War Department. Entonces nos hicimos amigos —luego, poniéndose ligeramente colorada, añadió—: Amigos nada más, ¿eh? Míster White está casado y es hombre serio. Jamás me dijo nada que pudiera molestarme.

Bien. Milton conocía lo suficiente a Stuart para no dudar de las afirmaciones de la muchacha. Estaba profundamente enamorado de su esposa y para él no existía ninguna otra mujer.

Pero no era esto lo que más le interesaba por el momento. ¿Fue capaz Elizabeth de contarle toda la verdad a White?

—Sí. Al principio sólo quería hablarle de ti, pero empezó a preguntar y preguntar y acabé diciéndole todo, sin ocultarle absolutamente nada.

—¿Cómo sigues, entonces, al lado de Glen y sus secuaces?

—Por indicación suya. Dijo que todo el daño que había hecho al país, debía compensarlo con servicios de parecido valor. Necesitaba que continuase mi labor como si nada hubiese ocurrido, pero teniéndole al corriente de cuánto lograrse averiguar. Mil veces más que Frida y Glen, le interesaba Abramovitch.

—¿Abramovitch? —preguntó, sorprendido, Milton—. Y ¿quién diablos es Abramovitch?

—El individuo con quien hablabas en el Pastime. White le sigue hace meses, sin conseguir atraparle. Creo que está por encima de Lehman y Frida; que es algo así como el jefe supremo de la organización.

Un recelo surgió de pronto en el ánimo de Milton. ¿Cómo estaba Elizabeth en el Pastime? ¿Por qué no había avisado previamente a

White?

—La explicación es bien sencilla. Glen me hizo ir porque tenía que actuar de acuerdo con Kenneth. Cuando salí del

Cyro's,

no sabía dónde me llevaban ni que había de verme con Abramovitch en persona. Llegué media hora antes que tú, y me hicieron aguardar; pero pusieron dos tipos a mi lado para que no pudiese marcharme ni hablar por teléfono.

Aunque todo aquello parecía demasiado rebuscado, Milton estaba dispuesto a creerla. Había algo, no obstante, que le obligaba a poner en tela de juicio todo el relato de la muchacha. ¿Por qué se presentó a decir que no era Murphy como pretendía?

—Porque el propio Kenneth acababa de hablar por teléfono con Ashley, contándole lo sucedido junto al Washington Lake y diciendo quién eras. Yo subí tras de Ashley, sin que nadie me lo pidiera, para ayudarte.

—¿Ayudarme? Pues no vi que me ayudases mucho...

—No hizo falta, afortunadamente. Desarmaste a Ashley con toda facilidad. Pero de no haber sido así...

—¿Qué?

—Hubiera terminado yo con ellos antes de que terminasen contigo.

Milton la miró un instante, desconcertado. Luego soltó la carcajada.

—¿Matarles tú? Y ¿cómo les hubieras matado? ¿Con una mirada?

—En la misma forma que podría matarte a ti en menos de dos segundos: con esto.

Wonder advirtió, alarmado, que Elizabeth empuñaba una pequeña pistola con la que le apuntaba al corazón. La tenía medio tapada con el brazo izquierdo, y quienes ocupaban las mesas vecinas no podían darse cuenta de que le tenía encañonado.

—Ya ves qué fácil es todo —comentó, sonriente, la joven—. Las tornas se han cambiado y eres tú quien ahora está en mi poder.

Milton sintió una cólera sorda al ver la actitud de Elizabeth. Más que el peligro que pudiese correr, le sacaba de quicio la forma en que la muchacha le había envuelto con sus palabras, confiándole para cogerle desprevenido. Rabioso, gruñó:

—Si te hubiese metido un balazo antes de salir del bar...

—Hubieras hecho una barbaridad y una estupidez —repuso, sonriendo, su interlocutora.

—Quizá no. Debí conocerte mejor y no fiarme. ¿Qué pretendes ahora? ¿Que salga de aquí sin volver la cabeza o prefieres empezar a tiros diciendo que trato de secuestrarte?

—Ninguna de las dos cosas —replicó Elizabeth, guardándose la pistola sin dejar de sonreír—. Prefiero que sigamos hablando como buenos amigos.

Milton lanzó un suspiro de alivio al ver desvanecerse el peligro. La muchacha explicó que sólo habría querido convencerle de que en caso preciso hubiera podido impedir que le asesinaran.

—No hizo falta, por fortuna. Así podré seguir pasando ante ellos por una aliada segura y fiel.

De pronto, Wonder recordó algo. Poniéndose en pie, preguntó a la joven dónde podría llamar a White. Quería decirle que fuese al Pastime para echar mano a Abramovitch y sus amigos.

—Perderíamos el tiempo —dijo Elizabeth—. Hace rato que se habrán marchado. Seguramente saldrían pisándonos los talones.

—Pero el dueño del bar...

—Ni siquiera sabe quiénes son los individuos que tuvo unas horas en su casa. Fue Frida quien lo arregló todo, aunque sin dar la cara, naturalmente. Por ese lado no conseguiremos nada.

—Y ¿no temes que sospechen de ti cuando te vean volver?

—No. Soy demasiado lista para ellos. Ya sabré arreglármelas. Pero no conviene que nos vean juntos. Y tú necesitas ponerte en contacto con White. Si tardas mucho, es posible que los agentes de Shannon o los amigos de Glen den antes contigo. Y no sé qué sería peor.

Milton tenía deseos de encontrar a Stuart; mucho más después de saber que Elizabeth le había puesto en antecedentes de los motivos que determinaron su expulsión del

F. B. I.,

y de la injusticia de las acusaciones lanzadas contra él acerca del asesinato de McMullen.

Por otro lado, cada minuto aumentaba el peligro en que se encontraba. Al parecer, Kenneth había escapado con vida de la refriega sostenida en el «Lincoln». Ahora, Glen estaría furioso contra

el hombre a quien creyó fácil eliminar y que, en el último instante, había dado buena cuenta de dos de sus secuaces. Frida espolearía a Shannon, diciéndole Incluso que el supuesto Frederick Price no era otro que Milton Wonder, y toda la Policía local se lanzaría sobre su rastro.

—White me dio un número de teléfono para que le llamase. Hazlo tú y ponte de acuerdo con él. Dile que yo seguiré trabajando mientras pueda y procuraré entregarle al grupo de terroristas.

Milton estrechó emocionado la mano que la joven le tendía en gesto de despedida.

—¿Y la suerte de tu hermano?

—Si han cumplido sus promesas, hace días que estará libre en Viena. Si no las han cumplido ya, ¿qué esperanzas puedo tener de que le dejen nunca?

—Ten mucho cuidado, Elizabeth. Frida te odia y vas a meterte de nuevo en la boca del lobo. Si llegan a sospechar que juegas con dos barajas, me temo lo peor.

—¿A pesar de todo el daño que te hice? —inquirió la joven.

—Sí. Por encima del daño pasado, está la admiración que ahora siento por ti. Si me dejase llevar por el impulso...

—¿Qué? —preguntó la muchacha, viendo que se detenía sin completar la frase.

—Nada —repuso Milton—. No es momento adecuado para hablar de ciertas cosas. Dentro de unos días, si estamos vivos los dos...

La joven se dispuso a marchar. Milton se atrevió a insinuar que dijese que había conseguido emborracharle para librarse de su presencia. Elizabeth sonrió:

—No creo que sirviera en este caso, a pesar de los antecedentes. Me parece que tengo algo mejor. No te preocupes por mí. ¡Que tengas suerte!

—Que la tengas tú.

Siguió con la mirada a la joven hasta que salió del café. Corrió entonces a la cabina telefónica. Un minuto después hablaba con Stuart White. El inspector no ocultó su alegría al reconocer su voz.

—¡Gracias a Dios que doy contigo, Milton! Y gracias también por tu aviso de esta tarde. De no recibirlo a tiempo, a estas horas estaría en el depósito de cadáveres.

Se hallaba relativamente cerca y anunció que un cuarto de hora después llegaría a Western Avenue. Procurando que nadie le siguiera, Wonder debía esperarle en la esquina de Spring Street.

—Salta al coche tan pronto como pare. ¡Y cuidado! No olvides que hay cien tipos distintos buscándote por todas partes para liquidarte.

Mientras, Elizabeth estaba poniendo en práctica el ingenioso plan que se le había ocurrido. Al salir del café tomó por Madison Street. Caminaba con paso lento, moviendo mucho las caderas y dirigiendo miradas y sonrisas provocativas a los hombres con quienes se cruzaba. El truco dio pronto el fruto apetecido.

Un tipo alto, corpulento, creyó que su solo aspecto había enloquecido a la muchacha. La abordó con aire resuelto y la chica no protestó. Incluso aceptó complacida una invitación para tomar un refresco en un bar cercano.

—Me llamo Robert, pero los conocidos me llaman Bob. Soy muy generoso con las amiguitas cariñosas. Si tú lo fueses, podríamos entendernos muy bien.

—Por mí, encantada —repuso Elizabeth—. Pero no creo que aquí...

—¡Claro que no, dulzura! Conozco un sitio donde podemos pasarlo a las mil maravillas...

Un instante después salían de nuevo a la calle, ahora en busca de un «taxi». Bob no ocultaba su entusiasmo por la muchacha; aunque un poco veladamente, había expresado que le agradaban las chicas discretas. Elizabeth se imaginaba por qué, viendo que llevaba anillo de casado. Pero éste era precisamente, el tipo que andaba buscando.

El chofer del «taxi» que tomaron arrugó el ceño al verlos. No le pareció muy lógica aquella parejita. El caballero tendría veinte años más que la mujer. Tuvo la impresión de que la metía en el coche un poco en contra de su voluntad. Pensó en su hija, que tendría la misma edad que aquella muchacha, y sintió deseos de saltar al cuello de su acompañante.

—Tire hacia el Ravenna Park, amiguito. Ya le diré dónde tiene que parar.

De mala gana obedeció el «taxista». Por el espejo retrovisor pudo ver cómo aquel tipejo trataba de abrazar y besar a una chica, que

por la edad podría ser su hija. La muchacha se esforzaba por rechazarle y el chofer tuvo que hacer un esfuerzo para no intervenir.

De pronto, cuando el coche se detuvo un instante en el cruce de una calle, Elizabeth juzgó llegado el momento de llevar el plan a su lógico culminar. Apartando de un empujón a Bob, que intentaba besarla, le cruzó la cara de dos bofetadas, mientras empezaba a chillar, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Auxilio!

El llamado Bob la contempló con ojos en los que se pintaba un asombro sin límites. Lo primero que pensó fue que la muchacha se había vuelto loca; luego se acordó de su mujer, de lo que ocurriría si se enteraba de esto; vió que el chofer se volvía, lanzando una amenaza, y sólo pensó en huir.

Salto del coche con celeridad vertiginosa y corrió con una rapidez que nadie hubiera sospechado en un hombre de sus años y de su corpulencia. Tanta prisa se dió, que cuando el chofer quiso emprender la persecución, ya se había perdido de vista en una bocacalle cercana.

—¿Qué le ocurre, señorita? —inquirió el agente del tráfico, que se acercó con rapidez al oír la gritar.

Con lágrimas en los ojos y acento de profunda sinceridad, Elizabeth contó la historia que tenía preparada. Aquel tipo la llevaba secuestrada. Al negarse a acceder a sus requerimientos, la puso una pistola al pecho obligándola a acompañarle.

—Quería llevarme al Ravenna Park a estas horas. No sé lo que hubiera hecho conmigo ese loco si no empiezo a gritar pidiendo auxilio.

En tono indignado, el chofer confirmó en todas sus partes las manifestaciones de la muchacha. Había visto perfectamente cómo aquel sinvergüenza amenazaba a la chica, tratando de besarla, pese a la resistencia de la joven. Incluso aseguraba haber visto un arma en sus manos.

—¡Aquí está! —dijo, con aire triunfal, recogiendo una pistola del suelo del coche, donde disimuladamente acababa de arrojarla Elizabeth—. ¡Canalla! Ni con veinte vidas pagaba...

El agente del tráfico invitó a la muchacha a ir a la estación de Policía más cercana a presentar la correspondiente denuncia. El y el

chofer le acompañarían para atestiguar sus palabras. Dos minutos después se hallaban todos en la estación de Policía de Pike Street, contando lo sucedido a un sargento con cara de no ser muy despierto.

—Y ¿no sabe usted cómo se llamaba ese sátiro? —preguntó el sargento, cuyo rostro reflejaba la mayor indignación.

—No sé si sería su nombre verdadero —contestó la joven—. Pero le oí decir que se llamaba Milton Wonder...

El sargento dio un respingo al oírla. De encima de la mesa cogió una hoja de papel y consultó algo. Luego, impresionado, murmuró:

—Si era Milton Wonder, señorita, puede decir que ha nacido hoy. Es un criminal peligroso. Aquí tengo una nota que acabo de recibir. Está reclamado por tres asesinatos... ¡Tuvo suerte en no ser la cuarta víctima!...

VI

EN LA BOCA DEL LOBO



UANDO Wonder concluyó el rápido relato de sus aventuras y desventuras desde que pusiera los pies en Seattle, preguntó a su amigo White:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Stuart, que le había escuchado en silencio, quedó pensativo un instante. Luego afirmó:

—Esperar. No nos queda otra solución.

—¿Esperar? —preguntó, extrañado, Milton—. Pero ¿no tienes pruebas sobradas para proceder contra Lehman, Frida y sus secuaces?

—Quizá, aunque no estoy muy seguro. Podríamos acusarles del asesinato del inspector McMullen, desde luego. Pero ni siquiera en este caso tendríamos segura la condena. Frente a tu palabra y la de

miss Peterson, que constituirían la única base de la acusación, estarían sus coartadas y el apoyo de sus cómplices. No sé cuál tendría más fuerza en el ánimo de los jueces.

Había algo más. Tanto Glen como Murphy, e incluso la misma Frida, eran personajes secundarios; simples peones, que movía a su antojo un hombre que estaba por encima de ellos: Abramovitch. Aun logrando demostrar la culpabilidad de los primeros, conseguirían desmontar la organización de espionaje que funcionaba en Seattle, pero nada más.

—Abramovitch se nos escurriría otra vez de entre las manos, acaso para que no le volviésemos a ver. Y lo que me interesa fundamentalmente es él.

Tenía esperanzas de que Elizabeth conseguiría localizarle. Los acontecimientos de las últimas horas le habrían alarmado, indudablemente; pero no creería correr serio peligro. Sabía que gracias a Frida, toda la Policía local le guardaba las espaldas.

—¿A quién supone tener enfrente? Sólo a ti y a mí. Tú no le inquietas, porque te sabe fuera de la ley y confía en que no pasen muchas horas antes de que te cacen los agentes de Shannon o sus propios secuaces. De mí se ríe un poco. Hace meses que le sigo, sin conseguir atraparle. En mis mismas narices ha dado una serie de golpes audaces. Intentará alguno más, seguro del éxito, doblemente seguro, porque ahora se imagina que estoy aterrado luego del atentado de ayer.

—Y ¿no temes que triunfe, en definitiva? —preguntó, sinceramente preocupado, Milton—. Con toda mi buena voluntad, es posible que más que una ayuda, sea un estorbo para ti. En las autoridades locales no puedes confiar. ¿Con quién cuentas?

White respondió con palabras que Wonder había oído más de una vez, especialmente en Quantico. Un hombre seguro de la razón, defendiendo la justicia y respaldado por la ley, no debía mirar los peligros. Podría correr graves riesgos, atravesar momentos angustiosos, pero siempre acababa triunfando.

—Bien; todo eso es muy bonito, pero he conocido a muchos compañeros que cayeron bajo el plomo de los forajidos. ¿Que el F. B. I.

consiguiera al cabo dar su merecido a los asesinos? Lo sé Pero lo que yo pongo en duda no es que triunfe la Policía federal, sino tú, y que

logres ganar la partida con la rapidez precisa para salvar tu vida e impedir la catástrofe que Abramovitch y sus secuaces preparan.

—Espero que sea así —contestó White—. De todas formas, no estoy solo. Dos agentes especiales vinieron conmigo desde el otro lado de la frontera; otros siete trabajan aquí. Por si acaso, he pedido refuerzos. Llegarán en avión al amanecer. A su frente vendrá Buttler.

—¿El inspector Buttler, de San Francisco?

—Sí. ¿Por qué tuerces el gesto?

—Porque es posible que sea una ayuda para ti; pero dudo mucho que no signifique un desastre para mí.

White negó con energía. Era posible que Buttler, engañado por las apariencias, se hubiera colocado frente a Milton un mes atrás, allá en Frisco. Ahora, cuando conociera toda la verdad, tendría que rectificar los duros juicios vertidos entonces.

—Si no los confirma hablando con Shannon, que le dirá cuanto a Frida le interese.

—Más fuerza que sus palabras tendrán las de Elizabeth Peterson.

—¡Hum! —replicó, desconfiado, Wonder—. Y ¿si cree que la chica y yo estamos de acuerdo y hemos inventado una comedia?

Stuart rechazaba de plano aquella posibilidad. Buttler tendría que rendirse a la evidencia. Si él no había pensado un solo segundo que la muchacha estuviera mintiendo, tampoco podría pensarlo el inspector que esperaban.

—¡Ojalá sea como tú dices! Y ahora, una pregunta, si puedes contestarla: ¿has ordenado ya la detención de la espía que sustituye a Elizabeth en la secretaría del senador Benton?

—No. Detenerla equivaldría a descubrir nuestro juego. Varios agentes la están vigilando de cerca, siguiéndola a todas partes, viendo con quién habla y con quién se reúne. La echarán mano en el momento oportuno; pero entonces podrán detener al mismo tiempo a varios de sus cómplices.

Bien. La táctica que White había puesto en práctica era elemental y prudente. Nada mejor podía hacerse en aquel caso concreto. Y acaso tampoco hubiese procedimiento más eficaz que el que White preconizaba en Seattle: esperar.

Afortunadamente, la espera no fue muy larga. Sobre las once de la noche sonó con insistencia el timbre del teléfono. Cuando Stuart

descolgó el auricular, creyó escuchar la voz de *miss* Peterson. Daba muestras de cierto nerviosismo:

—¿Míster White? Escúcheme con atención, porque apenas dispongo de un minuto. ¿Podría verme dentro de un cuarto de hora? Procure no llamar demasiado la atención. Estaré sola en el Puget, un cafetín de Dock Street. Tendré que marcharme con rapidez y sólo hablaremos un minuto. Pero tengo que decirle algo de la mayor importancia.

—¿De Abramovitch?

—Seguro. Le diré dónde puede cogerle esta misma noche. ¿Entendido?

—Sí. ¿Sospechan algo de usted?

—Supongo que no. Les conté, a mi modo, cómo pude escapar de las garras de Wonder y me creyeron. Pero no puedo perder mucho tiempo. ¡Venga a la carrera!

Cortó bruscamente la comunicación. Volviéndose hacia Milton, que había escuchado con enorme interés sus breves preguntas, White le explicó en breves palabras de quién se trataba. Anunció que iba a salir inmediatamente hacia Dock Street.

—Voy contigo —afirmó, resuelto, Wonder.

—No. Prefiero que te quedes. Podría haber alguien que te conociese y lo echaríamos todo a rodar. *Miss* Peterson me pidió, además, que fuera solo.

—¿Estás seguro de que era Elizabeth? —inquirió su Interlocutor, asaltado por una repentina sospecha—. ¿Reconociste su voz?

Stuart quedó pensativo, como si midiera todo alcance de su pregunta. Cuando respondió, lo hizo con absoluta sinceridad:

—No. He hablado demasiado poco con ella y nunca por teléfono para poder responder de una manera tajante. Pero no puede ser otra persona. ¿Quién, sino *miss* Peterson, conocía este número, sabía que la joven estaba de acuerdo conmigo y que mi mayor interés estriba en localizar cuanto antes a Abramovitch?

Sus razones parecían convincentes. Sin esperar respuesta, White se puso el abrigo y se dispuso a partir. Milton fue con él hasta la puerta de la escalera del apartamento de la Tercera Avenida, donde el inspector se había refugiado luego del fracasado intento de la tarde contra su vida.

—¡Cuidado de todas formas, Stuart! Ve alerta y no apartes

mucho la mano de la culata de la pistola.

—Descuida. No seré el último en tirar ni el primero en caer. Quédate aquí, esperando junto al teléfono. Procuraré llamarte sin tardanza. Si dentro de una hora no has tenido noticias mías, avisa a Vern Foler, el inspector-jefe del

F. B. I.

en Seattle. Le hablé esta tarde de ti y te ayudará en todo lo que precises.

Un poco a regañadientes hubo de acceder Wonder a quedarse. Los minutos siguientes tuvieron para él una dimensión desmesurada. Angustiado por los más extraños presentimientos, paseaba nervioso de un lado a otro de la habitación, reconociéndose impotente para hacer otra cosa que aguardar, pero a sabiendas de que en aquellos minutos se estaban decidiendo muchas cosas, y entre ellas, posiblemente, su destino.

Todo iría bien si la llamada era efectivamente de Elizabeth. Tras hablar con ella, luego de enterarse de dónde podría apresar al jefe de la organización de terroristas, Stuart procedería con energía y habilidad. Antes del amanecer, la terrible pesadilla en que había vivido desde su llegada a Seattle terminaría de una manera feliz.

Pero ¿y si se trataba de un engaño y *miss* Peterson no había tenido nada que ver con la llamada? Entonces cabía temer lo peor. De caer White en una emboscada, ¿qué esperanzas de salvación podía tener? Prácticamente, ninguna. Aunque Foler hubiese hablado con Stuart y estuviera dispuesto a creer en principio en la inocencia de Wonder, ¿se atrevería a rechazar las pruebas que presentaría Shannon y que aparentemente probaban su culpabilidad en toda una larga serie de delitos? Ni siquiera cabía confiar en Elizabeth, porque la quitarían de en medio, tan pronto como sospechasen que estaba de acuerdo con el inspector del

F. B. I.

«Sólo me quedaría una solución: morir matando. Pero matando, no a los infelices agentes que Shannon mandase contra mí, sino a Frida, Glen y sus secuaces».

Transcurrió media hora larga antes de que sonase el timbre del teléfono. Cuando al fin empezó a tocar, descolgó con premura el auricular. El corazón le dio un vuelvo al reconocer la voz que le hablaba y al escuchar sus primeras palabras:

—¿Hablo con míster White?

—No, Elizabeth. No soy White, sino Milton.

—«Okay», amigo. ¿Dónde está míster White? Es con él con quien deseo hablar, porque me parece...

—Pero ¿no está contigo hace veinte minutos, por lo menos? — La interrumpió, alarmado, Wonder.

—¿Conmigo? ¿De dónde sacas que puede estar conmigo?

Las preguntas de la muchacha hicieron el efecto de un mazazo en su interlocutor. Por espacio de medio minuto fue incapaz de articular una sola palabra. Cuando lo hizo, en su voz se mezclaban la ansiedad y el desconcierto.

—Escúchame, Elizabeth. Hace media hora le llamaron por teléfono utilizando tu nombre. ¿Estás segura de que no fuiste tú?

—Completamente segura. Hasta hace cuatro minutos no logré escapar del
Cyro's.

Me tenían vigilada con cierta discreción y...

—Entonces, ¿no citaste a White en el Puget, de Dock Street?

—No. Es la primera vez que hablo por teléfono desde que te dejé esta tarde.

—Y ¿no sabías que Abramovitch estuviera en Dock Street?

—Ni lo sabía ni lo creo. Juraría que se encuentra en Maynar Street, al lado casi del sitio en que estoy telefoneando.

Con rapidez, Wonder llegó a una decisión. Iría en busca de Abramovitch en un golpe de audacia, jugándose el todo por el todo. Preguntó:

—¿Por qué supones que se encuentre en esa calle?

—Porque Frida y Lehman, que estaban citados con él, fueron al Beauty, que está en el diecisiete de Maynar Street. Les vine siguiendo sin que me vieran y supongo que...

—«Okay», amiga. ¿Dónde me esperas?

—En la esquina de King Street. Es un lugar solitario y a oscuras. Procura darte prisa. Y no vengas solo. Para entrar en el Beauty harán falta unos cuantos hombres resueltos.

—Trataré de llevarlos. De cualquier forma, aguárdame. No tardaré ni diez minutos.

Una vez cortada la comunicación con Elizabeth marcó el número de la Jefatura local del

F. B. I.

Preguntó por Vern Foler. No estaba, y el agente que cogió el auricular no parecía muy dispuesto a decirle dónde se encontraba. Milton se irritó:

—Es cuestión de vida o muerte, muchacho. El inspector White acaba de ser secuestrado por Abramovitch. Tengo razones para suponer que le tienen encerrado en un bar de Maynar Street. Si no nos damos prisa...

Le interrumpió una carcajada burlona. El agente no estaba dispuesto, según dijo, a creer en cuentos de miedo. La Policía federal era algo demasiado serio para tomar en consideración la estupidez que se le ocurriese al primer borracho.

—No soy ningún borracho, sino Milton Wonder, que...

—¡Milton Wonder! ¡El tipo que asesinó a McMullen y a otras dos personas! ¡Qué cinismo! Si supiera que eras realmente Wonder, removía cielos y tierra para encontrarte y meterte entre pecho y espalda...

Un breve chasquido indicó que la comunicación había sido cortada. Dando por seguro que el agente especial que se pusiera al teléfono había colgado creyéndose víctima de una broma de mal gusto, Milton trató de volver a llamar. Perdió el tiempo. El teléfono no daba señal de poder marcar el número deseado.

«¡Maldita sea! Ese condenado imbécil va a tener la culpa de que...»

Le interrumpieron unos golpes enérgicos que sonaban en la puerta del apartamento. Trató de llamar al

F. B. I.,

pero no consiguió nada, aunque marcó dos o tres veces el número. Mientras seguían los golpes en la puerta y una voz autoritaria ordenaba a gritos:

—¡Abran a la Policía!

La primera intención de Milton fue escapar por la ventana. Tuvo que desistir. Estaba a la altura de un tercer piso y no había cerca ninguna escalera de incendios que facilitase su descenso. Pensó con rapidez y pronto creyó encontrar una solución. Era audaz, aventurada, temeraria, pero no tenía otra.

—¡Aguarden, que ya voy! ¿A quién busca aquí la Policía?

—A Milton R. Wonder —repuso una voz al otro lado de la

puerta—. Dese prisa a abrir o tendremos que forzar la cerradura...

—No hace falta, amigos. Ni soy Wonder ni tengo nada que temer. Les abriré y podrán convencerse.

Hablaba en tono de absoluta tranquilidad. Uniendo la acción a la palabra, descorrió el cerrojo y abrió la puerta. En el umbral se recortaron las siluetas de tres individuos. Aunque venían de paisano, su aspecto era inconfundible. Había un gesto de recelo en sus ojos y los tres tenían la pistola en la mano.

—¡Si intenta la menor resistencia...!

—No se exalte, amigo, ni se ponga nervioso —le interrumpió, con una sonrisa, Milton—. Pasen dentro y abandonen esa actitud agresiva. Les aseguro que no les amenaza ningún peligro.

—¿Es usted Milton Wonder?

—Ya le he dicho que no. Mi nombre es Stuart H. White. ¿No han oído hablar nunca de mí?

Era evidente que tanto el individuo que hablase primero como los otros dos, todos los cuales pertenecían a la Policía local, conocían de nombre al inspector, porque inmediatamente su actitud se hizo más respetuosa y menos violenta.

—Está bien. Pero nos han dicho que Wonder se encontraba aquí y quisiera registrar la casa.

—Podrá hacerlo sin la menor dificultad, amigo. Pero dejen esas pistolas. ¿Creen que estaría yo tranquilo si albergara en mi casa un forajido tan peligroso como el que vienen buscando?

Los tres policías, que ya se encontraban en el vestíbulo, parecieron vacilar un instante, desconcertados por la serenidad y el aplomo de que daba muestras su interlocutor. Vencidos por su serenidad, dos de ellos metieron las pistolas en los bolsillos. El tercero les imitó un minuto después, pero, más receloso, inquirió:

—¿Quién ha dicho usted que era?

—Stuart H. White —mintió con desparpajo Milton.

—¿El inspector del Federal Bureau of Investigation?

—El mismo. Llegó ayer a Seattle en misión reservada. Previamente tenía preparado este apartamento. Si no me creen, pueden telefonear a la Delegación del

F. B. I.,

y allí les sacarán de dudas.

—Es posible. Pero ¿no podría mostrarme algún documento

acreditativo de su personalidad?

Wonder se echó a reír, como si le hiciera gracia la exigencia de su interlocutor. Riéndose alegremente, replicó:

—¡Naturalmente! ¿Cómo iba a estar sin documentos encima? Voy a enseñarles algo que bastará para convencerles...

Su mano derecha fue al pecho, como si buscara la cartera. Eso, por lo menos, dieron por descontado los tres policías. Pero cuando la sacó empuñaba una pistola «Walker» y la risa se trocó en un gesto de clara amenaza:

—¡Quietos! Si no levantan los brazos, aprieto el gatillo. ¡Y tiraré a matar!

—Pero...

—¡Chitón! Cada palabra puede costar un balazo...

Ninguno de los tres agentes tenía madera de héroe. Cogidas por sorpresa, desconcertados por una amenaza que no sospechaban medio segundo antes, no acertaron a reaccionar con el valor y la energía precisos. Pálidos, con el miedo asomando a sus ojos, obedecieron con premura.

—¡De cara a la pared! ¡Rápidos!

Cuando los hubo despojado de sus pistolas les hizo entrar en el pasillo. Iban los tres juntos, aunque apenas si cabían por él. Milton marchaba detrás con la «Walker» en la mano.

—Abrid esa puerta de la derecha y dad la luz. ¡Entrad!

Los tres policías se vieron así en el cuarto de baño. Era la habitación más retirada de la casa. Sólo tenía un alto ventanillo que daba a un patio interior. Aunque gritasen, tardarían en oírles.

—¿Quién os mandó venir?

—Alguien nos dijo por teléfono que Milton Wonder estaba aquí. Como había orden de apresarle y ofrecían mil dólares por su captura...

—Quisisteis ganarlos sin gran esfuerzo, ¿eh? Pues si no andáis con ojo, lo probable es que os ganéis un balazo.

El cuarto de baño tenía cerradura. Milton puso la llave por fuera y cerró, no sin advertir antes a los aterrados agentes:

—Cuidado con lo que hacéis. Tengo que recoger algunas cosas, y estaré en la casa media hora aún. Si en ese tiempo dais un solo grito, vuelvo y os acribillo. ¿Entendido?

Se alejó por el pasillo de puntillas, para que los agentes

encerrados no se dieran cuenta de su marcha. En el comedor recogió la trinchera y el sombrero. Luego salió del apartamento, cerrando con llave la puerta de la escalera.

Descendió con rapidez al portal. Iba con el temor de que otros agentes hubiesen quedado vigilando delante de la casa. Pronto vió desvanecerse esta preocupación. Frente al portal había un coche de patrulla, pero estaba vacío. Indudablemente, los tres policías no habían querido compartir con ningún otro la recompensa ofrecida por su captura.

—Bien. Con este coche puedo ganar el tiempo que esos imbéciles me hicieron perder.

Subió al coche y puso el motor en marcha. Un segundo después se dirigía al punto en que debía esperarle la muchacha a quien la noche anterior conociera con el nombre de Peggy.

King Street no merecía su nombre. Era una callejuela estrecha y larga en la parte más vieja y sórdida de la ciudad. Comparada con ella, incluso Plummer Street tenía cierto aire aristocrático. Aquí no había ni siquiera los concurridos salones, las tabernas y los cafetines donde se amontonaban los marineros medio borrachos. No sólo faltaban los anuncios de neón, sino incluso los faroles. A uno y otro lado se alzaban casas viejas de tres o cuatro pisos, construidas para albergar a los buscadores que a fines de siglo partían con rumbo a Alaska y donde ahora se hacinaban los muchos negros que acudían, procedentes del Sur, en busca de los altos salarios ofrecidos por la industria de Seattle.

No le costó mucho trabajo dar con Elizabeth. Permanecía medio oculta en el quicio de un portal, en la parte más oscura de la calle. Salió al encuentro de Milton apenas le vió parar el coche y apearse. Wonder la miró, sorprendido. El aspecto de la muchacha formaba violento contraste con la calle en que se encontraban. Iba vestida con un traje de noche y se había echado encima un abrigo de pieles, por debajo del cual se descubrían treinta o cuarenta centímetros de la falda del vestido. Pero no era el mejor momento para entretenerse en observaciones de este tipo.

—¡Están en el Beauty! Estoy completamente segura...

—¿Por qué? —inquirió Milton—. También la que llamó a White estaba segura de que Abramovitch estaba en Dock Street...

—Fue una trampa —replicó la joven—. Debíó de ser Frida quien

la preparó. La vi cuchicheando mucho con Glen y Kenneth hace un par de horas. Supuse que tramaban algo, pero no creía que pudieran engañar a un hombre como el inspector.

—Pues le engañaron. Stuart fue donde le dijeron, y temo mucho que le hayan asesinado.

—Espero que no —aseguró Elizabeth—. Por lo menos, hace diez minutos estaba vivo.

—¿Cómo lo sabes?

—La muchacha lo explicó en pocas palabras.

Tras hablar por teléfono con Wonder, volvió a las proximidades del Beauty. No era difícil pasar inadvertida, porque toda aquella parte de la ciudad estaba pésimamente alumbrada. Las callejuelas no seguían una línea recta y ofrecían numerosos rincones, en los que cualquiera podía emboscarse para observar sin ser descubierto. Como, además, eran las doce, y la noche, lluviosa y desapacible, invitaba a quedarse en casa, las calles aparecían desiertas.

—Llevaba tres minutos agazapada en una esquina desde donde dominaba la puerta del cafetucho cuando vi llegar un lujoso «Cadillac». Lo conocí porque es uno de los coches de Glen.

Aguzó entonces la mirada. Vió que del coche salía en primer término un hombre de pequeña estatura, en quien reconoció al famoso Abramovitch. Tras él lo hicieron otros dos individuos. Uno de ellos, con un esparadrapo sobre la sien derecha, no era otro que Kenneth Murphy; su acompañante debía de ser, o al menos así se lo pareció a la joven, el llamado Ashley.

—Entre los dos llevaban cogido de los brazos a un hombre con las manos atadas. No le vi más que de lejos y de espaldas, pero juraría, sin temor a equivocarme, que se trata del inspector.

—¿Para qué crees que le han traído aquí?

La muchacha sólo podía esbozar una hipótesis, pero ésta parecía bastante verosímil. Tener encerrado al inspector en Dock Street entrañaba ciertos riesgos. Milton sabía que White había ido allí; era posible que también lo supiese alguno de los agentes del

F. B. I.,

destacados en Seattle. En cualquier momento podían presentarse en su busca.

Nadie debía de saber, en cambio, que el Beauty —una mezcla de taberna y cafetín de ínfima categoría— pertenecía a Kenneth, que

no solía aparecer por allí más que a recoger la recaudación del día. Elizabeth lo sabía porque Murphy se lo dijo, pretendiendo deslumbrarla con su riqueza, y asegurando que aquel tugurio le dejaba cien dólares diarios de ganancias.

—Cierran siempre antes de medianoche. Seguramente no habrá dentro más que los secuaces de Glen y Abramovitch. No existía, por tanto, el menor temor de que nadie denunciase que a míster White le habían traído aquí.

La muchacha lo había descubierto por pura casualidad. No fue casualidad, en cambio, que supiese que Glen y Frida —Kenneth se había marchado del

Cyro's

una hora antes— se dirigían allí. Se lo oyó decir al primero escuchando detrás de una puerta. También mencionaron a Abramovitch. Fue entonces cuando Elizabeth, que durante buena parte de la noche se vió sometida a una vigilancia disimulada, pero eficaz, de dos de los secuaces de Lehman, consiguió librarse de ellos y salir a la calle sin que nadie se diera cuenta de su marcha.

—Iba a entrar en un bar de Fourth Avenue South para llamar a míster White cuando vi de lejos a Frida y Glen. Me escondí hasta que pasaron. Iban a pie y se dirigían al Beauty. Llamé, y supe por ti que al inspector le habían engañado utilizando mi nombre.

Mientras hablaban habían ido acercándose al lugar en que se hallaban sus enemigos. Hicieron alto en la misma esquina desde donde Elizabeth presenció la llegada de los forajidos que llevaban detenido a White.

Allí seguía el coche de que había hablado la muchacha, pero las luces del Beauty se habían apagado; la puerta de entrada parecía estar entornada tan sólo. Ante ella, sentado tranquilamente en el estribo del «Cadillac» y fumando con aire de absoluta indiferencia, estaba un individuo. *Miss* Peterson le reconoció sin vacilaciones.

—¡Qué raro! Siempre oí a Kenneth que Jack era un imbécil que no servía para nada, y ahora le pone a vigilar la puerta.

—Eso demuestra que deben sentirse muy seguros —repuso Milton.

Todo parecía indicarlo así. En definitiva, y pensando con absoluta frialdad, Wonder comprendía que no les faltaban motivos para el optimismo. White, su principal y más peligroso enemigo,

había caído en sus manos con sorprendente facilidad. La Policía local, controlada y dirigida por Shannon, distaba mucho de constituir un peligro. Y en cuanto a Milton, debían de suponer que habían dado buena cuenta de él los agentes que lanzaron en su búsqueda, espoleados por la esperanza de repartirse un millar de dólares.

—¿Conoces el interior del Beauty?

Sí. Elizabeth había estado dentro en dos ocasiones distintas. El establecimiento consistía en una taberna bastante espaciosa, con un largo mostrador y doce o catorce mesas y un pasillo que conducía a los reservados, todos ellos en la misma planta baja del edificio. Creía saber que de los reservados podía salirse a una callejuela trasera, aunque no estaba demasiado segura.

—Por lo que se ve, la taberna está a oscuras. Por fuerza tienen que estar en alguno de los reservados.

Wonder se imaginaba lo que estarían haciendo. Maniatado, indefenso, Stuart estaría siendo sometido en aquellos instantes a un interrogatorio implacable. Abramovitch, Glen y Frida no le ahorrarían dolores y torturas con tal de obligarle a decir cuánto les interesaba saber. Sería difícil que White, dado su temple, despegase los labios aunque le arrancasen la piel a tiras. Pero acaso en esto estribase el mayor peligro. Si sus enemigos se convencían de que no lograrían hacerle hablar, le matarían en el acto.

—Como puede ser en cualquier instante, he de actuar con rapidez si quiero salvarle.

Elizabeth pensaba exactamente igual. Era preciso entrar cuanto antes en el Beauty y arrancar al inspector de las garras de sus enemigos. Entendía, sin embargo, que convenía esperar refuerzos. Dentro del local habría, como mínimo, seis o siete individuos.

—Sólo respaldados por otros tantos podríamos tener la menor esperanza de éxito.

Milton opinaba de manera parecida. Pero ¿dónde encontrar aquellos hombres con la premura que el caso exigía? Era inútil apelar a la Policía local. Bastaría dar su nombre para que, desentendiéndose de lo que pudiera ocurrir a White, sólo se preocupasen de meterle a él unos cuantos balazos en el cuerpo.

—Queda el

F. B. I.

Wonder movió en gesto negativo la cabeza. Había hablado por teléfono con la Delegación federal en Seattle, sin conseguir nada. Necesitaría, para lograr que le hicieran el menor caso, entrevistarse personalmente con Vern Foler. ¿Dónde estaría en estos momentos Foler? No tenía la menor idea. Habría que lanzarse a una búsqueda azarosa, en la que, aun en el caso de tener éxito, perderían demasiado tiempo.

—Tengo que entrar ahora mismo —afirmó, resuelto—. Cada minuto perdido puede ser fatal para Stuart.

Tenía la pistola en la mano y parecía decidido a ganar la puerta del cafetucho. Asustada, Elizabeth pretendió detenerlo.

—Si vas, te matarán.

—Es posible. De todas formas, tengo que ir. La vida de White está en peligro. El no vacilaría en jugárselo todo por salvarme a mí; yo tampoco puedo dudar.

—«Okay», Milton —decidió la muchacha—. Si vas, yo voy contigo. Al fin y al cabo, tengo tanto interés como tú en la vida del inspector. Pero espera un segundo. Tengo una idea que facilitará el trabajo.

Wonder la escuchó en silencio y dio su pleno asentimiento. Un instante después, sin preocuparse lo más mínimo en pasar inadvertida, Elizabeth avanzaba por el centro de la calzada hasta el punto en que vigilaba Jack. Éste, que la conocía, se puso en pie al verla y avanzó a su encuentro. Era evidente que no recelaba nada, aunque parecía algo sorprendido.

—No me dijeron que ibas a venir.

—Glen me acaba de llamar. Por lo visto, hago falta.

—¡Hum! De todas formas, tendré que avisarles de tu llegada.

Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta de la taberna. No llegó a moverse, sin embargo, porque sintió en la espalda la presión del cañón de una pistola, mientras una voz enérgica ordenaba:

—¡Quieto! Un movimiento o un grito, y liquidas. Jack no se atrevió a moverse y levantó los brazos por encima de la cabeza. A un gesto de Milton, Elizabeth se apresuró a quitarle la pistola que llevaba en la sobaquera.

—Responde sin volverte. ¿Dónde tienen al prisionero?

—En el segundo reservado. En el más grande de los tres.

—¿Qué piensan hacerle?

—No lo sé. Supongo que hacerle cantar; creo que es un «cop».

—¿Quién está con él?

—Frida, Glen, Kenneth y otros dos tipos a los que no conozco.

—¿Nadie más?

—Seguro que no. Hace un rato, cuando entré a apagar las luces del salón, los vi en el reservado.

—¿Alguien de vigilancia en la taberna?

—¿Para qué? Conmigo en la puerta había más que suficiente para...

Wonder ya sabía cuánto le interesaba, y no perdió el tiempo. Cogiendo la pistola por el cañón, descargó un violento culatazo sobre la nuca de Jack. Tuvo que golpear por segunda vez antes de conseguir su objetivo, pero al final el forajido se derrumbó en sus brazos. Milton tuvo buen cuidado de sujetarle hasta dejarle suavemente en el suelo, evitando el estrépito de la caída. Elizabeth le felicitó:

—¡Buen trabajo, muchacho!

—Aún queda lo más difícil. Lleva la pistola en la mano. Es probable que necesites utilizarla. ¡Adelante!

La puerta de entrada estaba solamente entornada. El salón de la taberna aparecía a oscuras. Al fondo se veía un hilillo de luz. De allí precisamente les llegaba un ruido apagado de voces.

—Son los reservados —susurró Elizabeth al oído de su acompañante—. Parece que Jack no nos ha engañado.

Avanzaron en la oscuridad, con los sentidos alerta y los músculos en tensión, empuñando unas pistolas que estaban dispuestos a manejar a la menor señal de peligro.

Desgraciadamente, lo que ocurrió fue tan rápido que no les dio tiempo a reaccionar. Repentinamente se iluminó la taberna con una luz tan viva, que ambos parpadearon, deslumbrados. Elizabeth lanzó un grito de angustia y Milton apretó el gatillo, aunque sin saber contra quién tiraba.

No pudo hacer más que un solo disparo. Alguien, a quien no llegó a ver, le golpeó con violencia la mano derecha, obligándole a soltar el arma que empuñaba. Algo parecido le ocurrió a la muchacha. En menos de un segundo, los dos se encontraron inermes.

—¡Quietos! Tratar de coger la pistola sería suicidarse...

Milton comprendió que quién hablaba no amenazaba en vano. Se dio media vuelta para enfrentarse con sus enemigos. Pudo verles con las armas en la mano y cerrándole todo camino de huida. Eran varios, y entre ellos estaban Kenneth y Ashley. Pero no fue ninguno de ellos quien atrajo su atención en el primer momento, sino Abramovitch.

Abramovitch le contemplaba de hito en hito con una sonrisa triunfal. Hubo una breve pausa. Luego, sin dejar de sonreír, el hombrecito afirmó con un marcado acento de ironía:

—¡Bien venido, Wonder! Llevo media hora esperándote, pero merecía la pena.

—¿Que me esperabas? —exclamó, asombrado, Milton—. ¿Cómo podías saberlo?

—Te creía más inteligente, muchacho. Debes de ser muy tonto, cuando aún no lo has comprendido.

Una repentina sospecha cruzó por el cerebro de Wonder. Su mirada se apartó de Abramovitch para clavarse en gesto acusatorio en Elizabeth. ¿Cómo había sido tan estúpido que pudo fiarse de ella, pese a sus antecedentes? Adivinando sus pensamientos, la muchacha protestó, angustiada:

—¡No, no, Milton! Yo te juro que...

—¡Créela, Wonder! —intervino Abramovitch—. Peggy, White y tú quisisteis jugar conmigo. Olvidasteis que soy el más listo. Jugué con vuestras mismas cartas, y el resultado está a la vista. Triunfo en toda la línea. Soy dueño absoluto de la situación, mientras vosotros moriréis con la amargura de haber caído en las trampas que quisisteis tenderme...

VII

LA ÚLTIMA JUGADA



N forma que nada tenía de amable les obligaron a seguir hasta el reservado cuya luz les sirviera de orientación al entrar en la taberna. Era una habitación amplia y un tanto destartalada. Había en el centro una mesa, cuadrada, y en torno a ella diversas sillas. Pegada a la pared de la izquierda, una especie de cama turca. Al fondo, otra puerta que ni Milton ni Elizabeth sabían adónde conducía.

—Les pescó también, ¿eh?

Era Glen Lehman quien, satisfecho, preguntaba a Abramovitch. Junto a él, con ojos en los que se leía una admiración sin límites, aparecía Frida. El hombrecillo de tipo desmedrado y frente

abombada replicó en tono de plena seguridad en sí mismo:

—Yo consigo siempre lo que me propongo; en esto, como en todo.

—Menos hacer hablar a ese cerdo —gruñó con aire malhumorado Kenneth Murphy—. Si me dejase a mí con él...

—Se te iría de entre las manos, como se te fue Wonder. ¿O has olvidado ya tu fracaso de hace cinco horas?

Kenneth no respondió una sola palabra, pero dirigió una mirada furibunda a Milton y se llevó, en movimiento instintivo, la mano a la sien derecha. Indudablemente, recordaba con todo detalle lo sucedido a orillas del Washington Lake, y ardía en deseos de venganza. Sin embargo, Wonder no prestó demasiada atención al forajido, porque hubo algo que atrajo con mayor fuerza su interés.

Se trataba de Stuart H. White, aunque no resultase fácil reconocerle. Mostraba en la cara huellas claras de los golpes recibidos. Al verle se imponía una deducción lógica: o se había resistido a dejarse detener, o le habían apaleado concienzudamente para obligarle a hablar. Ahora, al incorporarse en la cama turca donde había estado tumbado, divisó a Milton y a Elizabeth, y sus labios se contrajeron en una triste sonrisa.

—Creo que yo tendría más éxito que Kenneth —insinuó Frida—. Conozco procedimientos que...

—Aunque me destrocéis no conseguiréis que diga una sola palabra —le interrumpió, desafiante, pese a su estado, el inspector White.

—¡Bah! —intervino Abramovitch—. Si tuviese tiempo, dirías no sólo cuánto sepas, sino lo que a mí me interesase. Pero no me sobra tiempo, y más que tus revelaciones me interesa tu muerte.

—¿De veras? —inquirió, irónico, Stuart—. Entonces, ¿por qué ha dejado que Kenneth me apalease cobardemente durante media hora larga?

—Voy a responderte con absoluta sinceridad. En primer término, necesitaba que Murphy, luego de su fracaso de esta tarde, se desahogase con alguien; en segundo término, sentía cierta curiosidad por conocer lo que habías logrado averiguar. Pero todo esto, en realidad, carece de verdadera trascendencia ya.

Hizo una pausa, esperando alguna pregunta de White. Como el inspector guardara silencio, continuó:

—¿Qué puedes saber, en fin de cuentas? Nada importante. Que yo, un tal Abramovitch, dirige una organización que lleva meses enteros burlando a los mejores agentes del

F. B. I.

Pero Abramovitch no es mi nombre verdadero ni, naturalmente, el que aparece en el pasaporte que llevo en el bolsillo. En cuanto a mis señas personales...

—Podría darlas dentro de seis meses, en la seguridad de no haber olvidado el menor detalle.

—Lo creo. Sólo hay un pequeño inconveniente: que dentro de seis meses llevarás medio año muerto. De no tener la plena seguridad de que no saldrías vivo de mis manos, no hubieras llegado jamás a verme la cara.

—Yo te la vi —intervino, resuelto, Milton, indignado por el aire de insufrible superioridad de Abramovitch—, y salí por mi pie de Plummer Street.

—Pero se ha cumplido lo que te anuncié: que no vivirías lo suficiente para poder celebrar tu triunfo.

—¿De veras? —preguntó Wonder, sin otro deseo que amargar la victoria de su interlocutor—. ¿Olvidas que estuve varias horas en libertad, y que durante ellas pude hacer muchas cosas?

—Sé que no hiciste ninguna que pueda tener consecuencias irreparables para mí.

—¿Incluso hablar con el inspector Foler, del

F. B. I.?

—Intentar hablar, que es distinto. Hablaste con un agente que no te hizo el menor caso. De creer a la propaganda americana, por el simple hecho de pertenecer al

F. B. I.

ya tenía que ser un genio; la forma en que escuchó tus palabras demuestra que no pasa de ser un imbécil.

Milton no pudo contener una exclamación de asombro. ¿Cómo era posible que aquel individuo estuviese enterado de todo, lo hubiera previsto todo, no dejase ningún cabo sin atar?

—Porque soy más inteligente que vosotros. A muchos, la cabeza les sirve sólo para llevar el sombrero. A mí, para pensar. ¿Quieres un ejemplo? Lo tienes en lo ocurrido con Elizabeth. Glen, Kenneth e incluso Frida se dejaron engañar por ella; yo, no.

Refirió en pocas palabras el ingenioso ardid de la muchacha para justificar la forma en que había logrado «librarse» de Wonder. Todos la creyeron; Lehman mismo se rió de la habilidad demostrada por la chica, a la que felicitó efusivamente. Abramovitch desconfió, sin embargo.

—Me bastó saber que la pistola encontrada en el coche era una «Browning» para tener la seguridad de que mentía, porque la que tú empuñabas era una «Walker».

Siguió hablando sin necesidad de que nadie le hiciese la menor pregunta. Era, como Wonder dedujo, un caso exacerbado de egolatría. Hablaba y hablaba única y exclusivamente por demostrar su propia seguridad a amigos y enemigos, gozando con la admiración que leía en los ojos de sus secuaces.

—Cuando demostré a Glen y a Frida que la muchacha jugaba con dos barajas, quisieron matarla en el acto. Yo ideé algo mejor. Supuse que no sólo estaba de acuerdo contigo, sino con White. Y maniobré con habilidad para conseguir que os trajese a los dos a mis manos.

—¡Mentira! —protestó Elizabeth—. Yo no cité al inspector en Dock Street.

—Seguro que no —contestó, imperturbable, Abramovitch—. Le llamó Frida, imitando tu voz —yo había logrado enterarme dónde se hallaba y establecer una conexión con su teléfono para oír cuánto hablase—; no tuvo ni siquiera que dar tu nombre. White cayó en la trampa tendida. Aquello fue la prueba definitiva de que actuabas siguiendo sus instrucciones.

Lo demás no era difícil imaginárselo. Apresado el inspector, sólo quedaba hacer lo mismo con Wonder para que la jugada fuese completa. Abramovitch había tenido que discutir, no sin cierta acritud, con Lehman para que dejase escapar del

Cyro's

a *miss* Peterson. Glen temía que diera aviso a la Policía.

—Yo sabía que te llamaría a ti y que los dos vendríais aquí. Como siempre, ocurrió lo que yo había previsto.

—¿También que a Jack le dejaría fuera de combate de un culatazo en la cabeza?

—También. Es lo suficientemente bruto para dejarse engañar con facilidad. De no haber puesto un vigilante en la puerta, habríais

desconfiado, no atreviéndote a entrar; tampoco hubieras pasado de estar de centinela otro más inteligente y despierto. Medí bien todos los pasos, y las cosas sucedieron como tenían necesariamente que pasar.

Todo estaba perfectamente claro ahora. Sin embargo, quedaba un punto oscuro e inexplicado, algo que desdecía la absoluta precisión de las previsiones de Abramovitch: la llegada de los agentes de la Policía local al apartamento de la Tercera Avenida. De haber conseguido detenerle, ¿no habrían quedado destrozados, al menos en lo que a Milton se refería, los planes de su interlocutor?

—Posiblemente, sí —reconoció, sombrío, Abramovitch—. Pero no fue culpa mía, sino estupidez de los que se resistían a creer en mi superioridad. Hubo quien avisó a unos policías amigos, prometiéndoles mil dólares de recompensa por tu captura. Eso pudo estropearlo todo, Afortunadamente, esos policías no hablarán. Serán tres crímenes más que cargarán en tu cuenta los periódicos.

Milton se encogió, despectivo, de hombros. No creía que, aun en el caso de que los policías hubieran muerto como insinuaba su interlocutor, pudieran culparle a él.

—Si llegan a juzgarme hablaré claro y...

—¿Juzgarte? ¡No delires, muchacho! Tú has sido ya juzgado y condenado. Morirás dentro de una hora como máximo. Y White morirá contigo.

—¿Piensas asesinarlos?

—Nada de eso. Os mataréis mutuamente. El inspector te meterá unos balazos en el cuerpo; tú, en justa correspondencia, le harás unos agujeritos en la cabeza.

—Te equivocas —repuso Milton—. Si llegas a poner una pistola en mi mano, la utilizaré para acabar contigo y los miserables que te rodean.

—Quién se engaña eres tú. Cuando pongamos una pistola en tu mano —y será la misma arma que habrá disparado los balazos que cortaron la vida del heroico inspector federal Stuart H. White—, no podrás apretar el gatillo porque estarás muerto. Y lo mismo, exactamente igual, le ocurrirá a él.

—¿Pretendes hacer creer a las gentes que luchamos frente a frente hasta caer ambos para no levantarnos más?

—Pretender, no; tengo la seguridad de conseguirlo. A todo el

mundo le parecerá enteramente lógico. Tú eres un traidor expulsado del

F. B. I.;

un forajido que en sólo veinticuatro horas ha matado a seis personas decentes. White, un fiel cumplidor de su deber, un servidor esforzado de la Ley, dispuesto a castigar tus felonías. ¿Puede haber algo más natural que cuando de contigo te defiendas a tiros y él sea capaz de hacerte frente y morir matando para librar a la sociedad del peligro que representas?

—¡Canalla!

—No te molestes en insultar. Pierdes el tiempo. Hemos llegado a una situación en que los insultos de mis enemigos constituyen para mí el mejor de los elogios. Cuanto más odio ponen en sus palabras, más seguro estoy de cumplir con mi deber.

Pese a su debilidad, White saltó en el acto de escuchar las últimas palabras de Abramovitch. ¿Podía hablar del cumplimiento del deber un jefe de bandoleros como él que sacrificaba sin compasión ni necesidad decenas y aun centenares de vidas humanas? Al escuchar su pregunta los ojos del hombrecito de la frente abombada relampaguearon un instante; dominándose con un esfuerzo visible, replicó:

—Sí. Hay deberes penosos, desagradables, repugnantes incluso, pero imprescindibles si queremos hacer triunfar una idea, una tendencia o una causa determinada. La flor más bella y pura necesita abonarse con estiércol para desarrollarse y crecer. Yo soy ahora un poco de estiércol para que la Causa que definiendo muestre mañana mayor esplendor y lozanía. Si lo conseguimos, si en un futuro próximo logramos imponerla al mundo entero, ¿qué importa lo que vosotros o los demás puedan pensar de mí y los que como yo son capaces de caer en todas las bajezas para mejor elevarse después hacia las cumbres?

Hablaba con tono y ademanes tribunicios, como quien repite algo que ha dicho ya muchas veces y está seguro del efecto que ha de producir entre sus oyentes. Impresionado a pesar suyo, White no supo qué responder. Wonder, en cambio, lo hizo con cierta ironía sangrienta:

—Todo eso suena muy bien, amigo. Pero ¿se aplica a ti solo, o ha de extenderse también a quienes te rodean? No sé cuál es tu

nación ni tú ideal; acaso los defiendas, aun empleando procedimientos tan poco dignos y recomendables. Pero Glen y Kenneth son americanos; sólo les impulsa un ansia frenética de riquezas. ¿Crees que merecen esa admiración que de nosotros reclamas?

Eludiendo una respuesta directa, Abramovitch habló de los hombres, compañeros de cuerpo de Stuart y Milton a miles de millas de distancia en Europa, Asia y África, trabajaban en forma semejante y con procedimientos parecidos a los que él empleaba en América.

—Con dos claras diferencias respecto a Kenneth y Glen. Que no trabajan y luchan por afán de lucro personal, ni son unos traidores indignos a la patria que tuvo la desgracia de verlos nacer.

—¡Basta! —chilló, irritado, Lehman—. ¿Hasta cuándo va a durar esta charla estúpida? Si cree que vamos a consentir que estos tipos nos insulten, se equivoca, Abramovitch. Es usted muy listo, indudablemente, pero ¿no comprende que sólo tratan de ganar tiempo?

—Por mucho que consiguieran ganar no les serviría de nada.

—Pero cuanto antes terminemos será mejor. Deje que nos los llevemos de una vez, si no prefiere que los liquidemos aquí mismo.

—No. Tienen que morir en el sitio que os indiqué y caer en tal forma que todos den por seguro que se mataron mutuamente. En cuanto a la chica...

—¿Piensas matarla también? —preguntó Milton, estremeciéndose involuntariamente.

—Sí. Viva constituye un peligro; muerta, una seguridad para todos nosotros.

Wonder habló con indignada excitación. Matar a Elizabeth se le antojaba un crimen estúpido y monstruoso, que no reportaría el menor beneficio ni siquiera a quienes lo preparaban. A la muchacha podían llevarla donde quisieran, tenerla encerrada durante semanas o meses hasta que dejara de ser una amenaza para sus planes, pero no asesinarla.

—No sigas, Milton —le interrumpió con decisión la joven—. Si tú mueres, ¿para qué quiero seguir viviendo?

—¡Magnífico gesto! —comentó burlón Abramovitch—. Suficiente para salvar su vida si me sintiese un poco romántico y

sentimental.

—¿La dejarás vivir? —preguntó, esperanzado, Milton.

—No. El sentimentalismo es un lujo que no puedo permitirme. En una película cualquiera de las que América exporta para adormecer al mundo, el «malo» suele tener un rasgo de nobleza deslumbrado por la belleza de la protagonista y se deja vencer para que los «buenos» se besen triunfales y felices en la última escena del «film». Pero aquí no estamos en Hollywood; el «malo» no tiene corazón y los «buenos» morirán a sus manos.

Colérico, Milton dio un paso al frente, dispuesto a echársele encima. Kenneth le contuvo, cruzándose en su camino y poniéndole al pecho el cañón de una pistola. Despectivo, Abramovitch le indicó:

—Déjate de gestos teatrales. No servirán de nada, porque no se trata de una novela rosa en que el protagonista vence siempre que sale en defensa de su amor. Ni siquiera sería una prueba de valor; más bien de cobardía.

—¿Cobardía?

—Sí. El verdadero valor estriba en afrontar con serenidad el Destino; saber cuánto se ha perdido y pagar sin regateos. En este juego, vosotros y yo nos jugábamos la vida. Yo he ganado y...

Durante toda la charla, Wonder había estado espiando una posible oportunidad, midiendo todas las posibilidades. Frente a White y él, inermes, había cuatro hombres y una mujer armados hasta los dientes; fuera de la habitación, en la taberna y en la puerta de la calle, debían estar otros cinco o seis más. Cualquier intento parecía destinado a terminar en un fracaso rotundo.

Pero ¿arriesgaban nada cuando por anticipado lo tenían todo perdido? Si les matasen allí les ahorrarían unos minutos de sufrimiento. Acaso bastase para echar por tierra los planes de Abramovitch. Quizá alguien en la calle oyese los disparos y una investigación policíaca pusiera en grave aprieto a los forajidos.

Con la mirada, sin necesidad de hablar una sola palabra, se puso de acuerdo con Elizabeth y White. El inspector, maltrecho y maniatado, no podía ser una gran ayuda. Pero sí la muchacha, que disimuladamente había ido a colocarse junto a las llaves de la luz; si conseguía dejar la habitación a oscuras, podían ocurrir muchas cosas en la confusión que necesariamente se produciría.

—¡Ahora!

Simultáneamente, actuando todos con celeridad vertiginosa, ocurrieron varios hechos totalmente inesperados para Abramovitch y sus secuaces. Elizabeth hizo girar la llave de la luz, dejando la estancia envuelta en tinieblas y lanzándose seguidamente al suelo. White asestó un violento puntapié en la boca del estómago a Glen, que era quien tenía más cerca y que retrocedió tambaleante hasta chocar con Ashley al que arrastró en su caída. Milton, por su parte, reaccionó con mayor rapidez y eficacia.

Sus dos manos cayeron de pronto sobre la muñeca derecha de Kenneth retorciéndosela con tal salvaje violencia, que el forajido soltó la pistola que empuñaba, lanzando un grito lastimero. Una décima de segundo después, Wonder le volteaba limpiamente sobre su cabeza, arrojándole contra la mesa que se hundió con estrépito bajo sus noventa kilos de peso.

—¡Que se escapan! ¡Que se escapan! —chilló, histérica, Frida.

—¡Aquí todos! —gritó Abramovitch, llamando en su ayuda a quienes aguardaban en el salón de la taberna—. ¡Venid rápidos!

Pero ya entonces habían comenzado los tiros. Fue Frida la primera en disparar, apuntando al punto en que había visto a Elizabeth una décima de segundo antes; la imitaron Lehman y Ashley, tirando un poco al azar; Abramovitch acabó tras un segundo de vacilación, haciendo lo mismo, si bien procuraba disparar sobre el punto que sus adversarios debían ocupar.

La habitación se llenó de voces y gritos, mezclados con el estrépito de los disparos. Durante diez o quince segundos reinó una espantosa confusión que no permitía que se entendiera nadie. Dos de los secuaces de Glen llegaron hasta la puerta, pero no se atrevieron a disparar, temerosos de herir a sus propios jefes. Mientras, continuaban las voces y los disparos.

Kenneth, que se había partido un brazo y una pierna al ser lanzado sobre la mesa, permanecía inmóvil en el suelo, quejándose con voz dolorida. Frida también gritó cuando alguien, en la oscuridad, la cogió de las piernas haciéndola rodar por el suelo. Aunque mordiéndose los labios, White lanzaba algunos quejidos porque un balazo de Lehman acababa de troncharle el brazo izquierdo. Los otros chillaban a su vez, dando órdenes que nadie se cuidaba de cumplir.

Uno de los pocos que permanecía en absoluto silencio era Milton. De bruces en el suelo, con las manos extendidas, buscaba con afán la pistola perdida por Murphy. Los segundos que tardó en dar con ella se le antojaron siglos. Pero cuando al fin la empuñó, las cosas experimentaron una radical transformación.

Sobreponiéndose a la confusión del momento, uno de los secuaces de Lehman había sacado una linterna eléctrica con la que empezaba a iluminar el interior de la habitación para facilitar la puntería de sus amigos. Por desgracia para él, fue la de Milton la que facilitó. Sin levantarse del suelo, Wonder hizo fuego y la linterna dejó de alumbrar, mientras quien la sostenía se derrumbaba para no levantarse más.

—¡Cuidado! Están armados...

Llovieron las balas en torno al lugar en que se encontraba Milton, pero éste replicaba sin vacilaciones en forma semejante. Glen vio la cosa malparada y en dos saltos abandonó la estancia, saliendo al pasillo que conducía a la taberna. Frida le imitó un segundo después. Si la acción de Lehman sorprendió a Wonder, pudo en cambio matar fácilmente a Frida. Pero le dolía mancharse las manos con sangre de mujer, aunque fuese de mujer tan poco recomendable como aquella.

Ashley tuvo mucha peor suerte. Tras agotar el cargador de su pistola, tirando a ciegas en todas las direcciones, se sintió acometido por el pánico y pretendió salvarse siguiendo el camino emprendido por Glen. Milton le vio en el instante de cruzar la puerta. Apretó el gatillo y el forajido, dando una trágica voltereta quedo atravesado en el umbral.

—Procura desenfilarte de la puerta, Elizabeth. No tardarán en volver esos tipos y...

Un balazo, que silbó junto a su oreja derecha, le recordó que todavía estaba en la habitación Abramovitch y que era enemigo de cuidado. Tiró a su vez hacia el punto donde había brillado el fogonazo y le contestó una carcajada burlona.

—Moriréis de todas formas. Pronto se te acabarán las balas y entonces...

Volvió a disparar y falló de nuevo la puntería. Abramovitch parecía hurtar el cuerpo con habilidad felina. Se movía silencioso de un lado para otro. Cuando hablaba lo hacía para excitar a su

contrincante y hacerle perder el dominio de sus nervios.

—Una bala menos, Milton. El final se aproxima.

Disparaba a su vez sin escatimar los tiros, demostrando que tenía municiones en abundancia. La situación se prolongó sin grandes variaciones durante un par de minutos. Los dos adversarios iban de un lado para otro, procurando engañarse mutuamente acerca de su posición y tirando hacia el sitio en que creían que se hallaba su enemigo.

De la taberna les llegaba la voz de Glen arengando a sus secuaces. Daba instrucciones concretas para entrar en el reservado, salvar a Abramovitch y terminar con Milton. Alguien encendió una luz potente en el pasillo, que iluminaba parcialmente la habitación donde proseguía la lucha. Frida animó a los forajidos:

—¡Duro con ellos! En menos de un minuto podéis barrerles...

Se oyeron pasos cautelosos que se aproximaban a la largo del pasillo. Abramovitch quiso orientar a sus amigos:

—¡Tirad sobre la derecha! Es dónde...

A la luz que penetraba del pasillo, Milton le descubrió. Estaba pegado a la pared de la izquierda, cerca de las llaves de la luz e inmediato al lugar en que se hallaba tumbada Elizabeth. Apuntó, deseoso de no fallar la puntería. Un grito de dolor y la caída pesada de un cuerpo le demostraron que había dado en el blanco.

«¡Menos mal! Ése, por lo menos, irá por delante...»

Un diluvio de balas siguió a su exclamación. Desde el pasillo, alguien manejaba una «Thompson», barriendo la parte derecha de la habitación. Por fortuna, el que disparaba tenía buen cuidado de no asomar la cabeza y la ráfaga pasó muy por encima de Wonder. De todas formas, no cabía hacerse ilusiones. Sus enemigos se irían aproximando y no tardaría en ser acribillado.

Repentinamente llegó a sus oídos el ruido de una descarga más lejana. Quienes tiraban no lo hacían en el pasillo, sino en la calle. Sorprendido, Milton oyó gritar a uno de los forajidos:

—¡La Policía! ¡La Policía!

Wonder creyó estar soñando. Pronto, sin embargo, no fue posible la menor duda. Los disparos resonaban, en la taberna. Dominando todos los ruidos, una voz amenazadora gritó:

—¡Entregaos! Tenemos rodeada la manzana y no hay escape posible. ¡Rendíos al

F. B. I.!

En la taberna, la lucha no duró arriba de medio minuto. Levantando los brazos, los forajidos se entregaban, convencidos de que prolongar la pelea sólo serviría para acortar su vida.

—¡Estamos salvados, Milton! ¡Salvados!

Era Elizabeth quién hablaba. Wonder también lo creía. Jubiloso, corrió a encender la luz. Cuando lo hizo, sintió como si una mano de hierro le estrujase el corazón dentro del pecho, al escuchar que Abramovitch decía a su espalda:

—Todavía no, amigos; todavía no.

Se volvió hacia el punto de donde partía la voz. El hombrecito de la frente abombada estaba en pie y con una pistola en la mano. Tenía la camisa manchada de sangre, pero en sus ojos brillaba una resolución inquebrantable.

—Aún puedo imponer condiciones. Sus vidas a cambio de la mía.

Con el brazo izquierdo atrajo hacia sí a Elizabeth, que, desconcertada, no acertó a ofrecer la menor resistencia. Obligó a colocarse delante a la chica, a modo de escudo protector, mientras decía:

—Sí tiras, la matarás a ella. Yo, en cambio, puedo disparar sin el menor cuidado.

Desdeñando el peligro, Milton vió una posibilidad de desembarazarse de su enemigo. Saliendo de su estupor, Elizabeth logró desprenderse de su enemigo, que apareció un segundo al descubierto.

—Te contestaré con plomo.

Pero aunque apretó dos veces el gatillo, no salió el menor disparo. Comprendió que había agotado las municiones. Su enemigo lo comprendió también y sonrió, triunfal:

—Aceptad mi propuesta antes de que sea tarde. Vuestras vidas a cambio de permitirme escapar.

—¡Nunca! —chilló White, que permanecía medio tumbado sobre la cama turca—. Si te dejásemos huir...

Resuelto y decidido, Milton quiso echársele encima. Abramovitch no vaciló. Apretó el gatillo al tiempo que gritaba:

—¡Como queráis! Vosotros me enseñaréis el camino...

Disparó sobre Wonder, con ansias de matarle en el acto. Pero

entonces ocurrió algo totalmente inesperado. Dando un salto, Elizabeth se colocó delante de Milton, con los brazos abiertos, cubriendo con su cuerpo el del exagente especial.

—¡Maldita estúpida!...

Mensajeros de muerte, los balazos fueron a clavarse en el pecho y los hombros de la muchacha. Angustiado, Milton pretendió apartarla. Sólo llegó a tiempo para recoger en sus brazos a la joven, cuyas piernas se negaban a sostenerla.

—¡Dispara, Vern, dispara!

Vern Foler, que acababa de aparecer en la puerta, presenciando angustiado el cuadro que se ofrecía a sus ojos, escuchó la súplica de White y la obedeció con presteza. Tiró contra el hombrecillo delgado y desmedrado, de frente amplia y abombada, que seguía haciendo fuego sobre la muchacha. Le alcanzó de lleno. Fueron dos balazos, pero los dos atravesaron la cabeza de Abramovitch, que se hundió de pronto como fulminado por un rayo.

—¡Gracias, Vern! Un minuto de retraso y no lo contamos...

Milton no oía ni veía nada de lo que sucedía en torno suyo. Arrodillado junto a Elizabeth, sosteniendo entre sus brazos la cabeza de la muchacha, la besaba apasionado, como si con cada uno de sus besos quisiera aprisionar una vida que se escapaba por el ancho portillo de las heridas.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te cruzaste en el camino de las balas?

Sonrió la joven, pese al horrible sufrimiento de los balazos. Trabajosamente, habló:

—Tenía que hacerlo, Milton... Fui yo, sin saberlo, quien te puse varias veces al borde de la muerte. Ahora... tenía que salvarte porque... ¡te quiero!...

Minutos después, una ambulancia conducía a la joven al St. Paul Hospital, donde había de ser sometida a una delicada operación quirúrgica. Wonder, por una especial concesión, logró permiso para ir con ella y no apartarse de su lado un solo minuto.

La operación fue larga y laboriosa. Después, transcurrieron muchas horas antes de que, pasados los efectos de la anestesia, la joven pudiese abrir los ojos. Sonrió satisfecha al ver junto a sí a Milton. Estaba demasiado débil para hablar, pero...

—El peligro ha pasado. Tendrá que permanecer unas semanas en

el hospital, pero podemos responder de su vida.

Elizabeth había caído en un sueño tranquilo y reparador cuando llamaron a Milton fuera de la habitación. Sólo entonces se dio cuenta de que habían transcurrido ya veinte horas desde que finalizase la lucha en el Beauty y que nuevamente las sombras de la noche cubrían la tierra.

El corazón le dio un vuelco al llegar a un saloncito cercano y ver que no sólo estaba allí White, como le habían dicho, sino Vern Foler y, lo que era mucho peor, el inspector Buttler, de San Francisco. ¿Vendría a detenerle, acusado como antaño de negligencia, cobardía o traición?

—Tranquilícese, Wonder. Por Foler y White conozco su heroico comportamiento aquí; por las declaraciones de Frida, Glen y Kenneth, la verdad de lo sucedido en Frisco. Hay más que suficiente para pedirle perdón por cuanto un día le dije y anunciar su reingreso en el

F. B. I.

Con una sola condición: que irá destinado a Washington.

—Y eso, ¿por qué?

—Ha sido idea mía —intervino, sonriente, Stuart, que llevaba un brazo en cabestrillo—. Elizabeth volverá, cuando esté curada, a su puesto en Washington... Y no creo que resultase muy agradable para ti saber que tu mujer estaba a tres mil millas de distancia...

Milton sonrió, mientras de su cerebro desaparecían todos los celos. Como en un sueño, oyó a Foler explicar que las explícitas declaraciones de Lehman y Frida habían permitido terminar con una extensa red de espías y sabotadores, cuya cabeza visible había sido aquel misterioso Abramovitch, cuyo verdadero nombre no llegó a conocerse ni después de muerto.

—¿Cómo supo usted que estábamos en el Beauty? —preguntó, de pronto, interrumpiéndole, Wonder.

—Porque usted mismo me lo dijo. ¿O no lo recuerda ya?

—¿Yo? Pero si con el que yo hablé por teléfono...

—Fui yo, aunque lo negase. Sospechaba que alguien escuchaba nuestra charla. Por eso fingí no dar el menor crédito a su denuncia. Abramovitch era muy listo; pero yo lo fui más y acabé haciéndole caer en su propia trampa...



UNA GRAN CREACION
de
EDITORIAL ROLLAN
NOVELISTAS de HOY

Colección de inmejorables obras inéditas de los más famosos escritores de la actualidad, a un precio tan bajo que hasta el lector de menor capacidad económica podrá coleccionarlas. Con un éxito sin precedentes, tanto en España como en América—aparte de las traducciones en periodo de contratación—esta serie formará culturalmente los pueblos, les proporcionará un alimento espiritual y los deleitará como nunca lo ha logrado otro tipo de novelas.

OBRAS PUBLICADAS:

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO,
por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO, EL INCOMPRENDIDO,
por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA,
por Dario Fernández-Florez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO,
por Castán Palomar.

Precio del ejemplar: 5 pesetas.

PROXIMO NUMERO DE LA COLECCION.

F. B. I.

La tela de araña

Un personaje de ideas criminales y de inteligencia diabólica va envolviendo en sus repugnantes actividades a un joven que ignora... El creador de esta joya de la novelística emocionante es el conocido

CHESTER KING

NOTAS

[1] Benedict Arnold, general americano vendido a los ingleses durante la guerra de independencia, es el prototipo de los traidores para el pueblo de los Estados Unidos. < <